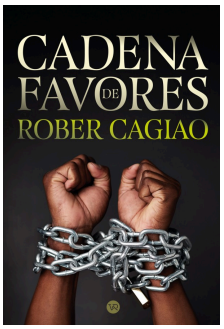
CADENA DE FAVORES

ROBER CAGIAO





Dos asesinatos simultáneos conmocionan al país: Abdul Sarrán, portavoz de la comunidad musulmana en Galicia, aparece muerto bajo la fachada del Obradoiro, en Santiago de Compostela. A la misma hora, su hermano Mohammed es asesinado en la Cuesta del Rey Chico, a los pies de la Alhambra.

La inspectora Bibiana Galdós y su compañero Martín Lasarte viajan a Granada para desentrañar la conexión entre ambos crímenes. Lo que encuentran allí es mucho más oscuro de lo que imaginaban: una red de favores que une a desconocidos y que parece conocer muy bien los deseos más ocultos de sus víctimas.

A medida que los inspectores se acercan a la verdad, el precio por saberla se vuelve cada vez más alto. Porque en este juego nadie es inocente. Y todos tienen algo que perder.

¿Hasta dónde eres capaz de llegar por aquello que más quieres? ¿Y qué estarías dispuesto a entregar a cambio?

Un thriller tenso, inquietante y lleno de giros, donde el precio de la verdad es tan alto como el de los propios deseos.



Rober Cagiao se diplomó en Ciencias de la Educación. Tras dedicarse al difícil mundo del *heavy metal* y grabar dos discos con Trashnos, decidió desconectar y el destino, y una serie de variopintos acontecimientos, le llevaron a escribir de nuevo. *El guardián de las flores* fue su primera novela. Escritor, editor y gestor cultural ha dedicado estos últimos seis años a llevar sus libros, con esa mezcla de leyendas, Galicia y misterio, por todo el territorio nacional. Tras publicar *La dama de Anboto* en VR Europa, continúa con *Cadena de favores*.

CADENA DE FAVORES

ROBER CAGIAO

EUROPA

A Xoel, sempre.
A Eva, luz.

LA SUERTE

Junio 2022

Ella seguía postrada en la cama, conectada a un sinfín de aparatos; la rodeaban batas blancas con cara de preocupación. Al fondo, el océano parecía en una calma tensa y se mimetizaba con el cielo azul.

Los miré a través de aquel enorme ventanal y cogí un pañuelo para secarme el sudor. Noté la vibración del móvil, era un mensaje de texto: «Todo saldrá bien. Ya verás». En ese momento, los médicos salían de la habitación. Era el momento.

Se acercaron a mi suegra y una sonrisa los delató.

—Todo ha salido perfecto. Su hija ya tiene un nuevo corazón. Enhorabuena.

Nos abrazamos, lloramos, sentimos la felicidad en grado superlativo. Aún con los ojos llenos de lágrimas busqué mi teléfono y abrí el WhatsApp. Fui escribiendo las letras a la vez que escuchaba el ritmo frenético de mi pulso: «Gracias. Te debo la vida. Se ha salvado».

Guardé el teléfono mientras veía cómo toda la familia seguía abrazada. Sabía que aquella imagen nunca se repetiría. Solo por eso

todo había merecido la pena. Mi suegra vino hacia mí y vi la emoción en sus ojos. Me apretó muy fuerte y me habló entre sollozos.

—Te lo debo todo. La vida de mi hija, mi familia… Nunca te lo agradeceré lo suficiente. No sé cómo lo has conseguido, querido. De qué manera pudiste cambiar el destino en menos de 48 horas… —Se le quebró la voz y volvió a abrazarme con fuerza.

El médico la llamó, era el momento de entrar y ver a su hija. Yo cogí el móvil, tenía un mensaje: «Ahora te toca cumplir tu parte».

Había salvado una vida, pero todo tiene un precio.

FORMOSO

Julio, 2022. Granada

Nací en Formoso, hace demasiados años, uno de los pequeños archipiélagos de las islas Bijagós, en Guinea-Bisáu.

Nunca le pregunté a mi madre por mi color de piel, bastante más claro que el de mis vecinos, y nunca conocí a mi padre. Un día, ella me contó una leyenda:

«Dios creó una primera isla, llamada Orango, la cual sería el mundo. Más tarde llegó un hombre de nombre Akapakama con su mujer y tuvieron cuatro hijas llamadas Orakuma, Ominka, Ogubane y Oraga. Cada una de ellas a su vez tuvo varios hijos y a cada una de estas familias les fueron otorgados derechos especiales: a los de Orakuma, el derecho de la tierra y la dirección de las ceremonias que allí se realizasen; también el de tallar las estatuas de los iras, en donde, según el culto tradicional del pueblo bijagó, residen los espíritus. A la familia de Ominka les fue concedido el mar y por tanto la pesca. La de Oraga recibió la naturaleza, con sus campos, sus palmeras y toda su riqueza. La familia de Ogubane, el poder del viento y la lluvia, pudiendo desencadenar así la temporada seca y la de lluvias. Así, las cuatro hijas desempeñarían funciones diferentes, pero complementarias y muy importantes. Y tú, hijo, perteneces a la

estirpe de Ominka, al igual que tu abuela, tu bisabuela y el resto de tus antepasados».

Aquel día no supe qué contestar, pero mis raíces fueron aflorando en mí durante los años posteriores; siempre fiel a mis antecesores.

La sociedad bijagó tiene estructura matriarcal, y son las mujeres las que eligen marido y dirigen muchos de los aspectos de la estructura social: la economía, la ley, el bienestar o la espiritualidad. Por eso tampoco le di demasiada importancia a no tener padre. Tenía a mi madre y me bastaba; y también dos hermanas, Origanka y Amina, con las que me pasaba los días jugando hasta que una de ellas murió por culpa de aquellos mosquitos odiosos; luego supe ponerle nombre a aquella enfermedad que se llevaba a tanta gente: malaria.

Crecí con los pies en el mar y me convertí en uno de los mejores pescadores de la isla; sin embargo, para mi desgracia, ninguna mujer me escogía.

Mi madre murió cuando yo apenas era un adolescente, dejándonos solos a mi hermana Amina y a mí. Ella no tardó en escoger marido y formar una familia, mientras que yo seguía dando tumbos por la vida. Un día de verano, vi mi destino en una de aquellas enormes barcazas que traían animales y provisiones a la isla; era la hora de volar.

Conocí mi país, Guinea-Bisáu, y pronto me enrolé en un barco pesquero haciendo gala de toda mi maña a bordo y aprendiendo rápido de mis compañeros más experimentados.

Nunca me quedé quieto y empecé a visitar multitud de puertos con distintas embarcaciones, pero mi corazón seguía marchito.

Llegué a España a mediados de los ochenta, cuando ya era un país en plena modernización, y me enamoré de sus gentes y de su clima. Me enrolé en un barco en Cádiz y recorrí en él los puertos del Mediterráneo. En Barcelona, me deslumbró la magia de una ciudad única y allí cambió mi vida. Conocí a Lobo, un viejo marino, que me insistió para subir a su barco en un viaje que nos llevaría hasta la otra punta del país, cruzando el estrecho de nuevo y navegando por el océano Atlántico, con destino a Galicia.

Hicimos escala en Burela para, al final, ir a parar a Aguiño, donde nos refugiamos de un terrible temporal. Cuando bajé del barco y vi a unas mujeres sentadas con las redes en sus manos, no pude dejar de observarlas. Una de ellas se levantó y me gritó.

—¿Qué? ¿Tenemos monos en la cara, morenito?

En ese momento me enamoré perdidamente de ella. Luego supe que se llamaba Maruxa. Ese día nació nuestro amor y murió en el mismo lugar ocho meses después; a pesar de ello, en ese transcurso de tiempo fuimos muy felices.

Cambié de rumbo de nuevo y me enrolé en uno de los barcos que hacía bajura demostrando mis dotes para la pesca. Pronto me gané una reputación en el puerto. Por aquel entonces Maruxa vivía con una amiga, Amelia, con la que también establecí una enorme amistad. Todo era maravilloso hasta un día en el que al volver al puerto la vi con cara seria.

—Helio, estoy embarazada. Vas a ser padre.

No supe reaccionar, me temblaban la mandíbula y las piernas. Esbocé una sonrisa forzada y quedamos en celebrarlo esa misma noche… Nunca aparecí. No estoy orgulloso de lo que hice, tenía

veinte años y me asusté, convenciéndome a mí mismo de que, si yo no había tenido padre, ese hijo tampoco lo necesitaría.

Volví a Formoso. Había ahorrado una buena cantidad de dinero y la vida en la isla era tranquila. Unos años después ocurrió lo que tanto había esperado: una chica llamada Oriana me escogió y la felicidad volvió a mi vida. Poco después ella también se quedó embarazada. Esa vez no me escapé porque sabía que aquel era mi lugar, mi sitio en el mundo del que jamás debería haberme ido.

Seguí trabajando en la pesca. Tenía mi propia barca y era autosuficiente, pero pronto me surgió la oportunidad de comandar un barco pesquero en el continente y no me lo pensé. Quería la estabilidad para mi familia, su felicidad; sin darme cuenta de que cambiar fortuna por ausencia es siempre un error. Aun así, vi crecer a mi hija y cómo daba sus primeros pasos.

Fue entonces cuando las tropas rebeldes de Ansumane Mané sembraron el caos en la capital de Bisáu. Se declaró una terrible guerra civil y miles de personas fueron evacuadas; la religión siempre ha sido un arma de división para los pueblos, incluso dentro de los mismos.

Nosotros nos encontrábamos en plena campaña y, cuando volvimos a puerto, aquello fue una tragedia. Escapamos cada uno por nuestro lado. Yo me busqué la vida para intentar volver a Formoso; tenía un horrible presentimiento en mi interior. Conseguí colarme en uno de aquellos barcos humanitarios y ya vi el humo elevándose al cielo.

BIBIANA

DÍA I

Julio 2022

A pesar de la tradición compostelana, en el cielo lucía un sol incipiente que anunciaba un día caluroso de julio. Elevó la mirada al cielo y suspiró. Una larga epidemia mundial había estado a punto de dar al traste con la frágil economía del país y llevaban más de un año instaurados en la mal llamada «nueva normalidad»; todo aquello parecía un mal sueño. Por suerte, las torres de la catedral volvían a lucir en todo su esplendor y empezaba a verse la sonrisa de la gente, lo cual le pareció un milagro, aunque todavía no podían dar por erradicado el dichoso virus. Estaba delante de la fachada del Obradoiro, en aquella enorme plaza en la que se acumulaban peregrinos, turistas y compostelanos que no podían dejar de admirar una de las grandes maravillas de la arquitectura eclesiástica.

Y allí estaba ella, la joven inspectora Bibiana Galdós, ahora destinada en la comisaría de Santiago bajo el mando de su amiga y comisaria Sabela Cruz. No había sido fácil para ella tomar la decisión de acompañar a su jefa a Santiago, pero en su afán por mejorar y convertirse en una mejor policía cada día era necesario a veces tirarse al vacío. Al principio, el cambio se le había hecho cuesta

arriba; sin embargo, todo parecía más fácil teniendo a una jefa como Sabela a su lado.

Por un momento, los recuerdos de Arrazola, Mari y Portomarín volaron a su cabeza. Sonrió recordando a Lasarte, con el que seguía manteniendo el contacto. Habían coincidido en alguna investigación durante aquel tiempo, pero ninguna como la que los había llevado a Euskadi. Había algo que latía en ambas direcciones, pero entre la pandemia y su propia indeterminación se había quedado en nada.

Giró sus ojos hacia un punto más acorde a su altura y vio un biombo blanco detrás del que supuso estaba su objetivo del día y, aunque ella no lo sabía, el que la tendría enredada durante casi una semana.

—Buenos días, jefa. —El agente Donowa la recibió a los pies de la fachada del Obradoiro.

—Buenos días, ¿qué tenemos?

—Un cadáver. A este hombre lo han atravesado de lado a lado con una espada.

Bibiana posó sus ojos en la figura que tenía a tres metros. Estaba de lado, con una mano agarrada al mango de la espada, el filo saliendo por su espalda y la boca muy abierta.

—Pero ¿quién puede ser tan animal?

Se hizo el silencio, el mismo que añoraban todos los habitantes de la ciudad compostelana en su día a día, pero que, en aquel momento, parecía estar suspendido en el aire como por arte de magia.

—El cadáver lo descubrieron unos peregrinos que llegaron con las primeras luces del alba. Como sabe, jefa, es año santo, aunque sea de rebote, así que ya se imagina lo que esto puede suponer.

Sonrió. A la inspectora Galdós poco le importaban las presiones de la cúpula. Ella había sabido moverse entre aguas movedizas desde que se había enfundado aquel uniforme y no estaba dispuesta a cambiar de actitud. Notó la vibración del móvil en el bolsillo y vio la cara de su jefa al otro lado.

—Buenos días, Sabela.

—Buenos días, por decir algo. Me acaba de llamar Urízar. ¿Qué sabemos?

—En realidad acabo de llegar, pero tenemos a un tío a los pies de la puerta de la catedral al que se la han metido bien.

—Joder, ¿sabemos quién es?

—Si te digo la verdad, aún no lo he preguntado. Me has pillado entrando. —Cogió los papeles que le estaba pasando Donowa en ese momento y comenzó a leer—. Aquí lo tengo, se llamaba Abdul Sarrán y, por lo que parece, era el portavoz de la comunidad musulmana en Galicia. —A cada palabra que decía se iba dando cuenta de que no era una muerte casual.

—¿Me estás diciendo que la cabeza visible de los musulmanes en Galicia acaba de aparecer muerto bajo el símbolo más importante de la cultura cristiana española?

—Yo no lo he dicho, pero eso parece. Lo que no entiendo es qué hace aquí, porque tenía su residencia en Vigo, en la calle Gregorio Espino, muy cerca de la nueva mezquita. —Bibiana recordó que no hacía demasiado tiempo había visto un reportaje que hablaba de la mezquita más grande de Galicia, con una capacidad para casi tres mil personas. Su jefa resopló tras escucharla.

—Estoy en Ginebra, en una convención, ya sabes. Espero poder viajar mañana de vuelta. Mientras, entérate de todo. Sé que es

pronto para decirlo, Ana, pero no pinta nada bien. Intenta que la prensa se entere de lo menos posible y no hagáis declaraciones oficiales hasta que yo llegue. Llamaré a Urízar a ver qué me sugiere. Para cualquier cosa, me escribes. Tendré el móvil en silencio, pero estaré pendiente.

—Entendido, jefa, no te preocupes. Tengo a Celeiro y a Donowa, no podría estar mejor acompañada. —Le decía la verdad, lo que se calló fue que sin ella se sentía sola. Necesitaba tenerla cerca…

Se acercó por primera vez al cuerpo de aquel hombre. Sus rasgos árabes eran evidentes, aunque vestía totalmente a la forma occidental, excepto por la *kufiya* de color rojo y blanco que llevaba al cuello. No había sangre.

—No lo han matado aquí. —Se levantó e hizo una visión global al Obradoiro—. Las cámaras de la plaza han tenido que captar algo.

—Ya las hemos pedido —contestó Donowa—. En unas horas las tendremos.

—¿Cuándo vendrá la caballería?

—Están de camino, no creo que tarden…

—¿Y la jueza y el forense?

—Agulló y Ciprán Taboada; sabes que se toman las cosas con calma.

Volvió a sonreír. Encontrarte con buena gente, aunque fuera en situaciones desagradables, le daba un punto de alegría hasta a la muerte.

—¿Qué habéis encontrado en la inspección ocular?

—Unas gafas y un Corán, nada extraño sabiendo ya quién era. —Donowa le señaló un punto más alejado en el que pudo ver ambas

pertenencias del fallecido, ya junto al dintel de la puerta de entrada a la catedral.

Eran unas gafas redondas de metal y un libro que parecía muy antiguo. Pero nadie como Ciprán y Criminalística para poder darle algunas respuestas a todas las preguntas que se iban acumulando. ¿Por qué matar al portavoz de la comunidad musulmana a pies de la Catedral de Santiago?

AGUIÑO

Bibiana sabía que se avecinaba tormenta; así que, después de investigar toda la vida del fallecido y seguir en un callejón sin salida, decidió dejar trabajar a Ciprán, a Alba y a todos los que podían darle alguna clave de aquella extraña muerte. Ella aprovechó para ir a comer a casa de su madre en Aguiño.

Era casi una hora de coche por la vía rápida que unía Compostela con el Barbanza. Habían sido innumerables las veces que la había recorrido, sobre todo de ida y vuelta de marcha a Santiago. Sonrió y le dio más volumen a la radio en la que sonaba uno de sus discos favoritos, el *Appetite for Destruction* de los Guns N'Roses. Abrió un poco la ventanilla y acompañó a Axl a todo pulmón:

—*Take me down to the Paradise city where the grass is green and the girls are pretty, take me home…*

Pensó en lo *tontacas* que eran las letras de los grupos americanos y se imaginó por un momento a Robe de Extremoduro cantándolo en español; le entró la risa floja.

Cuando estaba entrando en el pueblo, notó la vibración del móvil; tenía varios wasaps sin contestar. Aparcó muy cerca del puerto

porque supuso que su madre seguiría allí, trabajando con la *comanda* de rederas, y habría dejado a cargo de la comida a Amelia.

Desde el aparcamiento hasta la zona en la que estaban, fue revisando los mensajes. En un momento se paró en seco y acercó el móvil a los ojos. Chasqueó la lengua y continuó.

Su madre, Susi y la Rápida estaban en animada conversación. Se acercó sigilosa, pero aquellas mujeres eran imposibles de sorprender.

—*Aquí tes a herdeira* —afirmó Susi con una sonrisa en la boca.

—*Filla. Que raro… Ti por semana. Pásache algo?* —Su madre siempre era capaz de saber su estado de ánimo. Era algo que la exasperaba desde su adolescencia.

—Estoy cansada de comer de *fonda*, mamá.

Vio cómo Maruxa recogía los bártulos y se levantaba, se acercaba a ella y le pellizcaba el moflete como hacía de pequeña.

—Sabe más el diablo por viejo que por diablo, *filla*.

Se despidieron del resto de la *comanda* y caminaron hacia la casa, que no distaba más de trescientos metros del puerto de Aguiño. Bibiana sacó el móvil y le enseñó el mensaje.

—*É un fillo de puta. Non estás pensando en ir, non si?*

Ella releyó el mensaje: «Hija, soy Helio, tu padre. Perdona por estar desaparecido —«otra vez», pensó ella—. Necesito verte, es urgente; no te lo pediría si no fuera cuestión de vida o muerte».

—No puedo dejarlo tirado, mamá.

—*Non, carallo. Como si él non o fixera. E non unha, senón dúas veces.*

Bibiana utilizó la máquina del tiempo de su mente y retrocedió más de dos años, cuando él había vuelto a su vida. Tras aquel

primer encuentro a las puertas de su casa, se habían sucedido otros y una pandemia que los había mantenido separados forzosamente.

—Mamá, te recuerdo que estuvimos confinados.

—Sí, claro, y el móvil también lo tenía confinado, no te jode… Mira, *filla*, eres mayorcita, haz lo que quieras, pero no me pidas que no sufra si te hacen daño.

Su madre la agarró y se paró, retorciéndose de dolor. Bibiana la ayudó a reincorporarse.

—¿Estás bien, mamá?

—Sí, oh, *non é nada, ando con dores nos riles*, *rapaciña*. Aprovecha antes de que sea tarde. —Tenía razón, su madre era todo sabiduría.

Cuando entraron en casa, el aroma de la tortilla con chorizo de Amelia aplacó todo su cabreo. ¿Cómo no las iba a querer?

CONEXIÓN GRANADA

La llamada del comisario jefe Urízar la sobresaltó en plena convención, pero más lo hizo lo que tenía que contarle: un hombre había aparecido muerto a los pies de la Alhambra aquella misma mañana. No hubiera dejado de ser un asesinato más si no fuese porque la víctima era Mohammed Sarrán, el hermano de Abdul, que también esa misma mañana había muerto a los pies de la Catedral de Santiago.

Sabela Cruz colgó el teléfono y reservó el primer vuelo de vuelta a Santiago; con un poco de suerte, a última hora de la noche podría estar en casa. Prefirió no llamar a Bibiana hasta que tuviera todos los datos confirmados.

Suspiró y se despidió de sus compañeros tras contarles que tenía una emergencia que hacía imposible su continuidad en la convención. No lo echaría de menos, porque aquellos actos eran lo peor que llevaba de su puesto; a Sabela Cruz le gustaba la acción, la marcha, el rock'n'roll… Y una muerte podía esperar, pero dos ya eran demasiado.

En el avión tuvo tiempo para pensar en su vida. Habían pasado algo más de dos años desde la aventura con Mari; el mismo tiempo

que su hermana Lina llevaba saliendo con Asier, uno de los protagonistas de aquella triste historia. Poco después habían abierto aquella agencia de detectives en la que él se ocupaba del papeleo y para la que habían fichado al Flaco Morlán, el mejor candidato entre las decenas de currículos que habían recibido tras publicar la oferta de trabajo: tenía experiencia, estaba bien relacionado y, sobre todo, parecía buena gente. Sonrió al recordarlo: un argentino, una italiana y un vasco-gallego en una agencia de detectives, sonaba a cualquier cosa menos a algo serio.

La mala suerte quiso que la pandemia los dejase casi sin trabajo. Las infidelidades eran menos y no había a quién perseguir, así que lo poco que habían ganado al empezar su aventura se lo habían gastado durante el confinamiento. Al final la pareja había decidido irse con ella o, más bien, ocupar las habitaciones que Sabela tenía libres en su piso recién alquilado muy cerca de la Plaza de la Quintana. A ella acababan de ascenderla a la comisaría compostelana, con el aumento de estrés que ello suponía, y de su mano se había traído también a Bibiana, su mano derecha.

A Sabela le gustaba la soledad, pero reconocía que tener allí a Lina y Asier había sido un bálsamo en aquella situación irrespirable. Habían tenido suerte, ninguno de los tres había sufrido el COVID-19; sin embargo, Morlán había estado ingresado por su culpa casi diez días, aunque con final feliz.

En las casi dos horas que tenía entre aviones decidió tomarse un café y una tapa de tortilla en una cafetería de la T4, a precio de oro. Avisó a su hermana de que volvía antes de tiempo y buscó en las redes el nombre del origen de todo: Mohammed Sarrán.

Ya sabía que era hermano de Abdul Sarrán, el hombre que había aparecido muerto delante de la fachada del Obradoiro esa misma mañana, y que tenía dos hermanas más: Morayma y Fátima, la primera de ellas en paradero desconocido. También buscó en Google «muerte en la Alhambra» y confirmó sus peores augurios: el asesinato de aquel hombre ya había sido filtrado a la prensa.

«Muerte a los pies de la Alhambra», leyó.

Era una de aquellas noticias que exasperaba a los lectores porque, al abrirla, no decía absolutamente nada más; eso significaba que no sabían nada, ni siquiera que el fallecido era Mohammed Sarrán.

Cerró el portátil y se dedicó a comer, que era lo único que le quitaba la mala leche. Si no se equivocaba, las muertes de los dos hermanos a casi mil kilómetros de distancia no podían ser casualidad. Ahora les tocaría a ellos encontrar cuál era el hilo que las unía.

Decidió volver a llamar a Urízar, el comisario jefe.

—Hola, Sabela.

—¿Alguna novedad, jefe?

—Seguimos sin noticias de Morayma, la hermana desaparecida —dijo tras carraspear—, aunque estamos trabajando en ello. No tengo muchos datos sobre la muerte, pero lo que sé no te va a gustar: a Mohammed le han clavado una espada en el pecho.

—No me jodas.

—Como lo oyes… Lamentablemente, es lo único que sabemos por ahora. Los equipos están trabajando en el lugar del crimen; sin embargo, entre el buen tiempo y que es uno de los lugares más visitados del país, no está siendo fácil. En cuanto sepa algo más, te

lo haré saber, pero deberías ir pensando en mandar a alguien a Granada. Yo moveré los hilos para que sea una investigación dual.

—Miedo me da.

—¿El qué?

—La última vez que hicimos algo así casi los perdemos en una cueva.

—No te quejes, volvieron con vida y en estos dos años han acumulado experiencia. De todos modos, sé lo que me vas a pedir; te conozco y ya me he adelantado. Desde mañana mismo el inspector Lasarte dejará la Unidad de Drogas y pasará a estar a tu cargo de nuevo.

Era una gran noticia. Bibiana era la mejor, la más inteligente, pero él tenía instinto natural, y juntos formaban el equipo perfecto.

—Gracias, jefe.

—Ándate con ojo con esos dos: no quiero amoríos ni nada que entorpezca la investigación, ¿estamos?

—A la orden; los mantendré vigilados.

En el fondo, Sabela no tenía muy claro si sería capaz de evitarlo ni si quería hacerlo. En cuanto había tenido ocasión de verlos juntos, había visto que las chispas saltaban entre ellos como en una metalurgia y de manera constante… Y ella odiaba que las cosas no sucediesen de forma natural; así que no, no les diría nada. El destino tendría que decidir.

No se imaginaba hasta qué punto.

HELIO

Bibiana llegó a la cita con su padre cinco minutos antes de la hora, como era habitual en ella. Sabía que debía volver a Santiago, que urgía ponerse manos a la obra; no obstante, había algo que le decía que debía ver a su padre aunque fuese cuestión de cinco minutos.

Aún tenía el sabor de la tortilla con chorizo en el paladar. Pidió un café doble y se sentó a esperar a Helio.

Diez minutos después, lo vio aparecer corriendo y con cara de no haber dormido en varios días. Se levantó a recibirlo. Entre la nueva normalidad y las pocas veces que se habían visto, no sabía si debía abrazarlo o no, así que le dejó la decisión a él, que la obsequió con una caricia en el brazo y una sonrisa.

—Perdona, hija. Perdona por no dar señales de vida estos últimos meses, déjame que te cuente y lo entenderás. —Lo vio levantarse de nuevo y pedir dos cafés más. Lo notó nervioso, distinto.

—No pasa nada, siéntate y cuéntame. —Ella intentó calmarlo.

—El confinamiento no fue un buen momento para nadie —comenzó a hablar agachando la cabeza, como si se escondiera de algo o de alguien—, eso lo sé; pero para espíritus errantes como el mío, fue peor lo que vino después.

—¿Qué quieres decir? Pero ¿no eras autónomo?

—Sí, claro, y repartidor. Al principio de la pandemia, lo que para otros fue un desastre, para mí se convirtió en el paraíso. Pero, cuando las cosas se normalizaron un poco, caí en un pozo, cada vez me llegaban menos encargos y mi vida personal se complicó…

—A ver, recapitulemos: la última vez que estuvimos juntos fue unos días antes del confinamiento, pero seguimos hablando hasta ese mismo verano, hace justo dos años.

—Sí, hija, pero yo acababa de llegar a tu vida después de cientos de años de ausencia, me daba vergüenza contarte según qué cosas, así que fui cubriéndolo todo con mentiras.

—Helio, tranquilo, ve despacio. ¿No estabas saliendo con Carmen?, ¿qué pasó con ella?

—En cuanto vio que la cosa se complicaba, me dejó. Hace tiempo que le perdí la pista.

—Y te quedaste solo en tu piso.

—Lo dejé porque no tenía pasta para pagarlo y me fui a vivir a Vila de Cruces con unos amigos. Fueron unos meses muy duros, pero entonces me salió otro trabajo de lo mío: llevar una mercancía allí, otra aquí… Por suerte tengo contactos y las cosas fueron mejorando.

—¿Mercancía? ¿Qué clase de mercancía?

—No lo sabía y no me importaba; necesitaba el dinero.

—Me temo, por esa cara que traes, que algo se torció.

—Joder, hija, cómo se nota que eres poli. A ver, yo conducía; pero detrás, con la mercancía, iba siempre otro tipo y yo no lo veía, ¿vale? Para que me entiendas… El caso es que a mí me daban una coordenada, yo aparecía allí y había otra furgoneta. No debía

bajarme ni hacer nada. Ellos cargaban la mercancía y el tipo y yo emprendíamos la marcha hacia el destino. Llegábamos allí y otra vez lo mismo, yo no me bajaba y ellos lo hacían todo, así que jamás le vi la cara a ninguno. Hasta que… —Helio agachó la cabeza y sudaba cada vez más. La cosa pintaba fea.

—Continúa, que me estás poniendo de los nervios.

Él se tomó el café de un trago y pidió un *whisky*. Esperó a tenerlo en la mesa y suspiró.

—En uno de esos viajes, algo salió mal: nos pararon en un control.

—¿Quién? ¿La Guardia Civil?

—Sí, los de Tráfico; era uno de esos de Movilidad. A ver, se supone que lo tenían todo bajo control porque trabajaban con un topo que les decía en qué lugar estarían los guardias y así los evitaban. O sea, que aquellos hombres no tenían que estar allí aquella noche…

PARDIÑAS

Junio 2022

Las cosas con el tema de la pandemia lo habían complicado todo. Lo peor había pasado, pero el miedo seguía presente en sus vidas. No quedaban muy atrás los tiempos en los que se sucedían las denuncias por esto o por aquello, el odio y las confrontaciones delatando la verdadera esencia del ser humano. Había sido muy bonito aquello de salir a aplaudir a las ocho, pero el agente Pardiñas no tenía muy claro si había servido para algo que no fuera espiar al vecino.

Aquella noche les tocaba control y, según la planificación, lo harían en la carretera que salía de Ames hacia la costa. Como mucho se encontrarían algún chaval con ganas de fiesta y en busca de material.

Vio venir al cabo Tenor, más conocido como Plácido, y asintió cuando este le hizo un gesto para que lo siguiera. Se subieron a una de aquellas modernas furgonetas y se puso en el asiento del copiloto.

—Javi, hoy vamos a cambiar el plan, tengo un soplo.

Pardiñas levantó las cejas y miró al cabo sin decir nada; aquello no era lo habitual.

—Sí, ya le he dejado un mensaje al jefe, tranquilo. Coño, estoy cansado de pasar frío en esas carreteras del demonio y creo que hoy podremos dar con algo gordo.

—A ver, mi cabo, yo lo que usted ordene; pero ¿no deberíamos informar de ese soplo?

—Pardiñas, aún estás muy bisoño. Si aviso y no pasa nada quedo como el culo, si no aviso y los pillamos seremos los putos amos.

Javi pensó en su familia. Había ingresado en el cuerpo después de saber que su novia estaba embarazada. Era un tío atlético, así que había salvado las pruebas con nota. Lo de estar en la academia no le había gustado una mierda, pero sabía que tenía que pasarlo. Todo se había resuelto al conseguir la plaza y ver nacer a su hija. Había estado un año dando tumbos de aquí para allá, dejando a su familia en Galicia, hasta que había tenido la suerte de dar con aquel destino en la capital y no se lo habían pensado dos veces: habían dejado el pueblo de su mujer, Carreira, donde aún vivían con sus padres y se habían trasladado a Compostela.

—¿A dónde vamos exactamente, cabo?

—Muy cerca de la playa de O Castro, en Aguiño; me han dicho que hay una fiesta preparada, así que esperaremos en la carretera que lleva hasta allí viniendo desde Carreira.

Pardiñas conocía muy bien el pueblo porque había vivido más de veinte años allí, y no pudo evitar una sonrisa al recordarlo. Sin embargo, no le gustaba ese cambio de planes.

—Oiga, cabo, ¿no cree que nos estamos extralimitando? ¿No habría que avisar a los compañeros?

—Te repito, cagadito Pardiñas, que se trata de un chivatazo. Así que no; me niego a quedar como un idiota o darle el mérito a otro.

No sé tú, pero yo estoy hasta los huevos de este destino, quiero más y un ascenso no me vendría nada mal. Tengo una familia que alimentar; bueno, dos —rio.

Aquello no le hacía ninguna gracia a Pardiñas; era *vox populi* el romance que mantenía con la agente Cudeiro y lo mal que la estaba tratando. Era su compañero, su jefe, pero no su amigo; y tampoco le hubiese gustado tener uno como él.

Montaron el control con un hastío terrible. Eran las dos de la mañana y por allí no pasaba nadie, pues era un cruce en el que confluían la carretera principal y el paseo que desembocaba en la playa.

Intercambió unos wasaps con su pareja antes de enfundarse la cazadora y coger el pirulí. Estuvo casi una hora recorriendo las aceras cercanas, mirando las tiendas de ropa, los todo a un euro y aquello que la oscuridad le permitía descubrir, sin intercambiar ni una sola palabra con el cabo Tenor, que estaba muy ocupado dentro del coche trasteando en el móvil.

Fue entonces cuando vio las dos luces dirigirse directamente hacia ellos y sintió cómo desaceleraban poco a poco, mucho antes del control. Al tenerlas cerca, vio que pertenecían a una furgoneta blanca conducida por un mulato y Pardiñas le hizo señas para que se pararan a un lado. El cabo se bajó de la furgoneta por primera y última vez en aquella gélida noche.

EMBOSCADA

—Yo estaba muy nervioso. Era la primera vez que nos topábamos con un control y no sabía qué hacer. Reduje la marcha y empecé a gritarle al tío que estaba atrás, pero él no me contestaba, así que hice caso a los dos agentes que me hacían señas para que me echara a un lado.

—No me jodas, Helio, no me jodas… ¿Me estás diciendo que tú estás implicado en lo que pasó hace dos semanas? ¿Mi padre desaparecido y salido de la nada vuelve como un puto delincuente? —Bibiana se llevó las manos a la cabeza, aquello pintaba fatal.

—Deja que termine de contarte y luego sacas tus conclusiones, por favor. El chico más joven se acercó a la ventanilla y me pidió los papeles. Yo tenía unos falsos y se los entregué. Mientras, el que parecía el jefe se acercó a la parte trasera. Cuando volvió me pidió que me bajara y obedecí, estaba cagado. Todo pasó muy rápido. —Helio le dio un último trago al *whisky* y continuó—: Me preguntó por qué no llevaba precinto si era mercancía perecedera y para un supermercado; no sé ni lo que le contesté, pero no se lo tragó. Entonces me dijo que me acercara a la parte de atrás. Yo estaba

hecho un flan. Abrí la puerta y el infierno nos recibió. —Helio agachó la cabeza.

Bibiana conocía muy bien el resto de la historia: los dos guardias civiles habían sido abatidos; con peor suerte para el cabo Tenor, que había muerto en el acto. Su compañero, el agente Pardiñas, se recuperaba en la UCI del hospital compostelano. Aun así, prefirió escucharlo de boca de su padre.

—¿Qué recuerdas exactamente?

—Yo abrí la puerta derecha y me escoré hacia ese lado. Los dos guardias quedaron de frente y se comieron la ráfaga de tiros; el tío tenía una puta metralleta. Pensé que acabaría conmigo también, pero corrió hacia el puesto del conductor y salió cagando virutas.

—Tú fuiste el anónimo que dio el aviso del tiroteo.

—Me dolió en el alma dejarlos allí tirados, pero avisé al 061 y salí por patas… Y hasta hoy. Llevo quince días escondido, escapando hasta de mi sombra.

—Y no se te ocurre otra cosa que venir a contárselo a tu hija, que resulta ser inspectora de policía.

—Quiero entregarme, pero necesito garantías.

—¿Qué garantías, papá? —lo dijo y al momento se dio cuenta de que era la primera vez que lo llamaba así—. La cárcel es lo menos que te espera, joder.

—Solo te pido protección, esos tíos volverán a por mí.

—A ver, si pudo matarte y no lo hizo en ese momento, ¿por qué habría de buscarte ahora?

—Porque me llevé algo y creo que lo saben.

Bibiana comenzó a hacer aspavientos con las manos y acabó tapándose con ellas la cara. No se lo podía creer.

—Cuando aquel animal abrió fuego y bajó de la furgoneta, tiró una de las cajas metálicas que había dentro sin querer y yo me la llevé. Tienes que ver lo que hay dentro… ¡Es muy fuerte, hija, muy fuerte! —Se levantó y le hizo un gesto para que lo acompañara.

¿Qué coño estaba pasando? Ana no tenía otra manera de saberlo que siguiéndolo.

DESPEDIDAS

El inspector Lasarte estaba emocionado, aunque quienes lo conocían de verdad sabían que aquello era algo de lo más normal porque, desde que Mari se había cruzado en su camino —y, con ella, Bibiana Galdós—, algo había cambiado en su interior.

Lasarte aún era capaz de recordar aquella sensación, la misma que había experimentado en el viejo *camping* de Perbes en el que sus padres pasaban el mes de julio, cuando tenía solo quince años y una chica morena se había cruzado con él en la puerta de la cafetería; se habían rozado y había podido notar cómo de repente una descarga eléctrica le recorría el cuerpo. Cerró los ojos al recordarlo… Ese mismo día la había conocido gracias al camarero, con quien tenía cierta amistad. Aquello solo había durado una semana, pero el recuerdo del primer amor perdura para siempre.

Él nunca había sido un galán conquistador; era un tío normalito, inteligente y buena persona, pero sentía que las mujeres ya no se fijaban en él. Se podía decir que solo había tenido una relación estable con la doctora Nuria Fraga, pero aquello había durado más bien poco. A pesar de ello, seguían siendo amigos y eso para él estaba por encima de cualquier otra cosa.

Notó un fuerte golpe en la espalda seguido de una colleja perfectamente colocada que le sacó de sus cavilaciones. Eran sus amigos, y ya excompañeros, Modesto y Portela.

—¡Vuelves a casa! Cuando Sabela te reclama no se puede decir que no, ¿eh? Has sido un buen compañero, un poco cabronazo pero legal. —Rieron juntos mientras brindaban al ritmo de unas 1906.

—Tengo más de cuarenta años, no me jodáis. Me hice mayor hace tiempo, pero para vosotros siempre seré el nuevo, el chaval.

—Y no porque te conserves demasiado bien —añadió el inspector Portela.

—Aquí el único que puede hablar desde la experiencia soy yo, que para algo soy el de mayor experiencia —intervino Modesto.

Habían sido dos años de aprendizaje junto a ellos, uniéndose a las quedadas intempestivas en el Santiaguiño, disfrutando de un grupo de amigos que difícilmente volvería a encontrar y, sin embargo, no había día que no desease que el teléfono sonara y volver a estar junto a Ana.

—Eres un cabrón, nos dejas tirado —comentó Portela.

—El pájaro tiene que volar del nido, amigo. —Quiso devolverle la colleja, pero el inspector se apartó a tiempo.

—Es el momento, chicos. Además, están Sabela, Bibiana y espero que Alba siga echándonos una mano… —La vibración del móvil interrumpió la conversación. Pidió disculpas y salió a la calle. Una de esas tormentas clásicas de verano lo recibió.

—Sí, ¿quién es?

—Lasarte, no me jodas que aún no tienes mi número grabado…

—¿Sabela? Bueno, sí… Es que ya me conoces, soy un poco despistado.

—Mañana a primera hora te quiero en la comisaría. Tenemos trabajo, así que ven con el café ya en vena.

—¿Ha pasado algo?

—Sí, pero mañana te pongo al día. Disfruta de tu último día en la UDYCO, aunque ya me imagino que estaréis de despedida. Dales un saludo a todos.

—Eso haré. Pero adelántame algo, no me dejes así.

Oyó los bufidos de Sabela Cruz al otro lado del teléfono.

—Esta mañana ha aparecido un cadáver a las puertas de la catedral, eso ya lo sabrás. El caso es que poco después también ha aparecido el cuerpo del hermano muy cerca de la Alhambra.

Aquello era una bomba, Lasarte tardó en reaccionar.

—Entiendo que pensáis que ambos casos están relacionados.

—Qué perspicaz eres, *rapaz*. Vete desempolvando la crema de sol, las camisas hawaianas esas tuyas y las Rayban, que mañana os vais a Granada.

—¿Quiénes?

—Yo estoy hasta el moño de viajar; además soy la jefa, así que irás con Galdós. Ya sabes, Lasarte, hay que ser profesional, muy profesional.

Recordó a Manquiña en aquella película, *Airbag*, y sonrió.

—No tenga duda, jefa, tengo claro el concepto y no la voy a cagar en mi primer día.

Oyó farfullar al otro lado antes de que Sabela Cruz le colgase el teléfono. Suspiró, y volvió adentro a reencontrarse por última vez con otra vida y otro Lasarte que pronto dejaría atrás.

LA PERSECUCIÓN

Sabía que tenía que comunicárselo a Sabela. Helio tendría que pagar por lo que había hecho, era lo justo. Aún con los ojos muy abiertos observaba aquella fórmula química en letras negras que figuraba en la etiqueta: «$C4H10FO_2P$». No entendía nada.

Su padre le instó a que cerrara la caja.

—Tiene que ser una bomba, hija. Esos animales traman algo.

—Vamos a calmarnos, Helio. Voy a llamar a mis superiores, que esto es muy gordo, luego iremos a comisaría y tú te vas a entregar. Cuenta la verdad y estate tranquilo, intentaré ayudarte.

Media hora después, sus compañeros estaban allí para hacerse cargo del artefacto, y ellos se montaron en el coche, un Seat Marbella de color blanco. Era hora de partir. Bibiana le hizo un gesto a Helio para que arrancara mientras cogía el teléfono. En los altavoces sonaba una canción de Franco Battiato:

Y gira todo en torno a la estancia
mientras se danza, danza.
Y gira todo en torno a la estancia
mientras se danza, danza…

Bajó el volumen antes de oír la voz de su jefa.

—Sabela, soy Ana. Voy hacia la comisaría con mi padre en un Seat destartalado, espero que lleguemos. Es una larga historia; el caso es que he dejado a buen recaudo algo parecido a unos proyectiles. Te he llamado antes, pero no he sido capaz de localizarte, así que he avisado a Urizar.

—¿Pero qué cojones…? ¿Estáis en peligro?

—Qué va, si mi padre lleva dos semanas con eso en el coche… —De repente notó un golpe tremendo y el móvil se le cayó de las manos.

—¡Joder!, pero ¿qué haces? —Bibiana miró a su padre con la cara desencajada.

—¿Yo? ¡Pero si ese loco nos ha embestido por detrás!

Solo entonces la inspectora Bibiana Galdós fue consciente del peligro. Volvió la cabeza y vio a un todoterreno negro con las luces largas ir a toda prisa dispuesto a machacar la parte trasera del Seat Marbella.

Encajaron el golpe a duras penas; Helio mantuvo la dirección como pudo. Conducían por una carretera muy estrecha en la que, aunque cabían dos coches, solo había un carril. Bibiana intentó recuperar el teléfono. Sabela aún seguía al otro lado.

—¡Necesitamos refuerzos, jefa! ¡Unos locos intentan echarnos de la carretera!

—Pero ¿en qué lío os habéis metido? ¡Mándame vuestra ubicación ahora mismo!

Bibiana obedeció y se agarró fuerte esperando otra embestida. Su padre parecía un experto piloto de *rally* y exprimía aquel motor

como pocos habrían hecho; sin duda estaban vivos gracias a su pericia. En un cruce, tiró de freno de mano y pensó que era la última vez que vería la luz del sol. El vehículo voló por un instante y fue balanceándose de lado a lado mientras ellos se golpeaban una y otra vez para acabarse estabilizando de nuevo.

—Pero ¡¿dónde aprendiste a conducir así?! —dijo ella cuando recuperó la respiración.

—Te dije que era transportista. Hay que hacer malabarismos para entregar los paquetes a tiempo, hija.

A pesar de todo, Bibiana sonrió. Por suerte, dos minutos después vio cómo el todoterreno se metía por una calle perpendicular y los perdía de vista. Al principio, creyó que estarían buscando un atajo para pillarlos como en las películas, pero al rato se dio cuenta de que se habían retirado de la persecución. No tardaron en llegar dos coches de la Policía Nacional; uno de ellos intentó seguir al todoterreno.

Al llegar a la comisaría, tenía varias magulladuras y le dolía todo el cuerpo; su padre la ayudó a quitarse el cinturón de seguridad. Suspiró aliviada al salir del coche y ver a Donowa y el resto de los compañeros. Habían ganado una batalla, aunque ni siquiera sabían quién era el enemigo. La guerra iba a ser jodida.

LA CÁPSULA

Eran casi las diez de la noche y seguían en la comisaría de Compostela; habían estado esperando la llegada de su jefa, la comisaria Sabela Cruz. Era ella quien tenía la vista fija en las fotos de aquella caja metálica y su contenido. Sus compañeros seguían analizándola, pero todavía no le habían proporcionado su primera conclusión. Sabela sacó las suyas.

—No son proyectiles, sino cápsulas. Y me temo que lo que llevan dentro es muy peligroso. He buscado la fórmula y no es otra que la del gas sarín.

—Joder, pues parece que el inútil de mi padre, dentro de lo malo, ha hecho algo bueno.

—Pues sí. No seas demasiado dura con él, ya lo será la justicia. Lo condenarán por transporte ilegal, pero el eximente de habernos entregado esta prueba, aunque sea quince días después, puede ser vital.

—¿Qué es lo que piensas?

—No lo sé, Ana. No tengo ni puta idea. Ahora que tenemos la matrícula de la furgoneta, la buscaremos. Aunque no creo que sean tan gilipollas como para seguir con ella; estará abandonada en

cualquier cobertizo. A partir de ahí, no tenemos muchas más pistas. De todas maneras, Donowa y yo lo interrogaremos por si podemos sacarle algo más de esos hombres; cualquier dato puede ser importante.

El agente entró en aquel mismo momento al despacho y le dio una palmada a Bibiana.

—¿Qué? ¿De persecución por Compostela?

Ana le dedicó una media sonrisa antes de continuar.

—No me hables, anda. Nunca hubiese pensado que un Seat Marbella pudiese ser tan fiable. He visto la muerte muy cerca.

—¿Eso sigue dentro del edificio? —Donowa señaló las fotos con cara de asco—. Me dan una sensación terrible de inseguridad.

—Querido, se libera en forma de gas; así que, si la cápsula permanece cerrada, no hay peligro ninguno. De todos modos, pronto las llevarán a un lugar más seguro.

—Miedo me da lo que pretendían hacer con eso.

—Eso no es lo peor, mi padre solo recuperó esta caja porque se le cayó al animal ese después de disparar a los guardias, pero en la furgoneta había muchas más —añadió Bibiana.

—Y suponemos que también contenían gas sarín. Creo que la cúpula ya lo ha puesto en conocimiento de las autoridades y empezarán a tomar medidas de inmediato. Lo primero será cerrar la catedral y otros lugares importantes donde pueda juntarse mucha gente.

—De todos modos, lo lógico sería que quisieran actuar en lugares cerrados por aquello de que el gas sería mucho más efectivo.

—Eso creemos.

—Vale, ¿y nadie pensó en la final de la Euroliga?

Sabela miró a su inspector con cara de no estar comprendiéndolo. El fútbol gallego estaba en clara decadencia, exceptuando al Celta, así que no entendía por dónde iba.

—La final a cuatro de la Euroliga de baloncesto se celebra este fin de semana en Compostela, en el pabellón del Sar.

—No me jodas. No tenía ni idea. Baloncesto. Supongo que los de arriba sí lo habrán tenido en cuenta.

—Además, uno de los participantes es el Maccabi de Tel Aviv. Ya sabes lo que está pasando con Palestina.

Sabela se llevó las manos a la cabeza, aquello sobrepasaba mucho sus funciones; de eso se encargaban los de Antiterrorismo.

—Lo comentaré con Urízar. Muy bien por la apreciación, puede haber una relación; si es así, hemos tenido suerte de que Helio haya confesado a tiempo.

Bibiana lo miró y pensó en lo cabrón que era el destino cargando aquella responsabilidad sobre los hombros de un pobre hombre. En lo que no pensaba era que, de rebote, también la había hecho recaer sobre los suyos.

HAWÁI-BOMBAY

DÍA II

Esperaba sentada dentro de la terminal del aeropuerto Rosalía de Castro, con las piernas cruzadas y los brazos alrededor de ellas. Llevaba las gafas de sol puestas, el pelo recogido en un moño alto, una camiseta de manga corta y unos vaqueros clásicos; nadie hubiese dicho que era la inspectora Bibiana Galdós.

Cuando lo vio subiendo las escaleras no pudo disimular una risa floja. Él la reconoció al instante y se acercó rápido; vestía una camisa hawaiana y un pantalón tipo *jogger*, barba descuidada de tres días y una sonrisa emergente.

—¡Ana!

Ella se quedó quieta sin saber muy bien cómo responder. ¿Debía abrazarlo?, ¿besarlo? Dejó que sus sentimientos se expresaran por ella.

—Martín, ¡cuánto tiempo!

—Pues sí. Demasiado desde la última vez que coincidimos…

¡Cómo olvidarlo! Había quedado con Sabela, Lina, su novio Asier y el Flaco Morlán para celebrar la recuperación de este último y que por fin no era obligatorio el uso de las mascarillas. Lo habían hecho en un antro de la zona vieja de Compostela. Y entonces, cuando se

disponía a ir al baño, un hombre le había derramado parte de su cerveza encima. Era Portela, compañero de la comisaría de A Coruña, y al momento se había dado cuenta de que quien lo acompañaba no era otro que Martín Lasarte. Nada más reconocerlo, el cabreo se había esfumado y había sido sustituido por un sentimiento difícil de explicar con palabras. ¿Lo apreciaba, lo quería, lo deseaba? ¿Qué coño le pasaba?

Después se habían juntado todos, pero ellos habían acabado paseando solos por el empedrado compostelano. Aquello fue lo más cerca que habían estado de algo más, aunque ninguno se había atrevido a dar el siguiente paso. Quizá todo era más bonito así. Las ansias, los pelos como escarpias cada vez que se tocaban, el calor del deseo… Volvió al presente notando cómo se elevaba su temperatura corporal.

—No sabes las ganas que tenía de ir al sur —dijo Lasarte.

—¿Nunca has visitado la Alhambra?

—Recuerdo que, en el viaje de fin de curso del instituto, se hacía una ruta por toda Andalucía, pero me puse enfermo y me lo perdí. Entiendo que tú sí has ido.

En ese momento los llamaron para el embarque. Antes de contestar, Bibiana voló otra vez a tiempos pretéritos y recordó a Abel, el novio más serio que había tenido. Con él había visitado Medina Azahara, la mezquita de Córdoba, la Alcazaba de Almería y, por supuesto, Granada.

—Hace demasiados años, Lasarte. Creo que podrá sorprenderme de nuevo. Y, además, no lo olvides: vamos a trabajar, no de viaje con amiguitos.

Subieron al avión y, antes de que Bibiana se pusiera los auriculares y se relajara a ritmo de Soundgarden, Lasarte volvió al ataque:

—¿Qué sabemos de la víctima de ayer?

—Tengo el informe en la maleta, luego lo vemos. De todos modos, ya sabes que la víctima era hermano de Abdul Sarrán, el hombre asesinado en Compostela. Los compañeros han localizado a una de sus hermanas; será la primera persona a la que entrevistemos. La otra, Morayma, sigue en paradero desconocido.

—¿Alguna teoría?

—Ninguna. Por otro lado está lo que ocurrió ayer con mi padre y esas cápsulas de gas sarín. Evidentemente, los casos podrían no estar conectados, pero tendremos que averiguarlo. Esta vez no nos enfrentamos a nada sobrenatural; parece que solo al ser humano en su representación más odiosa: la violencia indiscriminada.

—Me dijo Sabela que tu padre quedaría libre por ahora.

—Sí, encerrado no servirá de mucho, aunque suelto tengo mis dudas. Hemos revisado su móvil y todo lo que nos contó es cierto: quedaba en una coordenada determinada para cargar el vehículo y, una vez hecho esto, le mandaban otra para la entrega. No veía a nadie y jamás se bajaba del vehículo. Creo que Alba ya ha estado investigando los números de teléfono y son todos extranjeros y sin identificación posible. Solo un estado de alerta prudencial y miedo, mucho miedo a que pase algo gordo.

—Si lo piensas, ese gas podría estar destinado a atentar en Compostela, pero también puede estarlo para cualquier otro lugar. Si tu padre lo iba a entregar en la playa do Castro, desde allí fácilmente pudieron trasladarlo a un barco que llevase esas cápsulas lejos.

—Ese es el problema, Lasarte, que no tenemos ni idea.

—Quizá Sabela debería habernos dejado aquí para investigarlo.

—La jefa opina que lo mejor es hacer las cosas como la última vez, ya sabes lo supersticiosa que es. Así que nosotros somos el equipo móvil y ellos son el fijo. Además, cuentan con la ayuda extraoficial de Lina y Morlán, que no es moco de pavo.

—Eso es cierto, a nosotros nos tocará pelear con los agentes locales.

—Pues los que están asignados al caso son Villegas y Luzón. —Una sonrisa cubrió la cara de Bibiana.

—¿Los conoces? —preguntó él.

—Coincidí con Villegas en Pontevedra; es todo un personaje, pero gran policía. Y, bueno… se ve que, no muy lejos del lugar en el que apareció el cadáver de Mohammed Sarrán, encontraron también un mensaje: «*Wa-lā gālib illà Allāh*».

—¿Y eso qué significa?

—«No hay vencedor sino Alá».

—Joder, ya estoy acojonado.

—Lo mejor es que Ciprán me ha mandado otro wasap, y al hacerle la autopsia a nuestro Abdul también ha encontrado otro mensaje, este escrito con tinta en el cuerpo de ese pobre hombre. Dice algo así como: «Sé parco en palabras y saldrás en paz».

Lasarte se quedó en silencio durante unos instantes. Los acertijos eran su fuerte, pero sabía muy poco de la cultura musulmana.

—No sé qué decirte, Ana.

—Los dos son mensajes que aparecen en las paredes de la Alhambra. El primero está prácticamente en cada esquina y era el lema de la dinastía nazarí, mientras que el segundo se encuentra en

el Salón de Comares, lo que nos confirma que ambos asesinatos tienen relación. Pero si me preguntas qué quieren decir, no tengo ni idea. No iba a comentarte nada hasta que llegáramos a Granada porque sabía que pasaría esto.

Lasarte la miró fijamente frunciendo el ceño.

—¿El qué?

—Que no podrías dejar de pensar en ello y estarías dándome la turra todo el viaje.

Rieron. Lasarte estuvo callado, pero su cabeza comenzó a maquinar intentando distraerse y olvidarse de su fobia a volar. Nada era al azar.

LA LLAMADA

Cogí la tarjeta que guardaba en el bolsillo y vi su nombre grabado: «comisaria Sabela Cruz», ella misma me la había dado la tarde anterior, al finalizar el interrogatorio. Marqué los números y esperé.

—Comisaria Cruz al aparato, ¿dígame?

—Hola, soy Helio.

—Buenos días, ¿va todo bien? —Noté la sorpresa en su voz.

—Me dijo que le llamara si recordaba algo más.

—Así es, señor. Dígame, ¿qué tiene que contarme?

Ya había conseguido su atención, unos segundos de pausa y solo tenía que soltar la bomba…

—Cuando bajé de la furgoneta y abrí la puerta, aquel loco comenzó a disparar sin tregua, pero también gritó algo que se me vino a la cabeza esta misma noche.

—Y ¿qué es lo que gritó, Helio?

—«*Wa-lā gālib illà Allāh*».

Durante unos segundos se hizo el silencio en la línea, hasta que volví a escuchar la voz nerviosa de la comisaria.

—¿Está usted seguro de que fue esa frase la que dijo?

—Sí, comisaria, totalmente. Con el *shock* lo había olvidado, pero anoche fui capaz de rememorar el momento con más nitidez y lo oí tan claro como la oigo a usted.

—Está bien, Helio. Es una información interesante. Si recuerda algo más, no dude en llamarme.

Colgué el teléfono. «No hay vencedor, sino Alá». ¡Cómo iba a olvidarlo!

ÁNGELA LUZÓN Y ADOLFO VILLEGAS

Una mujer de pelo castaño rizado, media melena y una enorme sonrisa se presentó como la inspectora Luzón; ella y su jefe, el comisario Villegas, estaban a cargo del caso en Granada. Tras las presentaciones pertinentes, decidieron sin demora visitar el lugar del crimen. En el transcurso del viaje, la inspectora les fue contando lo poco que sabían:

—El cuerpo apareció en la parte superior de la cuesta del Rey Chico, también conocida como cuesta de los chinos. Se trata del camino que une el Albaicín y Sacromonte con la Alhambra, y es uno de los accesos que más usan los turistas para subir.

—¿Y nadie vio nada? —preguntó Bibiana.

—Verá, inspectora, el cadáver apareció a primera hora de la mañana, pero el forense aún no ha determinado la hora de la muerte. Todo parece indicar que lo mataron con las primeras luces del alba, y mucho me temo que no había nadie en las proximidades.

—¿Quién lo encontró?

—Uno de los chicos de seguridad de la Alhambra. Su turno comienza a las ocho y hace el camino andando cada día. Le tomó el

pulso, pero ya estaba muerto; dice que no vio a nadie en los alrededores.

—No sé si lo han interrogado, inspectora. Si no es así, sería buena idea poder hablar con él.

—Yo misma lo hice, pero estaba muy nervioso, así que lo he citado en comisaría esta misma tarde.

—¿Villegas sigue igual de aguafiestas? —Bibiana vio la sonrisa de Luzón y se dio cuenta de que el comisario seguía ejerciendo aquel hechizo especial. No era especialmente guapo, pero tenía algo.

—Y tanto. No sale mucho de su despacho, pero este caso le ha tocado la fibra sensible.

—¿Por alguna razón en particular?

—Verá, inspectora, todo el tema de los musulmanes en esta ciudad se trata con una sensibilidad distinta; es difícil de explicar. La gran mayoría de la gente relaciona un musulmán con el fundamentalismo, atentados y Osama Bin Laden. Para nosotros, sin embargo, no dejan de ser nuestros vecinos; muchos llevamos incluso su sangre en nuestras venas. No hay conflicto abierto, convivimos.

Bibiana asintió intentando empaparse de las palabras de su compañera. ¡Cuánta razón tenía!

Aparcaron junto al río Darro y continuaron la ascensión a pie. Lasarte comenzó a sudar jurando por lo bajo y sin poder olvidarse de Anboto. Ascendían a buen ritmo siguiendo a la inspectora Luzón. Tras casi diez minutos de subida, vieron a sus compañeros en la zona acotada.

Villegas se dirigió a Bibiana con una gran sonrisa.

—¡Por los clavos de Cristo! ¿Estoy soñando o es esto una visión?! ¡Mi morena preferida! —Se abrazaron durante un largo rato, y cuando se separaron ambos tenían los ojos llenos de emoción—. ¡Qué cabrona es tu jefa! Me dijo que mandaba a dos agentes, pero no que uno de ellos eras tú. —Le tendió la mano a Lasarte, que se la estrechó.

—Inspector Lasarte, para servirle.

—Bienvenidos a Granada; ya conocéis a Luzón. —Se movió unos pasos y separó el cordón policial para que pudieran pasar—. El cuerpo apareció aquí, bajo estos arbustos. Un poco más arriba encontramos el mensaje: «*Wa-lā gālib illà Allāh*».

Galdós se agachó y observó concienzudamente la escena. Tras levantarse con los brazos en jarra, se dirigió a Villegas:

—Dime una cosa, ¿qué te dice tu instinto?

Él se atusó el pelo y miró al cielo buscando una respuesta. Después le hizo un gesto y comenzaron a andar en dirección a la Alhambra.

—¿Hace cuánto que no hablamos, Ana?

—Unos cuantos años, Adolfo.

—Las cosas por aquí han cambiado mucho, pero no como lo veis los del resto de España.

—No te sigo.

Villegas le hizo un gesto con la mano. Entraron en la Torre del Homenaje y accedieron a lo que parecían haber sido algún día las viviendas de los moradores de aquel lugar maravilloso. Allí se paró.

—Ten en cuenta que Granada fue un reino musulmán durante casi siete siglos y que su legado es parte de nuestra cultura. Aquí no

vemos a un magrebí y pensamos directamente en un fanático religioso como ocurre en gran parte del país.

Siguieron andando y llegaron a una terraza enorme con vistas a toda la ciudad. Bibiana estaba extasiada.

—Cuando los Reyes Católicos reconquistaron Granada, comenzó la persecución —continuó Villegas—, sobre todo por el asqueroso ese de Cisneros, al que le ponéis calles en vuestras ciudades. Ese hombre fue responsable de una purga que haría ruborizarse a algunos dictadores de hoy en día.

—No lo justifico, Villegas, pero eran otros tiempos.

—Quizá para alguna gente no haya pasado tanto, Ana. Últimamente hay un extremismo exagerado. Y la cuerda se estira tanto que acabará rompiéndose.

—¿Te refieres a problemas de convivencia?

—Más bien a exaltados. Aquí cristianos y musulmanes comparten más de lo que difieren, pero esos bárbaros…

—¿Grupos de extrema derecha?

—Extremismos, que ya sabemos que se acaban tocando, sean del lado que sean. Llevamos años detrás de ellos sin éxito.

—Y crees que la muerte de los hermanos Sarrán tiene algo que ver con esto.

—Hay una cosa que no sabes. Deberías escuchar esto. —Le puso el audio de Sabela Cruz en el que le contaba la confesión de su padre y donde también aparecía aquella frase.

El color de Bibiana fue cambiando; al finalizar la grabación tuvo que sentarse sobre la muralla.

—O sea que los dos casos están conectados. Bueno, los tres.

—Puede ser que sí y puede ser que no. Esa inscripción está muy presente en la Alhambra, en Granada, en la cultura musulmana… Puede ser una casualidad.

—Te vuelvo a preguntar: ¿qué te dice tu instinto, Adolfo?

—Que, por alguna razón que no sabemos, se han cargado a los hermanos Sarrán; dos de los principales activistas musulmanes de nuestro país, descendientes de aquellos abencerrajes que murieron a manos del sultán Muley Hacén, el padre de Boabdil. Y justamente conocemos que hay un cargamento de gas sarín recorriendo Galicia, posiblemente saliendo en barco hacia algún otro lugar. Y que, en ambos casos, se utilizó el mismo mensaje… No sé, Ana, no quiero dejarme llevar por teorías conspirativas, pero no me huele bien.

—¿Crees que alguien pretende enemistar ambos pueblos?

El comisario abrió los brazos y dirigió su mirada al barrio del Albaicín.

—Llevan años haciéndolo, eso no es novedad, pero otro golpe como aquellos trenes y la cosa se puede poner fea.

Villegas tenía razón. Bibiana dejó que fuera el silencio el que se la diera mientras contemplaba aquella maravillosa panorámica; sin duda, una de las más bonitas que había visto en su vida.

EL FLACO MORLÁN

La comisaria Sabela Cruz colgó el teléfono. Conocía a Villegas desde hacía muchos años y sabía que tanto Bibiana como Lasarte estaban en buenas manos. Se sentó a la mesa del Tío Tapas dispuesta a beber una cerveza sin alcohol bien fría; si el calor apretaba así en Compostela, no quería ni imaginar cómo debía estar pegando en Granada.

Desde que Helio la había llamado, sentía un desasosiego en su interior. ¿Por qué aquella revelación repentina? ¿Podría de alguna manera saber que era el mismo mensaje que también habían dejado junto a uno de los cadáveres de los hermanos Sarrán? Era el padre de Bibiana, pero a ella le pagaban por desconfiar… Vio venir a su hermana Lina y al Flaco Morlán, y sonrió. Le iría bien un poco de distracción y olvidar el caso.

—Cuando vine a España me dijeron que las mujeres más bellas estaban en Galicia, lo que no me dijeron es que tendría la suerte de conocer a la que haría que mi corazón botase de alegría —dijo Morlán con aquel inconfundible acento argentino y cogiendo la mano de Sabela.

—Eres un galán, Flaco, pero de segunda. Siéntate y no me hagas ruborizar.

—¿Cómo estás, *bambina*? —preguntó su hermana Lina.

—Podría estar mejor. Este caso me está reventando la cabeza, la verdad.

—Se lo he contado por encima a Morlán y ha hecho unas llamadas.

—Os lo agradezco, pero tened en cuenta que no debería ni compartirlo con vosotros.

—Los pibes con los que me relaciono son discretos, Sabela; su vida depende de ello —intervino Morlán.

—¿Has averiguado algo?

—Lo que pude saber es que ese hombre, Helio, no era el único que se dedicaba a hacer este tipo de transportes. Había una red organizada por toda España. Y tengo la dirección de uno de esos mensajeros.

—Haz el favor de dármela —dijo mientras le tendía la mano.

—Solo con una condición, Sabela, que me dejes acompañarte.

—No puedo permitirlo, Flaco, lo sabes.

—Sin esa condición no hay dirección.

La comisaria dudó durante unos instantes, pero acabó cediendo.

—Está bien, iremos juntos. —Miró a su hermana, que levantó los hombros.

—Yo me quedo en la oficina. La gente ya se va olvidando de la pandemia, así que los casos de infidelidad vuelven a aflorar y tengo un par de citas esta mañana.

—No tardaremos, vamos a A Pobra do Caramiñal.

Eran cuarenta y cinco minutos de viaje. Sabela conducía mientras Morlán intentaba explicarle cómo había conseguido aquella información.

—Tengo un amigo, un boludo de Buenos Aires; si alguien sabe si algo ilegal se mueve por Galicia es él. Fue poli allá en Argentina, hasta que se enamoró de una pendeja española y se vino a vivir a Madrid. Luego ella lo botó de la casa a los pocos meses, por infiel según ella, aunque él creía que era por otras razones. —Vio como Sabela movía la cabeza negando—. No me mires así, no todos los argentinos somos iguales. Yo soy trabajador, y fiel hasta la muerte.

—No te enrolles y cuéntame lo de ese amigo tuyo.

—Augusto Vilela se llama el bendito. De pequeño le detectaron un problema en el corazón, el caso es que estuvo de aquí para allá con médicos y al final lo dieron por medio inútil, pero él se empeñó en demostrar que estaban equivocados. Al final consiguió entrar en la Policía y supieron sacarle partido. No podía correr detrás de los malos, ni participar en operaciones especiales, pero se aprovecharon de su mente prodigiosa.

»Tras romper con su novia, no encontraba acomodo en Madrid y quiso abandonar todo lo que le recordara a ella, así que fue subiendo hacia el norte. Seguía teniendo contactos en la policía española y les echó una mano en un par de casos. Ya *sabés*, bajo cuerda. Y por cosas de la vida acabó en Ribeira. El tío es un coco, tiene contactos y controla mucho de ordenadores; cuando le conté lo de Helio, ya noté que sabía de lo que le hablaba.

—¿Acaso es *vox populi*?

—Algo así, Sabela. Todo el mundo sabe que, desde la pandemia, se ha movido mucho contrabando, sobre todo droga. Pero creo que

hay algo más…

—Tendremos que hablar con ese Augusto.

—Intento citarte esta misma tarde con él si te parece. Pero es un tío duro; vive de eso, no sé si conseguirás sacarle algo más.

—Déjame intentarlo.

—Sin problema, luego le mando un wasap. El caso es que me dijo que conocía a uno de los transportistas y me dio su dirección.

—¿A cambio de qué?

—Yo quedé en ayudarle en un caso personal suyo. Le haré un seguimiento a la pendeja de Madrid, que dice que le estafó mucha pasta. Será difícil de demostrar, pero voy a intentar echarle una mano.

—¿Y tú qué ganas?

—Que cuando vuelva me dejes acompañarte en la investigación y quizá te enamores de mí.

A Sabela le dio la risa floja.

—Eres incorregible, Morlán. Incorregible.

Llegaron a la sucursal de una conocida empresa de paquetería en el centro de A Pobra do Caramiñal y preguntaron por Álvaro Mataró. Unos minutos después, se abría la puerta de uno de los despachos y de ella salía un hombre con gafas negras de pasta, la cara redondeada y no más de metro sesenta de altura. Les tendió la mano y se presentó.

—Buenos días, señor Mataró, disculpe la molestia. —Sabela sacó la placa—. Estamos aquí por un asunto oficial; si pudiera prestarnos unos minutos…

Su cara cambió y les hizo un gesto con la mano para que pasaran a su despacho. Se acercó al dispensador de agua y bebió un vaso

del tirón.

—Un día demasiado caluroso para mi gusto, agentes, y aquí no tengo aire acondicionado. —Se sentó—. Bien, ¿en qué puedo ayudarlos?

—Estamos investigando una red de transportes, nada demasiado importante, siempre y cuando exista colaboración. —Morlán vio cómo su rostro cambió—. Digamos que un pajarito nos ha contado que ustedes fueron una de las empresas más beneficiadas por este tipo de «trabajos».

—No sé a qué tipo de trabajos se refiere. Pueden inspeccionar los registros, si lo desean…

—A ese tipo de mercancía que no consta en ningún registro, señor Mataró.

—No estamos culpándolo a usted, solo buscamos su colaboración —aclaró la comisaria—. Hace unos días, un transportista particular declaró que hacía una serie de entregas periódicas de las que desconocía la mercancía. Desgraciadamente ese episodio acabó de forma trágica, con la muerte de un agente cerca de Aguiño; supongo que le suena.

—Sí, claro, pero no sabía que estaba implicado un compañero.

—Eso lo supimos ayer, y también que usted transportaba esa misma mercancía. Quizá ni siquiera fuera consciente de ello, porque nadie veía el contenido, pero creemos que se trataba de un producto altamente contaminante y peligroso para la población, así que le rogaría que hiciese memoria y recordase esos viajes no declarados.

El hombre se hundió en la silla sopesando sus posibilidades antes de contestar.

—Espero que cumplan su palabra. Les diré lo que yo sé: hace un tiempo me contactó un hombre que parecía extranjero; me dijo que tenía que trasladar una mercancía que venía de Europa del Este y que solo necesitaba transportarla desde Ribadeo hasta Aguiño. Estaba dispuesto a pagar bien con una condición: ellos mismos se encargaban de cargar y descargar la furgoneta en origen y destino y uno de sus hombres viajaría siempre en ella.

—¿No le pareció sospechoso?

—Mire, hay que aprovechar el momento, nunca sabes lo que puede pasar y vimos una oportunidad; aquí todos queremos comer caliente todos los días. Además, no es la primera vez que me piden cosas raras. Le pongo un ejemplo: la mercancía que va a los hipermercados es cargada en destino por unos operadores, el chófer no ve la mercancía, se precinta y en destino es descargada por otros trabajadores de la empresa. Esto no era tan distinto.

—Necesito el registro de pagos, el número de teléfono desde el que le llamaban, todo lo que tenga de esa empresa.

El tipo cogió una llave de su escritorio y abrió el cajón inferior, del que sacó una carpeta, y le pasó a Sabela unos papeles.

—Nosotros cubrimos siempre el formulario, aunque sea en B, y esta es la información de la que disponíamos. Nos dieron una dirección de Vigo, un nombre y un teléfono que ya le adelanto que no volvió a dar línea una vez hecha la última entrega. Y, si me da un correo electrónico, le puedo enviar los justificantes de ingreso.

—Perfecto, envíelos a esta dirección. —Le pasó una tarjeta con los datos de su especialista, Alba Casal. Se levantaron y Sabela le tendió la mano—. Espero que no nos esté engañando. Si es así, ya no

tendrá que preocuparse por sus trabajadores ni sus familias, sino por su pellejo.

En cuanto salieron, Sabela leyó el nombre del titular de la empresa que había solicitado los envíos y se le heló el corazón.

LA LEYENDA DE LOS ABENCERRAJES

Tras la visita a la Cuesta del Rey Chico y sus posteriores conversaciones con Luzón y Villegas, Bibiana decidió poner en conocimiento de la mayor experta en informática de la Policía, Alba Casal, el nombre de los protagonistas de aquella historia.

Un par de horas después recibió su llamada.

—Buenas tardes, Ana. ¿Qué tal con el calor?

—¡Cómo me conoces! Lo llevo mal, muy mal; pero es lo que toca. Dime, ¿has averiguado algo de lo que te he mandado?

—Una familia curiosa los Sarrán estos. Lo primero decirte que Villegas no te ha engañado ni se lo ha inventado: son descendientes de los abencerrajes, de los que murieron a manos del sultán.

—Espera, que llamo a Lasarte y nos cuentas la historia a los dos; estas cosas le encantan. —No tardó en volver, ya que estaban en habitaciones contiguas—. Ya puedes empezar, te escuchamos.

—Pues todo ocurrió en la ahora llamada Sala de los Abencerrajes. Según cuenta la leyenda, este lugar fue el escenario del asesinato de una treintena de caballeros de la familia norteafricana de los abencerrajes, un clan muy importante en la vida política de la época;

hablamos del siglo xv. Su decapitación, ordenada por el sultán Muley Hacén, padre de Boabdil, tuvo como motivo los celos. Y es que se cuenta que, durante el transcurso de un banquete al que habían sido invitados a palacio, el sultán aprovechó para cercarlos y darles muerte. Una familia rival, los cenetes, habría inventado y conspirado una falsa historia de amor entre uno de los caballeros de los abencerrajes y la sultana. El desenlace fue la ira feroz de Muley Hacén y la muerte de todos los guerreros allí presentes.

—O sea, que yo me entere: la sultana se lio con uno de estos caballeros, el sultán se enteró y se los cargó a todos —recapituló Lasarte.

—El sultán intentó que su mujer le diera el nombre del caballero del que estaba enamorada, pero ante su negativa a confesárselo decidió matarlos a todos en aquel banquete.

—Joder, no se andaban con tonterías en aquellos tiempos.

—De todas maneras, hay varias versiones de esta leyenda; otras lo sitúan en tiempos de Boabdil. Dicen que alguien vio a Morayma, su esposa, en el Patio del Ciprés de la Sultana teniendo un encuentro amoroso con uno de los caballeros abencerrajes, también llamados Banu al-Sarraj. Al no dar con el caballero, decidieron matar a los treinta y seis.

—La misma historia cambiando de sultanes —afirmó Lasarte.

—Es curioso que el apellido de los hermanos coincida tanto con el del linaje.

—Es lo que te quería decir: los abencerrajes murieron, pero dejaron familia. Y de una de esas familias y con el paso de las generaciones desembocamos en los cuatro hermanos Sarrán.

—Pero esto no deja de ser un lío entre musulmanes, por lo que veo.

—Sí, Lasarte, pero es curioso cómo los hermanos seguían teniendo enorme relevancia en el mundo islámico, al igual que sus antepasados abencerrajes, y como ellos acaban muertos —contestó Bibiana.

—Al menos no los degollaron.

—No, solo les ensartaron una espada; no sé qué será mejor. —Bibiana intentó reordenar sus ideas—. ¿Algún dato más sobre ellos, Alba?

—Sí, como decías, cada uno era un referente en su comunidad: Abdul era la cabeza visible en Galicia y Mohammed era el imam de Granada. Sus hermanas son una incógnita. Como sabéis, la mujer musulmana suele ocupar un lugar más discreto a nivel social, así que tendréis que hablar con ellas para conocerlas mejor.

—Creo que han conseguido localizar a Fátima, pero seguimos sin noticias de Morayma. —En ese momento, Ana se dio cuenta de su nombre—. Qué curioso, se llama igual que la sultana por la que murieron todos aquellos abencerrajes.

—Es un nombre bastante común en la comunidad.

—¿Y no tiene teléfono móvil ni nada? —preguntó Lasarte.

—A su nombre ya te digo que no hay nada. Sí al de sus hermanos y en eso estoy trabajando. Espero poder deciros algo nuevo antes de terminar el día.

—Perfecto. Gracias, Alba. Nosotros vamos ahora a interrogar al que encontró el cadáver de Mohammed y, con un poco de suerte, intentaremos conocer a Fátima.

LA MATRIARCA

Al desembarcar en Formoso, mis ojos se llenaron de lágrimas: aquel que había sido mi hogar estaba totalmente arrasado. Cegado por la ira, corrí en dirección a nuestra casa. Lo único que veía por el camino era destrucción y, allí donde debían estar mi mujer, Oriana, y mi hija, Oliva, solo había cenizas. Me tiré al suelo y lloré durante horas.

Cuando conseguí levantarme, busqué a alguien que me diese esperanza, un motivo para creer que en aquel infierno no había muerto la razón de mi vida. Recorrí cada rincón de arriba abajo y encontré a una de las matriarcas de la isla.

—¡Mi mujer, mi hija! ¿Dónde están? —La cogí por los hombros y la sacudí para que volviera en sí, parecía estar en trance.

Me miró a los ojos y me acarició la cara con su mano rugosa.

—Ellos vinieron, empezaron a gritar, a decir que no éramos dignos, que adorábamos a dioses paganos, que la mujer debía estar siempre debajo del hombre. Ellos siguieron riendo, desenvainaron sus armas, nos violaron, nos mataron, eliminaron nuestra esencia, nuestro pueblo…

—¿Nadie sobrevivió?

—Algunos consiguieron escapar y montar en el transbordador humanitario. Lo siento, no sé si los tuyos iban en él.

—¿Cuándo fue eso?

—El sol estaba alto, muy alto.

Vi cómo desfallecía entre mis brazos. Le tomé el pulso; aún estaba viva, así que no podía dejarla allí. La cargué sobre mis hombros y emprendí el regreso al embarcadero. Sabía que el barco humanitario no tardaría en volver a Bisáu, y allí debía estar mi destino, tenía que encontrarlas.

FÁTIMA

Después de su visita exprés al hotel, que estaba situado muy cerca del centro histórico granadino, Bibiana y Lasarte cogieron un taxi para dirigirse a la Jefatura Superior de la Policía de Granada. Habían conseguido que llevaran allí a Fátima Sarrán, hermana de los fallecidos, y esperaban que pudiese darles luz en toda aquella oscuridad que se cernía sobre el caso de Granada.

Villegas les guiñó un ojo al llegar y les apuntó con el dedo.

—Sed buenos, que está muy sensible.

—¿Lo dudas? —preguntó Bibiana.

La sonrisa del comisario dejaba clara la complicidad entre ambos.

—Espero que, después del trabajo, en cuanto encontremos algún garito que tenga 1906, me cuentes qué te traes con el comisario.

—No quieras saber de más, Martín Lasarte.

Él negó con la cabeza mientras se dirigían a la sala de interrogatorios. Cuando estaban a punto de abrir la puerta, se les unió Ángela Luzón.

—¿Algo que deba saber antes de entrar, inspectora? —preguntó Bibiana.

—Fátima es la mayor de los cuatro hermanos, está casada y se dedica a las tareas del hogar. Es una musulmana conservadora. Creemos que es afín a los sunitas de la escuela malikí, igual que sus hermanos.

—Todo eso me suena a chino, ya me lo contarás después.

—Además tiene un hijo, Ahman, de dieciséis años, y su marido está en paradero desconocido —añadió Luzón.

—Interesante. ¿Entramos?

Se sentaron los tres frente a la mujer, que ocultaba su pelo con un gran pañuelo, pero no podía hacer lo mismo con sus ojos verdes, rojizos y tristes.

—La acompañamos en el sentimiento, señora Sarrán. Hemos insistido en verla para intentar aclarar la muerte de sus hermanos.

Fátima levantó la cabeza y los miró a los tres.

—Yo no sé nada, ¿por qué iba a saberlo?

—¿Recuerda cuándo fue la última vez que los vio? —preguntó Bibiana.

—A Abdul hacía meses que no lo veía. Vino en primavera, después volvió a Galicia y allí murió.

—¿Habló usted por teléfono con él, lo vio nervioso?

—Yo no tengo teléfono, se comunicaba por medio de mi esposo Ibrahím.

—¿Y con su otro hermano?

—Nos veíamos alguna vez si venía a casa a visitarnos. A veces le gustaba hablar con Ahman y guiarlo.

—¿A qué se refiere con guiarlo?

—Era el imam de Granada, no tenía hijos y quería que el mío siguiese sus pasos.

—¿Y dónde está su esposo, Ibrahím? —preguntó Lasarte.

—No lo sé —respondió mientras agachaba la cabeza para no mirarlo.

—¿Desde cuándo no sabe nada de él?

—Desde hace dos días. Lleva un camión, supongo que estará de viaje.

—¿Y no puede llamarlo usted al móvil?

—Yo no tengo teléfono.

—Tiene usted otra hermana, Morayma, que también está en paradero desconocido. ¿Sabe algo de ella? —preguntó la inspectora Luzón.

—Se ha pasado esta mañana por casa; estaba muy rara. Me ha pedido dinero y me ha dicho que no me preocupara por ella. Morayma es distinta, no es de los nuestros.

—¿Qué quiere decir?

—Mi hermana es como una occidental, no respeta nada; ni nuestras costumbres, ni nuestra religión. Es un caso perdido.

—Piensa que se ha ido por propia voluntad.

—Todo esto es culpa de ella, ojalá no existiera.

Vieron el odio instalado en sus ojos. Había algo más, algo que jamás les diría a ellos.

—¿Qué quiere decir, Fátima?

—Alá es misericordioso, se apiadará de ella.

Luzón les hizo una señal de calma.

—Una última cosa, ¿qué significado tiene que sus muertes se hayan ejecutado de esa manera?

Fátima se revolvió en la silla, incómoda, y contestó:

—Impureza. Según algunos de los versos de los Sahaba, solo se va de tu alma cuando la espada te atraviesa de lado a lado. —Esta vez sí levantó la vista y miró desafiante a Lasarte, que sintió algo que no había sentido aún, algo que no sabía explicar.

AUGUSTO

Sabela Cruz le había pedido a Morlán que citara a Augusto Vilela en la terraza de la taberna O Gato Negro, muy cerca de la comisaría. La tarde había transcurrido sin demasiadas novedades, pero mientras estaba sentada y saboreando su cerveza sin alcohol le entraron un vídeo y un wasap de Alba. Eran las grabaciones de las cámaras de seguridad del Obradoiro: una furgoneta blanca se paraba en la plaza cuando el reloj marcaba las cuatro y siete minutos de la madrugada. Estaba desierto. De ella se bajaba un hombre con un pañuelo palestino a la cabeza arrastrando lo que parecía el cuerpo de un hombre; Abdul Sarrán. ¿Estaría vivo? Pronto salió de dudas.

Alba había jugado con las cámaras para ofrecerle la mejor toma a cada segundo. Por eso pudo ver cómo el hombre dejaba el fardo en el suelo con extrema facilidad al llegar a las escaleras. En ese momento volvió a la furgoneta y Sabela empezó a sudar al darse cuenta de que lo que había ido a buscar era la espada. Lo que seguía, aunque se lo esperaba por cómo habían encontrado el cadáver, le hizo apartar la mirada: el tipo se acercaba a Abdul, y lo ensartaba con la espada en un golpe seco y certero.

Entonces, el hombre recogía los cordajes y la bolsa, y volvía a la furgoneta. Había visto crímenes horribles en su vida, situaciones extremas, pero nunca algo como aquello en directo. Hasta la cerveza le supo distinta.

—¿Lo has visto? —Alba cogió el teléfono en cuanto Sabela la llamó.

—Desgraciadamente.

—En ningún momento le vemos la cara. Parece un hombre, metro setenta y delgado. Lleva guantes, por eso no hemos encontrado huellas, y recoge el lugar del crimen antes de retirarse. Tiene que ser extremadamente fuerte, lo carga como si llevara una barra de pan al hombro. La furgoneta la hemos localizado, es de una empresa de alquiler y supongo que ya te imaginarás a nombre de quién está hecha la reserva.

—Ilumíname…

—La misma persona que figura como cliente en la empresa de transportes: Mohammed Sarrán.

Todo empezaba a encajar de alguna manera.

—Supongo que has hecho los deberes, ¿qué es lo que has podido averiguar?

—La empresa que habéis visitado esta mañana tenía problemas con los pagos y daba pérdidas hasta hace unos meses, cuando empezaron a hacer viajes a nombre de esa empresa con sede en Vigo. En cualquier caso, del señor Mataró no hemos encontrado nada; está limpio.

—¿Cómo es posible que el alquiler esté a nombre de Mohammed, el asesinado en Granada?

—Puede que suplantaran su identidad. No es fácil, pero no sería el primer caso.

—Entiendo que la otra posibilidad es que sí la haya dado él mismo de alta, lo que nos lleva a una encrucijada: ¿qué hace el imam de Granada, con una empresa en Vigo y trasladando un arma de destrucción masiva?

La pregunta quedó en el aire. Un hombre de unos cincuenta años se acercó a la mesa y le hizo un gesto con la cabeza.

—Después te llamo, Alba. —Sabela se levantó y le tendió la mano —. Supongo que es usted Augusto Vilela.

—Para servirla, señora.

Otra vez aquel acento argentino, por un momento estuvo a punto de cerrar los ojos y dejarse llevar por el regusto de cada sílaba, pero volvió rápidamente a la realidad.

—Siéntese, haga el favor.

—Tráteme de tú, que me hace viejo.

—Está bien, Augusto. Lo mismo digo. Me ha dicho Morlán que eres informador ocasional de la policía y que sabes cosas sobre el transporte ilegal que se ha estado produciendo en Galicia a partir de la pandemia.

—A la primera afirmación debo decirte que sí, aunque te acabarás dando cuenta de que soy un Gardel en lo mío.

«La típica machada argentina», pensó Sabela.

—¿Qué puedo ofrecerte para que me cuentes lo que necesito?

Augusto le dio un sorbo a la cerveza y sonrió.

—En este caso me debo a mi amistad con Morlán. Él quedó en echarme una mano en una cosa, así que estaré encantado de ayudarte a vos.

—¿Qué sabes del tráfico de ciertas sustancias en la comunidad?

—Sé que es un quilombo más grande de lo que pensáis y que debéis ampliar vuestras miras para comprenderlo.

—Soy toda oídos, Augusto, ilústrame.

—Pediré otras birras, nos harán falta. —Le hizo un gesto al camarero y comenzó—: Empecé a investigar este tema casi por casualidad; fue una tarde, en un área de descanso de la autovía A8, cuando los bares no estaban abiertos, pero a los repartidores y camioneros se nos permitía tomar un café y coger algo para llevar. Cerca de Asturias, reconocí a un viejo amigo, y empezamos a platicar. Me dijo que se estaba haciendo de oro moviendo mercancía entre la frontera francesa y Ribadeo. Mi pregunta fue lógica: ¿qué transportaba? Levantó los hombros y me dijo que no lo sabía, que lo cargaban en la frontera y descargaban antes de entrar en Galicia, en el área de descanso a orillas del Eo. Aquel hombre hacía un servicio casi a diario.

—¿Qué fue lo que te hizo sospechar?

—Me contó que, además de la carga, un hombre viajaba en la parte trasera. Lo sabía porque se lo habían dicho el primer día, al igual que le habían advertido que jamás abriese la puerta porque no podía saber qué transportaba. Y, claro, aquel *modus operandi* me sonaba.

—¿Pero eso es legal?

—¿Legal? Lo que es, comisaria, es inmoral. Los transportistas y camioneros somos personas, y nuestra labor es hacer llegar la mercancía de un lugar a otro, pero sabiendo siempre lo que llevamos.

—¿Aquel hombre justificó por qué lo hacía?

—Por lo que lo hacen todos, por plata. Avaricia, supongo. Les pagaban muy bien, demasiado bien para ser algo legal.

—¿Y tú qué hiciste?

—Lo seguí hasta llegar a Ribadeo, me escondí para que no me vieran y lo grabé. Aquí lo tiene.

Aunque se había hecho desde lejos, pudo ver cómo todos se tapaban la cara para no ser reconocidos. Una furgoneta y un vehículo esperaban en el área de descanso, otra se acercaba y se situaba culo con culo. Unos tipos se bajaban del coche y abrían la puerta trasera, de donde se bajaba otro hombre, y rápidamente trasladaban la carga a la otra furgoneta. Eran cajas como la que Helio les había entregado.

Le devolvió el teléfono y suspiró.

—Una pena que no se vean las matrículas.

—No, comisaria, pero el ojo humano sí puede hacerlo, sobre todo un ojo avispado como el mío. La furgoneta que recoge la mercancía pertenece a Álvaro Mataró, el hombre que habéis visitado esta mañana, y el coche tiene matrícula falsa.

—O sea, que no tenemos nada.

—Bueno, habéis llegado a los datos de la empresa que encargaba los trabajos, ¿no?

—A ver, Augusto, dime qué es lo que escondes.

—Muy bien, de acuerdo. No es cierto que me enterara de esto por casualidad: llevo años tras esta historia y estoy a un tris de conseguir que me confíen uno de esos transportes, por eso trabajo como repartidor.

—¿Por qué te has infiltrado si ya no eres policía?

—Comisaria, no tengo tu rango, pero soy policía aquí y en la China. Creo que los dos buscamos lo mismo.

—Suena estupendo, pero no me has contestado a la pregunta.

—En mi país, antes de volverme loco de amor y poner en peligro mi futuro, teníamos en el punto de mira a una organización que creíamos que se dedicaba al contrabando de armas. Descubrimos que pertenecían a una red internacional que operaba principalmente en Europa y que desgraciadamente no se dedicaban solo a eso, sino que iban mucho más allá.

—Ahora me vas a decir que llevas todo este tiempo en España persiguiendo a esa organización.

Augusto asintió con la cabeza.

—Creímos que la mejor manera de no levantar sospechas era crear esa historia como tapadera, lo que pasa es que me enamoré de verdad y la cosa se complicó un poco.

—¿Me estás diciendo que tu primera intención era enamorar a una española y utilizarla para establecerte en el país sin levantar sospechas?

—Sí, pero los argentinos somos demasiado pasionales y cuando conocí a aquella mujer me enamoré de verdad. No tenía que liarme con una española cualquiera, comisaria…

La historia era de película y Sabela pensó que, de no ser por su amistad con Morlán, no se creería ni media palabra.

—Pero seguiste trabajando en el caso.

—Lo hacía de tapadillo. Ella creía que me dedicaba al transporte, pero yo seguía en contacto con los compañeros y con la Policía española.

—Supongo que eso Morlán tampoco lo sabe.

—No lo sabe todo, no; no tenía autorización para contárselo. Pero a vos sí, sobre todo porque *conocés* a Urízar.

—¿El comisario jefe?

—Sí, es mi contacto en España. Él y Rocío Castelo.

—Menudo lío, Augusto. No sé si creerte o mandarte a la mierda.

—*Podés* llamarlos y ellos te lo confirmarán.

—Lo haré, no lo dudes. Lo que no entiendo es por qué le pediste a Morlán que investigase a tu chica.

—¿*Sabés* lo de la boca del lobo? —Ella levantó los hombros y afirmó—. No fue casualidad que me acercara a Alejandra Romay; todo formaba parte del plan. Creemos que su hermana, Dulce, es la cabecilla de toda la organización. Además, Morlán es muy bueno en lo suyo; será más útil que diez *canas* recién salidos de la academia.

Toda aquella información estaba empezando a hacer ebullición en el cerebro de Sabela, que hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Joder, Augusto, ¿todos los argentinos sois así?, ¿todos dais mil vueltas para contar las cosas?

—El problema fue que me enamoré de verdad de Alejandra, pero se cansó de mí y me jodió la tapadera.

—Algo harías.

—Las relaciones son complicadas, sobre todo cuando tienen tantos secretos, y el mío era la necesidad de acercarme a Dulce, a veces demasiado.

—¿Lo conseguiste?

—Sí, y mantengo una buena amistad con ella, aunque ya casi no nos veamos.

—Entiendo que ninguna sabe que eres poli.

—Para ellas solo soy un hombre con varios negocios en Argentina, entre ellos una empresa de transporte. Estaba seguro de que en algún momento picarían el anzuelo…

—Pero no fue así.

—Alejandra no conoce realmente los negocios de su hermana; sabe que gana mucha guita, lo suficiente para mantenerla a ella también, pero en ningún caso cree que sean negocios ilícitos.

—Dime una cosa, Augusto, ¿qué transportan?

—Todo lo que alguien pueda necesitar y dé un beneficio alto.

—¿Y por qué nunca los han pillado?

—Porque nadie los quiere atrapar; porque son parte del sistema.

—No lo entiendo.

—Eso es porque no *sos* capaz de imaginarlo. Si te digo que mueven de todo, es porque lo hacen. Todo el mundo necesita algo y ella sabe cómo conseguirlo; a partir de ahí, estás en sus manos. Es la persona más inteligente que conozco.

—Si logro confirmar tu tapadera, trabajaremos juntos. Pero quiero que compartas conmigo toda la información que tengas sobre esas hermanas. Y tú le contarás la verdad a Morlán; si va a seguir investigando a Alejandra, que lo haga, aunque lo lógico sería que lo hiciese la Policía directamente.

El camarero les trajo la tercera cerveza.

Sabela sabía que tenía que llamar a su jefe cuanto antes.

GRANADA

Aquel primer día en tierras nazaríes le había abierto el apetito, así que se sentaron en la terraza de Bodegas Castañeda, muy cerca de la Catedral de Granada, y se dejaron imbuir en aquel ambiente de alegría, tapas y música. Luzón intentaba contarles a grandes rasgos la historia de la ciudad.

—La convivencia entre ambas religiones es una realidad. Aquí solo una mínima parte de la sociedad se opone a la presencia de los musulmanes.

—Supongo que no siempre fue así —preguntó Bibiana.

—Con la conquista de Granada por los Reyes Católicos, fueron muchos los musulmanes que prefirieron quedarse a pesar de todo, los denominados mudéjares. Se establecieron en la morería, el famoso barrio del Albaicín, hasta la expulsión decretada por Felipe III en 1610. Aunque muchos, como sabréis, se convirtieron al cristianismo.

—¿No había problemas de convivencia?

—Con las capitulaciones, las condiciones para los musulmanes que se quedaban en Granada eran bastante tolerantes y se les dejaba vivir en las morerías, que tenían un alto grado de autogobierno. Sin

embargo, la cosa fue cambiando poco a poco y, unos años después, se les obligó a bautizarse, gracias al denostado cardenal Cisneros. A partir de ahí, se les conoce como moriscos y las rebeliones no dejaron de sucederse; la más importante fue la de las Alpujarras, a mediados del siglo XVI.

—Ahí nació lo de cristianos viejos y nuevos —añadió Lasarte.

—Exacto, los moriscos no tenían los mismos derechos que los cristianos viejos: no podían acceder a ciertos cargos, ni ir a la universidad.

—Seguían discriminados.

—Sí, pero con la expulsión se cree que al menos la mitad consiguieron quedarse en Granada, muchos amparados por cristianos que los mantenían como esclavos.

—Y con el tiempo esa comunidad volvió a asentarse en Granada.

—Yo no diría eso, Ana. Simplemente se mezclaron, sobre todo con el paso de los siglos, y la convivencia se hizo pacífica, excepto en algunos casos, porque siempre hay exaltados que no respetan las tradiciones de los demás.

—Entiendo que los hay hacia ambos lados.

—Claro, como la vida misma. La extrema derecha los culpa de todos los males de la sociedad y la extrema izquierda los apoya hasta límites quizá peligrosos, y tampoco podemos olvidarnos de las posiciones de los islamistas radicales.

—Un resbaladizo caldo de cultivo —afirmó Bibiana.

—Y en todo esto, ¿qué posición ocupaba Muhammed Sarrán? —preguntó Lasarte.

—Era el imam de Granada, la cabeza visible. Lo que él dijese era muy importante para el resto de los musulmanes practicantes.

—Tengo a Alba rebuscando en su pasado; si hay algo que debamos saber, ella lo encontrará.

—Que en esa familia hay algo raro no hace falta que te lo diga Alba —afirmó Lasarte.

—Tened en cuenta que Fátima acaba de perder a sus dos hermanos mayores y su marido está desaparecido. Cualquiera en su lugar estaría en *shock*, yo les daría la importancia justa a sus palabras —apuntó la inspectora Luzón.

—Creo que la clave será encontrar a la otra hermana.

Ángela Luzón asintió y se levantó.

—Chicos, yo tengo que dejaros. Me encantaría seguir charlando con vosotros, pero me espera una familia que atender. —Se dirigió a la barra, pero Martín la paró con una mano.

—Quieta, que a nosotros nos quedan un par de rondas, ya pagarás en otra ocasión.

Les dio las gracias y la vieron desaparecer entre aquellas calles empedradas y llenas de luz. Justo en aquel momento, Bibiana recibió la llamada de Alba Casal.

—Buenas noches, chicos. ¿Disfrutando de la noche en Granada?

—¿Tanto se nos nota?

—Por un lado, me gustaría estar ahí con vosotros. Pero soy más de interiores.

—¿Alguna novedad?

—Pues sí, no os llamo para que me contéis qué tal el tapeo por ahí. Tengo varias cosas sobre los Sarrán. En primer lugar, supongo que sabéis que ambos, aun siendo imanes de sus comunidades, podían casarse y tener hijos, el Corán se lo permite. El caso es que a ninguno de los dos se le conocía pareja; he estado incluso revisando

vídeos, declaraciones, entrevistas y puedo afirmar que estaban solteros.

—Pero eso no es tan raro. Nosotros también seguimos solteros y no se acaba el mundo.

—Quizá no, pero si lo unimos a que en la cuenta de Abdul hay varias transacciones a locales de ambiente, igual sí que lo es.

—Eso sí que sería ir en contra del Corán, no pueden pagar por sexo, ¿me equivoco? —preguntó Bibiana.

—No, y no creo que ese dinero sea a cambio de gusanitos.

—Y menos todavía si hablamos de un local de ambiente y por lo tanto de relaciones homosexuales.

—La homosexualidad no está condenada como tal en el Corán, solo en algunos países musulmanes, pero comerciar con ello, sí —concluyó Alba.

—Si esto sale a la luz, será un escándalo.

—Eso creo, Ana. Tendréis que hablar con la gente que tenían alrededor tanto él como Mohammed, aunque en el caso de este último no he encontrado nada raro en sus cuentas.

—¿Crees que puede haber una motivación homófoba en sus muertes?

—Lo que tengo claro, Ana, es que, si fuera uno de sus fieles, estuviese radicalizado y me enterase de que el imam de mi comunidad incumple el Corán de esa manera, no me lo tomaría muy bien.

—Mañana iremos a la mezquita.

—Es mejor que llaméis, recuerda que a ti no te dejarán pasar. Las mujeres tienen prohibida la entrada; además, hombres y mujeres no rezan juntos.

—¿Puedes conseguirme el nombre de quien esté a cargo ahora de la comunidad?

—Lo intento y te lo mando. Una cosa más: hay varias propiedades a nombre de Mohammed, y una de ellas es una parcela en un polígono industrial de Granada; os paso la dirección por si queréis acercaros.

—¿Qué tipo de empresa es?

—Está en proceso de edificación. Será mejor que lo visitéis y salgáis de dudas.

—Tendremos que dejarlo para mañana, ni siquiera tenemos vehículo. ¿Algo más?

—Con respecto a los desaparecidos, no tenemos nada. Ibrahim, tal y como os dijo su mujer, tiene un camión, hace entregas por la península e incluso el extranjero, sin un borrón en su expediente. De Morayma solo he podido conseguir alguna imagen, en cuanto cuelgue te la mando.

—Muchas gracias y descansa, que mañana es otro día.

—Te tomo la palabra, Anita.

Colgó el teléfono y miró a Lasarte, que estaba absorto.

—¿Y tú qué piensas?

—Tengo un mal presentimiento, y ya me conoces.

—Suéltalo, Lasarte.

—No creo que sea buena idea esperar a mañana para ir a ese polígono industrial. ¿No tenías tan buena relación con el comisario?

Bibiana asintió y sonrió. Quizá tenía razón. ¿Por qué dejar para mañana lo que podías hacer hoy?

ALEJANDRA

Cuando oyó a aquel hombre hablar por teléfono en la mesa de al lado, le dio un retortijón. El acento argentino le producía un efecto antagónico: por un lado, siempre le había atraído; y, por otro, aún echaba de menos a Augusto.

Le dio un sorbo al café e intentó olvidarse de él zambulléndose en el móvil, pero era imposible no escuchar aquella cantinela. ¡Había sido tan feliz! Ni siquiera tenía muy claro por qué se había acabado. ¿Orgullo quizá? No era plato de buen gusto que tu novio se follara a tu hermana. ¿Pero lo había hecho? De repente dejó de escuchar aquel acento y el encantamiento pareció esfumarse. No tardó más de unos segundos en volver a oírlo, pero esta vez más cerca de ella.

—Señorita, disculpe mi osadía, pero se le ha caído la chaqueta.

Alejandra lo miró. Era un hombre delgado, con las facciones afiladas y una sonrisa preciosa.

—¡Oh, gracias!

—No me las dé. Está siendo un verano fresco aquí en Madrid, hace usted bien en bajar prevenida, sobre todo si *sos* carne de terraza, como yo.

Vio cómo se levantaba y le ofrecía un cigarro. Ella asintió, lo imitó y, sumida en una fuerza interior imposible de resistir, lo siguió.

—Que los fumadores éramos unos apestados ya lo sabíamos, pero la pandemia nos ha convertido en unos parias —comentó él.

—Por no hablar de cómo nos miraba la gente cuando la mascarilla era obligatoria —añadió ella.

—Mi nombre es Ernesto, pero la gente me conoce como el Flaco Morlán.

—Yo soy Alejandra.

—Encantado. ¿Vos *sos* de Lavapiés?

—Digamos que nací aquí, como toda mi familia, lo que pasa es que pronto nos trasladamos a la zona de Barajas por el trabajo de mi padre. Nuestra casa, en la que vivo ahora, estuvo alquilada durante años; hasta que quise independizarme y vivir en el centro. ¿Y usted?

—De Buenos Aires, pero, con ascendencia gallega. Me encuentro en Madrid de viaje de negocios; me dedico al transporte de mercancías, tengo una pequeña flota de vehículos.

—¿Vive usted en Galicia?

—Sí, en Compostela.

—Una ciudad preciosa, me encanta.

—Pues, cuando quiera volver a visitarla, ya tiene usted un amigo.

Alejandra sonrió. Las heridas de Augusto aún dolían, pero le gustaba aquel hombre. Terminaron el pitillo y él le pidió su teléfono. Se lo dio, tentada a invitarlo a cenar, a no perder el tiempo, a no dejar que la vida pasara sin más argumentos… pero su instinto natural la paró. Se despidió y cerró los ojos mientras se metía en la

bocana del metro otra vez, camino de un encuentro que llevaba meses evitando: su hermana Dulce la esperaba.

URÍZAR

El comisario jefe le había confirmado punto por punto la historia de Augusto Vilela y se disculpó con ella diciéndole que no había querido contarle nada hasta estar seguro de que ambos casos tenían relación. Se trataba de una operación a gran escala, no solo la Policía Federal Argentina estaba detrás de este grupo, también otras como la portuguesa o la francesa. Sabela sintió por un momento la presión de un caso que a cada hora que pasaba se inflaba más y más.

Además de Augusto había varios agentes trabajando en él y a la responsable la conocía muy bien, era la comisaria Rocío Castelo. La llamaría, aunque antes le mandó un mensaje a Morlán y su respuesta la dejó más tranquila: «Gracias por la información, preciosa, no te preocupes por mí. Ya en Madrid, contacté con Alejandra y es más guapa de lo que ese pendejo de Augusto me dijo».

Seguía sin entender cómo alguien podía jugar con la vida de los demás de esa manera y tejer una «red de lo prohibido», como la había llamado su jefe. Cada día que pasaba estaba más decepcionada con el género humano.

Sabela buscó el número de Rocío en la agenda y lo marcó. Esta no tardó en contestarle; se oía bastante barullo de fondo.

—Buenas noches, Sabela. Ya veo que has hablado con Urízar.

—Hola, Rocío, ¿cómo estás? Me han dicho que instaladísima por Madrid.

—Así es, llevo casi dos meses en la capital y echando de menos Pontevedra, pero creo que ha merecido la pena porque estamos a punto de pillarlos.

—Supongo que has hablado con el comisario jefe, y te habrá puesto al día del caso que tenemos entre manos y que se ha cruzado irremisiblemente con el vuestro.

—Sí, me lo ha dicho. Hasta ahora casi todos los pagos que hemos localizado se habían hecho entre personas físicas, adoptando falsas identidades o terminando en paraísos ilocalizables, todo parece una gran tela de araña, ahora toca atrapar a la reina.

—¿¿Estamos cerca??

—No sabría decirte. Unos compañeros de Vigo han estado esta mañana en la localización de la empresa con los datos que nos facilitó Mataró y es un edificio tapiado, con las puertas cementadas y ninguna actividad.

—Una tapadera, nunca mejor dicho.

—Exacto.

—¿Y cuáles son vuestras pistas ahí en Madrid?

—Lo que te contó Augusto es la verdad, si bien él trabaja más de infiltrado y nosotros damos la cara, al final somos un equipo. Tenemos el punto de mira sobre la familia Romay, pero por ahora sin pruebas.

—¿Tú crees que esa gente es la que trafica con el sarín?

—Te sorprenderías de lo que es capaz el ser humano con tal de ganar dinero. Al principio, cuando la Policía argentina lo destapó, parecía que solo se trataba de contrabando de armas de todo tipo. Pero, poco a poco, hemos descubierto que también hay cocaína, arte robado y, sobre todo, personas y órganos.

Aquello abría un nuevo mundo a los ojos de la comisaria.

—¿Pero esa gente no tiene escrúpulos?

—Quizá lo que deberíamos preguntarnos, Sabela, es si la sociedad los tiene. Ellos solo son conseguidores: alguien les hace un encargo y ellos lo obtienen, aunque sea a precio de oro. Siempre hay quien está dispuesto a pagar el precio.

—¿Por qué no los habéis detenido todavía?

—Las órdenes son muy claras: tenemos que cogerlos con las manos en la masa; es la única manera de que los condenen. Mira, es una operación encubierta, no sé si me entiendes. —Hizo una pausa esperando una respuesta que no llegó—. Quiero decir que no está en los registros de la Policía ni lo saben las altas esferas, solo los que estamos implicados directamente.

—Urízar me ha dicho que lo ponga solo en conocimiento del equipo y que no haya filtraciones, pero no pensé que la cosa fuera tan seria.

—El problema es que, si se enterase la persona equivocada, la operación podría irse al traste.

—Quieres decir que creéis que hay mucha gente de poder que está en deuda con ellos por algún motivo, sea el que sea —afirmó Sabela.

—Y no solo gente con poder. Imagínate por un momento que tu hijo necesita un órgano que, por su posición en la lista de donantes,

no llegará a tiempo para salvarlo. Ahora piensa que, de repente, hay alguien que te da el contacto de una empresa privada que se encarga de todo: consiguen el órgano, lo trasladan e incluso tienen acceso a hospitales privados para realizar la operación. Por supuesto, todo a precio de oro. En cualquier caso, les debes la vida.

—No quiero imaginar de dónde sacan esos órganos.

—Por eso no podemos levantar la liebre hasta que todos los puntos estén unidos. Necesitamos que caiga la organización al completo, cualquier otra cosa sería un fracaso.

—Joder, Rocío, me dejas de piedra. Pensé que lo del sarín era lo más preocupante, pero ya veo que esto tiene muchas ramificaciones.

—Más de las que crees. Mañana leerás en los periódicos sobre la muerte de un político. Está relacionado con nuestro caso; era una de esas personas que se arrepentía de algo del pasado y estaba dispuesto a testificar.

—¿Y qué le ha pasado?

—Eso lo determinará la autopsia, pero ya te confirmo que han hecho que parezca un suicidio.

—Tú no te lo crees —afirmó.

—Si tú supieras lo que yo, tampoco.

—Esto es mucho más turbio de lo que pensaba.

—Es algo grande, Sabela. El día que consigamos desmantelar su red, será primera plana en todos los periódicos y televisiones, por eso debemos hacerlo desde la raíz.

—Y cualquier filtración podría dar al traste con todo.

—Exacto, por eso te pido que hables con tu gente. Sé lo profesionales que son, pero esta vez, además, hay que ser muy

discretos.

—Descuida, lo haré.

Colgó con un inmenso peso sobre los hombros, el de miles de vidas y desgracias que sabía que podían depender de un simple paso en falso.

¿Y ESO QUÉ ES?

La dirección era correcta y ante ellos se erigía una edificación a medio construir; no eran capaces de identificar de qué se trataba ante la ausencia de luz. Bibiana se bajó del coche y se acercó a la reja que les impedía el paso. Villegas y Lasarte la imitaron.

—Tiene que haber algún lugar por el que poder colarnos.

—Ana, sabes que no podemos, no tenemos una orden —advirtió el comisario.

—Sé que eres el jefe, pero confía en mi instinto.

Él abrió los brazos y miró al cielo implorando ayuda. Caminaron alrededor buscando algún hueco por el que poder colarse y no tardaron en encontrarlo: en la parte trasera de la obra había un corte vertical; parecía que no habían sido los primeros en tener aquella idea. Bibiana les hizo el gesto de silencio y los tres avanzaron despacio.

Al levantar la cabeza, fue consciente de que estaban frente a una mezquita en construcción. Ante ella se erigía una torre circular, que luego supo que era el alminar al que el almuecín se subía para convocar a los fieles a la oración. Distinguió, si bien aún estaba sin

rematar, los colores rojizos y aquellas líneas rectangulares tan propias del islam.

De repente se oyó un ruido y se pusieron alerta. Con gestos, Villegas le indicó a Lasarte que diese la vuelta por el otro lado mientras ellos dos entraban hacia esa zona diáfana de la que provenía el mismo.

El golpe lo recibió el comisario en toda la cara; cayó sobre Bibiana y esta fue arrastrada al suelo, pero pudo ver claramente a una mujer correr en dirección a la salida. Gritó, mientras intentaba quitarse a Villegas de encima.

Lasarte oyó un golpe seco y el grito de su compañera y salió corriendo en aquella dirección con el tiempo justo para ver a una chica salir por la abertura de la reja. Tenía el pelo largo, moreno y rizado, estaba muy delgada y corría que se las pelaba. Aunque él era más rápido; no en vano siempre había sido el más rápido de su clase. Vio cómo la joven giraba a la derecha y enfilaba una recta con una pequeña inclinación descendente. Estaba cada vez más cerca de ella y comenzó a gritar.

—¡Quien quiera que seas, detente!

Ella giró la cara y pudo ver la desesperación esparcirse por su rostro; estaba ahogada, a punto de desfallecer.

—¡Para, joder, que somos policías!

Ese fue el punto de inflexión. Notó cómo reducía el paso y levantaba las manos.

—¿Policía? Joder, ¿y no podíais ir uniformados como la gente normal? —Hablaba entrecortado; finalmente se dobló sobre sí misma antes de que Lasarte llegase a su lado.

—¿Qué hacías ahí dentro y por qué escapabas?

—Pensaba que erais otras personas.

Lasarte, que para algunas cosas era algo pardillo, cayó en la cuenta.

—¡Ostras! Pero tú eres…

—Me llamo Morayma.

—Inspector Lasarte, le diría encantado, pero estoy exhausto. No la esperaba para nada así y sin… —señaló su cabeza.

—No llevo el hiyab, señor Lasarte, ni pienso llevarlo jamás.

En ese momento llegaban a su altura Bibiana y Villegas, que tenía la mano en la cara, intentando aliviarse el dolor. Morayma juntó las manos implorando perdón.

—Lo siento mucho, señor, no sabía que eran policías.

Villegas negó con la cabeza y suspiró tocándose la cabeza.

—Será mejor que busquemos otro lugar para hablar y que nos cuentes por qué escapabas.

No tardaron en encontrar un mesón de carretera muy propio de los polígonos industriales. Pidieron de beber y algo para picar. Después de unos minutos de tanteo, Bibiana le hizo el tercer grado.

—Morayma, lo primero: ¿sabe lo de sus hermanos? —Asintió con la cabeza. Bibiana vio la tristeza marcada en sus ojos—. ¿Tiene alguna idea de por qué los han matado?

—Teorías tengo muchas, inspectora; pero pruebas, ninguna.

—Haga el favor y cuénteme lo que usted cree que ha podido pasar. Eran su familia, los conocía.

—Mis hermanos tuvieron que hacerse demasiado pronto con las riendas de la familia. Cuando murió mi padre, tendrían unos quince años, así que, en lugar de estar pendientes de las cosas de su edad, tuvieron que hacerlo de mi madre, de la casa, del dinero que nos

había dejado mi padre y de la gente interesada. No fue fácil para ellos.

Al final, aconsejados por el hombre de confianza de mi padre, vendieron la casa y nos separamos. Fátima se quedó en una casita en la Placeta de Porras y se encargó de cuidar a mi madre y ellos dos se mudaron a un apartamento en el centro. Yo me fui con mi hermana y poco después comenzó a salir con Ibrahim; se casaron y él se convirtió en el señor de la casa.

—¿De qué murió su padre?

—Estaba embarcado, solo sé que tardaron días en repatriar su cuerpo y que nunca se supo lo que había ocurrido. O al menos eso es lo que me contaron a mí. —Le dio un sorbo a la Coca-Cola que se había pedido y continuó—. Mis hermanos eran buenos musulmanes, practicantes y con un don de palabra único. La comunidad los envidiaba, y por cosas de la vida se convirtieron en rivales por el púlpito de Granada. Al final fue Mohammed el que se convirtió en imam de nuestro pueblo y Abdul se buscó la vida fuera.

—Perdone que la interrumpa, ¿Mohammed y Abdul se llevaban mal?

—No, para nada, no me he explicado bien. Fueron rivales durante un tiempo, pero sus corazones eran puros; al llegar al calor del hogar se querían como el primer día. Abdul acabó consiguiendo lo que quería, se convirtió en el líder de los musulmanes en Galicia y en un referente para muchos.

—¿Cree que pudieron surgir envidias hacia ellos?

—Eran dos personas con demasiada luz y, además, diferentes.

—¿En qué sentido?

—Eran distintos, pero solo los cercanos a ellos éramos conscientes de ello. Digamos que mis hermanos no tenían una sexualidad definida.

Se hizo un silencio en el que los tres policías intentaron asimilar aquella información.

—¿Quiere decir que sus hermanos eran homosexuales? —preguntó Lasarte.

—Debería usted de ponerse al día. No, no se trata de ser homosexual o heterosexual; le gustaban las personas sin importarle su sexo, raza o religión.

—Pero en su posición, como imam…

—Al principio no suscitó problemas porque nadie era conocedor de ello. Pero cuando se supo que estaban construyendo una mezquita inclusiva en la que hombres y mujeres podrían rezar juntos las cosas cambiaron.

—¿Ese lugar en el que usted estaba escondida?

—Era el sueño de mi hermano Mohammed; de ambos, en realidad. Habían trabajado muchos años buscando la paz en su interior y solo la habían encontrado en el respeto a la tolerancia y la diversidad.

—A ver, que yo me estoy perdiendo… —dijo Villegas—. ¿Desde cuándo la religión musulmana permite la homosexualidad? Que yo sepa habla del sexo dentro del matrimonio, de la superioridad del hombre y demás anacronismos.

—Se equivoca, caballero. El Corán en ningún momento habla de homosexualidad; sí lo hace de Sodoma y Gomorra, pero no hay ni una sola condena a las relaciones entre el mismo sexo. Habla de

amor, de fidelidad, de matrimonio, pero jamás condena los actos mientras sean de corazón y en busca de la paz.

—Perdone que la contradiga, señorita, pero no creo que muchos de los musulmanes más ortodoxos estén de acuerdo con sus palabras.

—No lo estarán, pero el Corán es claro, y solo la mala interpretación de sus enseñanzas nos lleva a juicios equivocados.

—Y usted cree que pudieron matarlos por ello —preguntó Bibiana.

—Es una poderosa razón; sobre todo teniendo en cuenta que lo hicieron con una espada clavada, bajo el ritual de la purificación.

—¿Por qué escapó usted?

—En cuanto lo supe, puse pies en polvorosa. Yo tampoco soy un ejemplo para muchos porque soy feminista. Sí, no me miren así; es posible ser musulmana y feminista, solo hay que entender la fe y romper barreras. Supuse que también estaría en peligro. Y desconfío de todos, pero sobre todo del animal ese de Ibrahim.

—¿Cree que él pudo matarlos?

—Él no, pero tiene la capacidad y el dinero suficientes para habérselo encargado a alguien; es demasiado cobarde para mancharse las manos de sangre.

Bibiana miró el reloj; estaba agotada y era muy tarde.

—Hagamos una cosa, usted se viene con nosotros al hotel, al menos durante esta noche, y mañana ya le buscaremos un sitio seguro. Por otro lado, tendremos en cuenta todo lo que nos ha contado, que quizá sea de ayuda para encontrar a los que le han hecho esto a sus hermanos.

BISÁU

En el transbordador humanitario se encargaron de aquella mujer; después supe que se trataba de la única matriarca del clan que había sobrevivido. Al llegar a la capital, me di cuenta de que el conflicto cambiaría para siempre nuestra tierra. Si bien allí no había llegado la devastación que habían sufrido las islas, algo había variado también, quizá para siempre.

Busqué a los supervivientes de Formoso y di con ellos en la Catedral de Nuestra Señora de la Candelaria, escapando de los musulmanes que habían exterminado nuestro pueblo. No había rastro de Oriana y Oliva, además todos torcían el gesto cuando preguntaba por ellas. Uno de mis primos, Odilo, me confirmó lo peor: él había visto con sus propios ojos cómo el capitán de los sunitas entraba en mi casa, poseía a mi mujer y prendía fuego a todo con ellas dentro.

Me quedé helado, tanto que estuve allí durante un día sin ser capaz de hablar, consumiéndome. Pero si hay algo que es capaz de revivir a un muerto es la sed de venganza.

Conservaba buenos contactos de mis andanzas marineras, así que no me lo pensé e intenté buscar información cerca de las mezquitas,

hablando con los buenos amigos que había hecho aquellos años. Todos me confirmaron lo que me imaginaba: habían sido los sunitas los que, aprovechando el estallido de la guerra civil, habían arrasado las islas al considerarlas paganas e infieles. Sentía una rabia interior difícil de explicar, pero sabía que debía tranquilizarme si quería conseguir mi objetivo.

Tres días pasé durmiendo en un antro de mala muerte en el barrio militar hasta que encontré a la persona que buscaba. Si alguien podía enrolarme en un barco era Sulaiman Al Yashir. Nos conocíamos desde hacía años y sabía cuáles eran sus inclinaciones religiosas.

—*As-salam-u-alaikum* —le saludé.

—*Wa alaikum assalam wa rahmatullah* —contestó él mientras nos estrechábamos las manos.

—Quiero embarcarme con los sunitas.

Me miró extrañado y gratamente sorprendido a la vez.

—Veo que ya has oído que son los que más están ganando con esta guerra civil.

—Creo que son los que realmente honran el Corán y por eso quiero seguirlos.

—Pues un marinero como tú nunca está de más, Helio, pero pensé que seguías anclado en esas religiones ancestrales que tenéis en tu isla. Perdón, quizá debería decir teníais; he oído que el general Suma les dio su merecido hace unos días. —No respondí, aunque el cuerpo me pedía matarlo a golpes allí mismo—. Veré lo que puedo hacer, dime dónde te alojas. Eso sí, te costará una quinta parte del sueldo.

Le di mi dirección y me alejé antes de que se me notara demasiado el odio que tenía dentro. Mi cuerpo clamaba venganza, pero sabía que esta es un plato que se sirve frío.

HERMANAS

Ernesto, el Flaco Morlán, había sido rápido colocando un micro en la chaqueta de Alejandra Romay en su encuentro en Lavapiés. Lo que menos se esperaba era tener la enorme fortuna de que justo fuera a reunirse con su hermana aquella misma noche. Sentado en la cama de un hostal de mala muerte, escuchaba en el móvil aquella reunión de alta tensión.

—Pensé que no volverías por aquí. —La voz desconocida era la de Dulce.

—Es lo que te merecías después de lo que me hiciste con Augusto.

—Lo que te pasa es que eres una niña malcriada y desagradecida. En todo este tiempo no te has atrevido a preguntarme a mí, que soy tu hermana, y has preferido creer a los de fuera; como a ese amigo tuyo que todos sabemos que lleva años colgado de ti y solo quiere echarte un polvo.

—Gaby jamás me engañaría.

—Eso dicen todos, hermanita. Pero, ya que has venido, suelta lo que hayas venido a decir.

—¿Te lo follaste?

—No, solo somos amigos.

—No sé si creerte.

—Soy tu hermana, no te engañaría.

—Te conozco, crees que soy tonta, pero sé muy bien en qué andas metida y, si eres capaz de hacer todas esas cosas, también serías capaz de traicionarme a mí.

Se hizo un silencio, fue tan largo que Morlán pensó que había perdido la conexión.

—Gracias a todo eso comes, vives sin pagar nada en el piso de Lavapiés, llevas esa ropa y te sobra el dinero en la cuenta. No me hagas hablar, Alejandra.

—Nunca me habéis dejado ser otra cosa; siempre me habéis tratado como la idiota, la que no se entera de nada.

—Nuestro padre lo dejó claro en su lecho de muerte, ¿o es que ya no te acuerdas? ¿Tampoco de por qué murió?

—No sé para qué he venido, pensaba que quedaba algo de la Dulce que fue una madre para mí, pero ya veo que no.

Morlán oyó un ruido y supuso que Alejandra se había marchado. Sabía dónde encontrarla; era arriesgado, pero podía ser su gran oportunidad.

MARUXA

DÍA III

Bibiana dormía con la persiana abierta, así que los primeros rayos de sol la despertaron. Aún tenía en su cabeza la conversación con Morayma; miró a su izquierda y la vio durmiendo plácidamente. Se levantó, cogió el móvil y fue al baño. Necesitaba hablar con alguien.

—Buenos días, mamá.

—*Filla*, ¿qué tal en el sur?

—Mucho calor, ya sabes que yo soy más de nubes y sombra.

—No creo que me llames para hablar del tiempo.

—Quiero saber cómo estás. —Se hizo el silencio al otro lado de la línea. Bibiana suspiró—. Vale, te llamo para preguntarte por Helio.

—O teu pai?

—Sí, mamá, necesito que me cuentes cosas de él. Verás, resulta que está metido de lleno en la investigación que llevamos a cabo. En uno de sus transportes ocurrió algo y murió un guardia civil. No te puedo contar más, pero el caso es que, por lo que dice, parece una venganza musulmana o algo así.

Escuchó la respiración fatigada de su madre antes de contestar.

—Helio nació en Formoso, una isla de Guinea, *lá* en África. Hablaba de ella con amor y devoción; parece ser que era un

matriarcado, lo mismo que deberíamos hacer aquí, y que quienes llevaban las riendas eran las mujeres. Eran ellas las que escogían a sus maridos y él, cansado de esperar, decidió embarcarse. Acabó en Aguiño.

—¿Qué religión dirías que practica?

—Pues ninguna, *filla*, él siempre me hablaba de que le rezaban a dioses ancestrales y cosas de esas, pero nunca lo vi una persona preocupada por la religión. También *ten en conta* de que solo estuvimos juntos ocho meses.

—Y desapareció de un día para otro, sin mirar atrás.

—Sí, *filla*, en cuanto le dije que estaba embarazada escapó. *Homes, non serven para nada.*

—Gracias, mamá, necesitaba escucharlo de tu boca.

—O que xa non me queda tan claro é por que voltou tantos anos despois.

Las palabras de su madre siguieron repitiéndose una y otra vez en su mente. ¿Por qué había vuelto su padre?

DESPERTAR

La comisaria Sabela Cruz tomaba notas sentada en el escritorio. Sabía que tanto su hermana como Asier seguían durmiendo, así que intentó no hacer ruido, pero su móvil la traicionó.

—Buenos días, comisaria —saludó el forense Ciprán Taboada—. Tengo los informes de las autopsias, tanto de Abdul Sarrán como de su hermano Mohammed, que me ha pasado mi homólogo en Granada. Se los he mandado al correo.

—Buenos días, haz el favor de adelantarme algo.

—Los dos estaban muertos antes de que les ensartaran la espada y habían sido forzados analmente.

—¿Violados?

—Sí, Sabela, no parece que fuera por placer, porque tienen múltiples laceraciones.

—¿La causa de la muerte?

—Espero que no esté desayunando. A ambos los abrieron en canal y les quitaron todos los órganos útiles del cuerpo: corazón, páncreas, hígado, pulmones, riñones… y después los volvieron a coser.

—¿Quieres decir que lo hicieron estando ellos conscientes?

—Tenían las uñas y los dedos destrozados, marcas de abrasiones en ambos brazos y piernas. Imagínese que le abren en canal y está usted consciente, utilizaría todas sus fuerzas para soltarse, hasta hacerse muchísimo daño.

—Dios, es terrible.

—Desgraciadamente el cuerpo tiene una resistencia extrema al dolor.

—¿Para qué piensas que querrían los órganos?

—¿Y tú qué crees? ¿Sabes a cuánto se pagan unos órganos sanos como los suyos?

—Imagino que mucha pasta.

—Demasiada, Sabela, creo que esta sociedad está llegando al límite de su mezquindad.

—Ojalá tuvieses razón, pero siempre hay algo más.

Colgó con un dolor horrible en el estómago. Le mandó un wasap a Alba para que investigase en todos los casos de tráfico de órganos, volvió a sentarse y leyó el informe de la autopsia en el portátil. Había dos horas de diferencia entre la muerte de los dos hermanos.

En el caso de Abdul no había ninguna sustancia en su organismo, lo que la hacía estremecerse, pues su sufrimiento tenía que haber sido terrible. El mensaje lo habían tatuado en su cuerpo a partir de cenizas de madera. Como le había dicho Ciprán, le habían extirpado los riñones, hígado, córnea, pulmones, corazón y páncreas. Vio las fotos y agradeció, tal y como le había dicho Ciprán, no haber desayunado. Con Mohammed había más de lo mismo.

Antes de acostarse, había tenido una larga conversación con Bibiana; ella creía que podía haber algún componente homófobo en

las muertes de los dos hermanos. Pero, entonces, ¿qué sentido tenía que los vaciaran por dentro?

El estudio del libro antiguo del Corán que había aparecido junto al cadáver de Abdul no había dado mayores resultados que las huellas del propio Sarrán y algunas anotaciones. Entre ellas había una que se repetía constantemente y que le llamó la atención: «La venganza es un sentimiento del pasado, el perdón ocurre en el presente».

Cogió nuevamente el teléfono y llamó al Flaco Morlán.

—Buenos días, jefa.

—¿Dormías, bellaco?

—Es que me acosté tarde.

—Serás cabrón. Así que de marcha por Madrid…

—No es lo que parece. Te lo puedo explicar.

—Canta, anda.

Morlán le contó cómo le había colocado el micro en la chaqueta de Alejandra y la conversación de las dos hermanas.

—Soy perro viejo, así que me fui a la bocana de metro de Lavapiés a esperarla.

—¿Una pija rica cogiendo el metro?

—Ayer la vi meterse, supongo que no tendrá carné o será una rata como yo. El caso es que acerté de pleno, y sabía que ella estaría recaliente y con necesidad de ahogar las penas en alcohol.

—Dime que tu micro seguía grabando.

—Utilizo los mejores equipos del mercado, Sabela, me ofende la duda. Las partes más interesantes de esa grabación están viajando en este mismo momento hacia tu móvil.

—No te aprovechaste de esa pobre chica, ¿verdad?

—*¡Che!* Que yo no soy de los que cogen la primera noche. Además, ya *sabés* que estoy enamorado de otra mujer.

Se rio. En el fondo, Morlán siempre conseguía sacarle una sonrisa.

Colgó y se dispuso a reproducir el audio. Supuso, por el ruido de fondo, que la conversación se producía en una de las mil terrazas de la capital:

—Estoy harta de ser la tonta para mi familia; se creen que todo lo arreglan con dinero.

—Supongo que esto vendrá de atrás. —Era la voz de Morlán; el acento lo conocía muy bien.

—Desde la muerte de mi padre todo cambió. Antes éramos una familia feliz. Su mujer nunca se inmiscuyó en los negocios de mi padre; tenía todo lo que quería, así que para qué intervenir. Pero mi hermana siempre siguió sus pasos y tuvo ese sexto sentido indispensable para los negocios. Ella se empeñó en controlarlo todo.

»Cuando tenía quince años, nos fuimos a pasar el fin de semana a Rivas, a la Laguna del Campillo. Me dejé llevar y, cuando me di cuenta, no era capaz de nadar hacia la orilla. Sé que parece imposible, pero había algo que me tragaba hacia el fondo. Mi padre se tiró a por mí, consiguió llegar a mi altura con la ayuda de mi hermana, pero ya no salió. Le dio un ataque al corazón, supongo que del esfuerzo.

—Por eso… —Morlán estuvo a punto de meter la pata y descubrir que había escuchado los reproches que le hacía su hermana. Rectificó rápido—. Por eso te *sentís* culpable…

—Claro. Si no me hubiera metido, si no hubiese sido tan imbécil… Pero no puedo ir hacia atrás en el tiempo. Ojalá pudiera.

—Fue un accidente, tu viejo debía tener el corazón ya muy tocado.

—Eso dijeron los médicos, pero yo me pasé meses sin salir de casa, rota de dolor. Durante ese tiempo mi hermana se portó como una madre conmigo, porque a la verdadera, en realidad, ni siquiera la conozco.

—¿*Querés* decir que tu hermana y tú sois hermanastras?

—Mi padre me tuvo en una aventura extramatrimonial, pero me reconoció. Es lo que me han contado desde pequeña; eso y que mi madre biológica desapareció sin dejar rastro. Para mí, sin embargo, mi madre siempre fue la mujer de mi padre y tengo que admitir que me trató como a una hija hasta que… bueno, hasta que murió su marido. Entiendo que, después de lo ocurrido, me culpara de su muerte y, bueno, supongo que en aquel momento necesitó recordarse que yo no era su hija.

Se hizo un silencio, solo interrumpido por los gemidos de Alejandra.

—Tranquila, llorar es bueno, y soltar lastre también.

—Estoy aquí contándote algo que no te importa y te acabo de conocer, tienes que perdonarme —dijo con voz temblorosa.

—De eso nada, para eso están los amigos, y nosotros lo somos porque ahora ya nos unen muchas cosas.

Percibió un corte en la grabación y supuso que Morlán había aprovechado para contarle alguna milonga de su pasado y así provocar la empatía de Alejandra. Era muy listo el condenado.

—El testamento de mi padre era muy claro: la empresa quedaba dividida en tres partes, pero la directora sería Dulce, mi… madrastra quedaba con un cargo honorífico y yo como relaciones públicas. Desde un primer momento, mi hermana me tuvo al margen de los negocios y me convenció para que yo misma renunciara a ejercer mi

cargo y me dedicara a vivir; y eso hice. Solo me utilizaba cuando le venía en gana o cuando ella no quería encargarse de algo.

»No me arrepiento, muchos dicen que soy una niña pija. No necesito trabajar, ¿eso me convierte en un monstruo? Peores son los que se acercan a mí solo buscando la fama y la fortuna y sin intentar conocerme, juzgándome de antemano.

»En ese estado de apatía llegué a Argentina y allí encontré a Augusto, el único hombre que me ha hecho olvidarme de todo. Todo iba genial hasta que conoció a mi hermana y algo ocurrió entre ellos; y, aunque ella lo niega, sé que no es trigo limpio.

—¿Te fue infiel con ella?

—Mi mejor amigo me contó que los vio enrollándose, pero los dos lo niegan.

—Pudo haber sido un malentendido.

—Mi hermana lo tiene todo. Es la más lista, la más guapa, la que tiene la influencia, el poder… ¿Por qué tenía que quitarme al único hombre que se ha fijado en mí por quién soy y no por lo que tengo?

Qué equivocada estaba, pensó Sabela, y sintió lástima por ella. Se había enamorado de un hombre quince años mayor que, al menos en principio, solo la utilizaba para llegar a su hermana. Lo mismo que estaba haciendo Morlán.

—¿A qué se dedica la empresa familiar? —Era la pregunta clave en el momento preciso.

—En los tiempos de mi padre no era más que un gran grupo de transportes que operaba en todo el mundo, con multitud de subcontratas. Sin embargo, desde hace unos años, mi hermana le cambió el nombre y ahora se dedica a buscar productos; cosas que

requieren una serie de trámites y que los ricos pueden pagar, pero no saben cómo conseguir.

—¿Qué tipo de cosas?

—Imagínate que el hijo de unos ricos está empeñado en una raza de perro especial, como los de la patrulla canina, y que esa especie es casi imposible de localizar en España. Pues mi hermana mueve sus cables y lo consigue, a precio de oro, claro; pero de manera discreta, rápida y efectiva.

—Entiendo que eso está un poco al borde de lo moralmente aceptable.

—Al menos para mí, sí. Es otra de las cosas por las que discutimos. No quiero ser la imagen de algo podrido.

—¿*Sospechás* que hay algo ilegal?

—Prefiero no pensarlo. Pero en ese mismo viaje a Argentina, y antes de conocer a Augusto, un grupo de empresarios locales hablaron más de la cuenta, supongo que creyendo que estaba al tanto de todos los negocios de la empresa, y las cosas que dijeron me sentaron fatal. Yo estaba allí de rebote, lo único que quería era aprovechar para hacer turismo, pero aquello hizo que me enfadara todavía más con mi hermana.

—Vaya… ¿Algún negocio ilegal, algo terrible?

—Mira, yo no sé si era cierto lo que dijeron, así que prefiero no repetirlo. Pero he hablado mucho de mí. Mejor cuéntame algo de ti.

Oyó el chocar de unas copas. Ese brindis era el final de la grabación. Sabela volvió a llamar a Morlán.

—Ernestito, querido —sabía que le jodía sobremanera que lo llamaran así—, en realidad no has conseguido nada.

—En un día, ¿te parece poco? Hoy quedé con ella para comer. Está claro que esa empresa no es trigo limpio y sé que acabará contándome lo que sabe, no desesperes.

—Tengo que admitir que la muchacha me da lástima: ver morir a tu padre, quedarte prácticamente huérfana… El dinero no lo es todo, Flaco.

—Razón *tenés*. Bueno, voy a contarle a Augusto las novedades; creo que es el momento para que contraataque.

—Cualquier novedad, me llamas y me cuentas.

—A la orden, jefa. Si esto sale bien, ¿me concederás una cena a la luz de la luna?

—En un Telepizza y vas que chutas. —Rieron.

Morlán siempre conseguía levantar su ánimo, aunque estuviera por los suelos.

SAÚL

Después de haber pasado la noche juntas, Morayma y Bibiana habían encajado como dos piezas de un mismo puzle. La conversación y las imágenes de portada de los periódicos de aquel día se habían convertido en una bomba de relojería para la joven de los Sarrán. Así que Bibiana se dejó convencer para que ella los acompañara en su visita a la mezquita junto al comisario Villegas. Luzón y Lasarte se habían quedado en la comisaría analizando las conexiones entre los nuevos datos que la investigación había arrojado.

—Dejadme hablar a mí —les advirtió Villegas—. Es mejor que sea un hombre el que inicie la conversación.

Lo vieron acercarse a un grupo de musulmanes que departía muy cerca de la puerta de entrada a la mezquita. Los allí presentes no disimulaban su incomodidad ante la presencia de las dos mujeres, algo que exasperó a Morayma.

—Por gente como ellos los musulmanes no somos aceptados por el resto de la sociedad.

—Las tradiciones son algo difícil de superar, quizá tengan que pasar muchos años para que la mujer pueda tener una condición de

igualdad; aunque nos duela, lo único que podemos hacer es ayudar a que las cosas cambien —contestó Bibiana.

—¡Pero es que en el Corán sí la tiene esa igualdad! Lo único que especifica es que es el hombre quien tiene que encargarse de la manutención de la familia; quizá en ese aspecto sí sea más conservador, pero son varios los pasajes del libro en los que se deja claro que hombre y mujer son iguales ante Dios.

—Las lecturas parciales de las escrituras no son algo único del islam, querida.

Villegas volvió y les hizo una señal de tranquilidad con la mano.

—El encargado de dirigir la oración es un tal Saúl; saldrá a hablar con nosotros en un momento.

—¿No podemos entrar? —preguntó Bibiana.

—Me han dicho que mejor esperemos aquí; dentro hay hombres rezando y ambos sexos no pueden estar juntos en la misma sala.

—Costumbres anacrónicas —respondió Morayma.

—No seré yo quien discuta eso, pero estamos en su terreno y venimos en son de paz. Lo único que nos interesa es información, y me han dicho que Saúl era el mejor amigo de Mohammed. No la jodamos por un defecto de forma.

—Conozco muy bien a Saúl, es un buen musulmán.

En ese mismo instante, el susodicho se acercó a ellos con una sonrisa y una inclinación de cabeza. Villegas fue el primero en saludar.

—*As-salam-u-alaikum*. —Bibiana y Morayma lo imitaron.

—*Wa alaikum assalam* —contestó él. Y, dirigiéndose a Morayma, añadió—: *ʾInnā lillāhi wa ʾinnā ʾilayhi rāji*ʿ*ūn*. Lo siento mucho, sabes bien que Mohammed era mi amigo.

Morayma bajó la cabeza en agradecimiento y Villegas aprovechó el silencio para ir al grano:

—Precisamente estamos aquí por la trágica muerte del imam de Granada, Mohammed Sarrán. Nos interesa saber cualquier cosa extraña que nos pueda contar y que pudiera apreciar los días anteriores a su muerte.

Saúl se echó a andar y ellos lo siguieron, separándose de los grupos de hombres más cercanos.

—En algunas cosas no somos tan distintos a ustedes, los cristianos, y las paredes oyen. —Hizo una pausa y miró a Morayma de nuevo—. Como acabo de decir, Mohammed era mi amigo; no solo un guía espiritual, sino una de esas personas por las que darías la vida. Desgraciadamente, no tuve la oportunidad de hacerlo. Era un hombre de grandes convicciones y con un legado que con el tiempo será más visible.

—Se refiere a la mezquita inclusiva, entiendo —intervino Bibiana.

—Así es, la primera de España. Solo unos meses le han impedido ver su sueño cumplido.

—¿Cree que alguien podría haber atentado contra los hermanos por este motivo?

—Me cuesta creerlo, pero en esta sociedad todo es posible. Algunos cristianos nos odian por ser musulmanes, otros musulmanes lo hacen por su intransigencia; así que siempre hay alguien dispuesto a utilizar la violencia.

—El hecho de que lo clavaran con una espada tiene un significado bastante claro para ustedes según me han contado —afirmó Bibiana, y sintió la incomodidad de Saúl, no sabía si era por ser ella mujer, por su color de piel o por la pregunta en sí.

—La impureza solo es algo que Dios puede juzgar, no nosotros; así que no tiene mayor valor que ese. Le aseguro que nuestro Mohammed será recibido con honores.

—Pero no parece al azar que lo hayan hecho de esa manera —insistió ella.

—No podemos entrar en la cabeza de la gente. El odio es un arma que en las manos equivocadas puede provocar mucho dolor. Por desgracia, últimamente hay personas que se dedican a azuzar a otros en esa dirección.

—Piensa que pudo ser algún grupo organizado, por lo que dice.

—O simplemente alguna persona que se dejó llevar por los mensajes equivocados.

De nuevo, se hizo un silencio que Villegas aprovechó para contraatacar.

—No ha contestado a mi primera pregunta. Si era su amigo, estoy seguro de que tuvo que notar algo extraño los días antes de su muerte.

Saúl se quedó pensando un rato antes de contestar.

—Pues la verdad es que sí hay algo… La noche anterior salimos de la mezquita y fuimos hasta el polígono. Allí nos sentamos a ver las estrellas en el patio de lo que será el nuevo templo. Lo vi melancólico, como si hubiera algo que ninguno de nosotros sabíamos y él sí. Me habló de la culpa, del arrepentimiento, de la herencia que llevamos sobre nuestros hombros y la responsabilidad, y me dijo algo que jamás olvidaré: «Prométeme que, cuando yo no esté, tú rematarás esta mezquita y la consagrarás tal y como la concebimos». Ya se imaginan mi respuesta; sonreí y le dije que él mismo lo haría. Sin embargo, esa misma noche nos dejó.

—Por lo que cuenta, parece que Mohammed temía por su vida. —Villegas miró a Morayma dándole la palabra.

—Yo hablé con él esa tarde y tuvimos una pequeña discusión filosófica, nada extraña entre nosotros; hablamos del papel de la mujer en el islam, del Corán y de mil cosas más. Recuerdo que se despidió diciéndome que me compraría un hiyab tan bonito que no sería capaz de rechazarlo. Nada hacía presagiar esa preocupación.

—¿Vio a alguien más hablando con él aquellos días? —Bibiana volvió a dirigirse a Saúl.

—Ibrahim vino a verlo esa mañana, muy temprano, pero no era algo extraño.

—¿Qué opinaba Mohammed de su cuñado?

—Ibrahim es un fundamentalista, ¿qué quería que opinase? Le hago la pregunta al revés, ¿qué cree usted que pensaba Ibrahim de sus cuñados, incluida ella? —preguntó señalando a Morayma.

—Lo está acusando claramente.

—No, no tengo pruebas y hacerlo sería inmoral para nuestra religión.

—¿Hay algún lugar dentro de la mezquita en el que Mohammed dejara sus pertenencias?

—No. No lo necesitaba. Aquí solo venimos a hablar, a rezar, a buscar la paz; lo hacemos con lo puesto.

—Muchísimas gracias por su tiempo, Saúl; si recuerda algo más, no dude en llamarnos. —Galdós le pasó una tarjeta y volvieron sobre sus pasos.

—Saúl no nos mentiría, es un musulmán fiel —afirmó Morayma.

Ahora les tocaba comprobar si Mohammed también lo era o si ocultaba algo, y para ello nada mejor que registrar su domicilio.

SUMA

Sulaiman Al Yashir vino a buscarme tres días después. Tenía una de esas sonrisas que apetecería borrarle a hostias, pero no podía hacerle nada.

—Helio, tengo tu pasaje a una vida mejor. Debes acompañarme.

Y eso hice. Lo seguí con el silencio como testigo, esperando que no me hiciera ninguna treta. Y no lo hizo. Al cabo de un rato, llegamos al puerto de Bisáu, y allí estaba atracado nuestro barco, el Maliki; había oído hablar de él, pero nunca lo había visto. Un hombre nos esperaba en la escalerilla de entrada.

—Este es Helio, el marinero del que te hablé. —El tipo me miró de arriba abajo, buscando alguna malformación; me hizo un gesto para que pasara y le dio unas monedas a Sulaiman.

—La quinta parte de tu sueldo ha sido entregada a este hombre, no hay objeción posible —dijo el hombre.

—Es el acuerdo al que llegamos —afirmé.

—Sube y pregunta por Yosi, él te dirá qué tienes que hacer.

Los primeros días no fueron fáciles. La tripulación era en su mayoría suní y el resto éramos individuos de segunda: dormíamos

en el suelo, comíamos aparte y solo sus sobras. Era una situación incómoda pero necesaria para mi objetivo.

El segundo día, vi por primera vez al Gran Suma, capitán del barco y de parte de la ofensiva rebelde. Él era el hombre al que Ansumane Mané había encargado controlar la costa con su flota de seis embarcaciones; el Maliki era una de ellas, y no había nada parecido en esa parte del océano.

Sabía que mi única posibilidad para acercarme a él sería en la batalla y me preparé para ella. La primera surgió cuando nos cruzamos con uno de los barcos rivales; el gran enemigo de los sunitas, Bernardo Vieira.

La lucha fue sin cuartel y muchos de los sunitas murieron en el enfrentamiento. Yo fui, poco a poco, reculando hacia el cerco que cubría al capitán Suma, hasta que tuve que posicionarme en el lugar de uno de los caídos.

La situación se estaba poniendo fea y me tocó defender al hombre que quería matar. Hubiera sido más fácil dejarlo morir allí, pero quería que sufriese, tal y como lo había hecho mi familia.

Ganamos aquella batalla y Suma se interesó por mí; tanto que al cabo de unos días pasé a formar parte de su guardia personal. Había conseguido uno de mis objetivos, el segundo sería eliminar a su lugarteniente, Elkar, el más sanguinario de toda Guinea-Bisáu.

LA CARTA

Casi una hora después, la comisaria Sabela Cruz continuaba entre papeles e informes. Hacía un rato que su hermana Lina y Asier habían salido en dirección a su pequeña agencia de detectives, muy cerca de la calle Hórreo, cuando el teléfono la sobresaltó.

—Buenos días, jefe, pensaba llamarlo ahora.

—Buenos días, Sabela —contestó Urízar—, la cosa se está complicando. ¿Has leído la prensa de hoy? —Sabela recordó lo que le había dicho la noche anterior Rocío Castelo, pero no había tenido tiempo ni de hojearla. Él contestó sabiendo la respuesta—. Ya veo que no, o no estarías tan tranquila. Verás, alguien ha filtrado que los hermanos Sarrán eran gais, además de contar paso a paso cómo han muerto; menos mal que no dice nada de que les hayan sacado los órganos porque, si no, ya empezaría a sospechar.

—¡Mierda, joder!

—Exacto, esa es la expresión correcta. Tengo a la prensa como loca, al jefe superior echando chispas y, lo peor de todo, ya hay un colectivo de LGTBIQ+ que ha convocado una manifestación para esta tarde en todas las ciudades de Galicia. Y también me ha

llamado Villegas para decirme que unos desalmados han aparecido en la mezquita de Granada y han molido a palos a los allí presentes.

—¿De la extrema derecha?

—Mira, Sabela, aún no lo sé, pero esto se está saliendo de madre. La filtración ha tenido que salir de dentro, y se suponía que esto era algo secreto. Nos acaban de joder y bien. Prepárate para una declaración oficial a la prensa, esta vez no te libras; ya te mandaré el argumentario.

Tras colgar, Sabela leyó los periódicos y maldijo en voz alta. Todos abrían con un gran titular en portada y la imagen de Mohammed Sarrán. ¿Cómo la habían conseguido? ¿Tenía un puto topo entre los suyos? ¿Pero quién?

Lo primero que hizo fue llamar a Bibiana y contárselo. Estaban de camino al domicilio de Mohammed y se habían librado de la paliza por los pelos, pues no hacía ni una hora que habían abandonado la mezquita.

No sabía qué hacer, por dónde empezar ni en quién confiar. Entonces oyó un ruido en la puerta y se puso alerta. Cogió su arma y caminó despacio. Salió de la habitación y se asomó al pasillo, desde allí divisó un sobre negro bajo la puerta. Con el corazón a cien, la abrió y apuntó; no había nadie. Guardó el arma, se puso unos guantes en la cocina y leyó el mensaje: «Tenemos a su hermana. Si no quiere verla morir, no le cuente nada a sus amigos policías y siga nuestras instrucciones».

Con los nervios a flor de piel, le dio la vuelta, pero no había nada más. ¿Dónde estaban esas supuestas instrucciones? No entendía nada. Pero ¿quién coño se había llevado a su hermana?

Bajó corriendo con lo puesto hasta Laverde Ruiz, donde estaba la sede de Vietto, Zamora y Morlán, detectives privados. La puerta estaba abierta.

—¡Lina! ¡Lina! —gritó desesperada.

Asier salió de la trastienda y miró extrañado a su cuñada.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué la buscas?

—¿Dónde está? ¿Dónde coño está Lina?

El tono de Sabela lo asustó tanto que él cogió el teléfono para llamarla.

—Tenía una cita a las diez delante del supermercado que hay en la Praza Roxa. —Esperó unos segundos y confirmó lo que Sabela se temía—. No me coge el teléfono, pero estará tomando algo con los clientes, ya sabes que tu hermana es muy profesional.

—Asier, ¡alguien acaba de dejar una nota bajo mi puerta que dice que han secuestrado a Lina!

Su cuñado se puso blanco en un momento.

—Concertó esa cita ayer, aquí la tengo. —Le enseñó la agenda y los datos de la persona con la que había quedado. Había un solo nombre, Sabela lo leyó y todo empezó a darle vueltas: Ibrahim.

REUNIÓN DE URGENCIA

Sabela Cruz y el agente Donowa escuchaban desde Santiago de Compostela, Alba Casal desde A Coruña y Bibiana, Lasarte, Luzón y Villegas desde Granada. Era la primera reunión de todo el equipo, convocada de urgencia por Urízar, que también estaba presente de forma virtual, tras los últimos acontecimientos. La comisaria tomó la palabra.

—Supongo que todos habéis leído los periódicos, así que mucho me temo que tenemos a un topo en el equipo. Confío, al igual que vuestro jefe, que no sea ninguno de vosotros; así que, a partir de ahora, nada saldrá de este círculo.

»La prensa se ha hecho eco y ha calificado la muerte de los hermanos como un crimen homófobo, cosa que aún no hemos sido capaces de probar. Os podéis imaginar que Twitter está ardiendo, y con él la opinión pública. Además, hemos tenido conocimiento de altercados en Granada, ¿no es así, comisario Villegas?

—Por desgracia sí. Esta mañana, unos minutos después de que nosotros mismos estuviéramos allí, varios encapuchados han llegado en moto a la mezquita de Granada. Iban armados con bates de béisbol y han empezado a golpear a todos los presentes al grito de

«maricones», «putas», «perras» y demás lindezas. Hay tres heridos de consideración y varios leves.

—¿Sabemos si alguien ha reivindicado la agresión?

—Los testigos aseguran que hablaban árabe, pero el *modus operandi* no es para nada el de los grupos de fundamentalistas.

—Alba, ¿has averiguado algo?

—Las posiciones se enfrentan peligrosamente: los colectivos LGTBIQ+ y los musulmanes más aperturistas están en pie de guerra; y, por otro lado, la extrema derecha también. Asimismo, esta mañana los chiitas han condenado la orientación sexual de los dos imanes.

—Qué simpáticos; les jode que no sean heteros, que los maten se la suda —añadió Lasarte.

—Los chiitas y los sunitas no están lo que se dice muy unidos, inspector —aclaró el comisario Villegas.

—El caso es que la cosa se nos está yendo de las manos. Los políticos están nerviosos y a la una tengo una comparecencia pública, que no nos va a servir para nada; a la prensa ya no nos la quitamos de encima hasta que alguien pague por los crímenes.

Sabela pensó en su hermana Lina y le dio un retortijón. Se apoyó en la mesa y puso su mejor cara. No podía decirles nada, su vida estaba en juego.

—Recapitulemos. Tenemos por ahora dos hermanos fallecidos. Uno era imam en Granada y otro el representante de la comunidad musulmana en Galicia. Ninguno estaba casado ni tenía hijos; en realidad, no tenían una orientación sexual definida, al menos de cara a la sociedad. Estaban levantando en las afueras de Granada una mezquita inclusiva, que sería la primera de España. Sería al terminar

su gran obra cuando se postularían públicamente a favor del colectivo LGTBIQ+, o eso es lo que nos dicen las personas que los conocían.

»Los dos fueron encontrados de la misma forma, atravesados por espadas y tras haberles quitado todos los órganos útiles de su cuerpo. En el caso de Abdul, en el Obradoiro, sabemos que es una sola persona la que deja su cadáver allí, lo atraviesa y se esfuma. De Granada no tenemos imágenes ni testigos, pero creemos que sigue el mismo procedimiento.

»En el caso de Abdul lleva un mensaje tatuado que dice algo así como "Sé parco en palabras y saldrás en paz". En el caso de Mohammed: "No hay vencedor, sino Alá". Ambos mensajes los encontramos en la Alhambra. El último, en varias inscripciones; el primero, en el Salón de Comares.

»Por otro lado, sabemos que tenían dos hermanas: Fátima, que ha declarado no saber casi nada de ellos; y Morayma, que estaba desaparecida hasta que ayer Bibiana, Lasarte y Villegas la encontraron. Es feminista, aperturista, y, en cuanto supo lo de sus hermanos, vio la diana en su cabeza.

»Ella apuntó como sospechoso a su cuñado, Ibrahim, que trabaja como transportista y está en paradero desconocido. Y lo mismo hizo Saúl, el discípulo y amigo de Mohammed.

Sabela hizo una pausa; le costaba no contárselo todo a sus compañeros. Creía que el Ibrahim que había quedado con Lina y la tenía en su poder era el mismo del que desconfiaban Morayma y Saúl.

—Estamos intentando localizarlo: tenemos la matrícula de su camión y su teléfono, y sabemos que no ha hecho uso de él desde la

tarde anterior a la muerte de los hermanos. La última vez que lo vieron fue la mañana de los hechos, cuando fue a la mezquita a visitar a su cuñado Mohammed.

»También sabemos que Abdul pagó por unos servicios a un local de ambiente. Tengo a Donowa investigándolo y esta misma tarde se va a Vigo en busca de respuestas. No creemos que sea demasiado importante, pero pudo pasar algo en esos encuentros y es mejor cerrar todas las pistas.

»Finalmente tenemos una red de transportes que al principio creíamos que operaban desde la Europa del Este con destino a Galicia, pero ahora creemos que en realidad se trata de una empresa con sede en Madrid que opera en prácticamente todo el mundo. Presuntamente hablamos de drogas, armas, seres humanos, tráfico de órganos, mercancías peligrosas… De uno de esos transportes conseguimos recuperar una única caja que contenía gas sarín, pero seguimos sin rastro de dónde ha ido a parar el resto de la mercancía.

»Y si pensamos que las dos líneas de investigación tienen un nexo común es porque una de las empresas que encargaba esos envíos tiene su sede en Vigo y estaba a nombre de Mohammed Sarrán, al igual que uno de los vehículos utilizados para el transporte. Sé que es un hilo muy fino, pero ya sabéis que cuando el río suena… ¿Sabemos algo más?

Alba pidió la palabra.

—He estado investigando la empresa madrileña: llevan más de cincuenta años funcionando, pero de un lustro hasta hoy han multiplicado por mil su rentabilidad. Una de sus filiales tiene un nombre muy sugerente, El Deseo. Se anuncian como la típica

empresa futurista que puede conseguirlo prácticamente todo. En su página web solo hablan de la parte *light*, ya sabéis: mascotas, discos de importación, libros antiguos, fetiches e incluso citas con tus famosos favoritos, pero en la *deep web* se habla de otra serie de servicios más oscuros. He hecho un perfil falso a ver si muerden el anzuelo, pero será difícil.

»También quería comentaros que el tráfico de órganos está en auge; el único problema es que no vamos a encontrar a nadie que admita haberlos comprado. Para que os hagáis una idea del dinero que mueve este mercado os daré solo dos datos: un corazón sano anda por los sesenta mil euros y un pulmón en buen estado unos ciento cincuenta mil.

El silencio acompañó el final del discurso de Alba. Ninguno de ellos era consciente de la magnitud de un negocio como aquel.

Sabela tomó la palabra de nuevo.

—Entonces, teniendo en cuenta que a nuestros dos fallecidos, jóvenes y en perfecto estado de salud, les extirparon todos esos órganos, estamos hablando de casi un millón de euros por cada uno de ellos, ¿no?

—Una razón más que evidente para matarlos —afirmó Lasarte.

—Cierto, ¿pero para qué hacer el paripé con la espada? ¿Por qué dejar a dos representantes de la cultura islámica bajo dos símbolos como la Alhambra y la Catedral de Santiago?

SORPRESA

Bibiana mordía el bolígrafo mientras pensaba en lo que habían encontrado en la casa de Mohammed Sarrán. Era una vivienda sencilla, sin lujos.

Habían requisado un portátil que estaban analizando en aquellos momentos. Fue ahí cuando tuvo una idea y pensó que quizá habían pasado algo por alto. Marcó el número de Sabela y se dirigió a casa de Fátima Sarrán. Mientras caminaba hacia su destino, la llamó su padre. No tenía muchas ganas de hablar con él, así que rechazó la llamada.

Fátima abrió y se asomó a la puerta, miró hacia la calle y pudo ver el temor en sus ojos; las dos sabían que si Ibrahim estuviera allí las cosas serían distintas. Tras unos segundos de duda, la dejó pasar.

—Perdone que la moleste, pero necesito que me dé acceso al cuarto de su marido.

Intentó colarse en la cabeza de aquella musulmana conservadora, fiel a su esposo y que, estaba segura, sabía la condición de sus hermanos. Vio cómo sus defensas se venían abajo y negaba con la cabeza.

—Está bien, vaya subiendo; voy a preparar un café y me uno a usted.

Bibiana subió las escaleras. Al llegar al cuarto, además del olor a rancio, notó otra cosa: la tensión de estar en un lugar prohibido. Encendió la luz y se dio cuenta de que muy posiblemente su mujer no entrase muy a menudo allí.

Ante ella había un escritorio en el que se apoyaba un portátil y, justo encima, una estantería llena de libros en árabe. Se puso los guantes y fue abriendo los cajones uno a uno. Como buena investigadora, metió la mano entre cada uno de ellos buscando algo oculto; no había nada. Entonces sus ojos se clavaron en la pared. Allí, colgada, había una foto de Ibrahim con sus dos cuñados, Abdul y Mohammed. La sonrisa de los tres demostraba alegría, compadreo, diría que amistad. Notó la presencia de Fátima, pero esperó a que ella hablara.

—Al principio se llevaban muy bien, eran como hermanos. Nada los separaba, pero desde que cada uno se fue enquistando más en su posición comenzaron a separarse. Al principio simplemente dejaron de quedar, después se evitaban en las celebraciones familiares, y al final Ibrahim me prohibió terminantemente pronunciar su nombre.

—¿Los odiaba?

—Mi marido es muy reservado, no sabría decirle. Es una persona muy tímida y muy suya. Entrar en su cabeza es algo complicado.

—Tal y como cuenta, cambió de actitud, y siempre hay una razón para eso.

—La verdad es que empezó a estar menos en casa; dijo que tenía nuevos amigos, y se volvió mucho más estricto con nuestro hijo,

Ahman.

El café subió y Fátima se disculpó, dejando nuevamente a Bibiana sola en la habitación. Esta cogió el marco de Ibrahim y sus cuñados y le resbaló de las manos, a punto estuvo de caérsele al suelo. Lo recogió *in extremis*, pero vio que algo sobresalía entre la foto y la parte trasera del marco.

—El café ya está, señorita. Baje cuando quiera. —La voz de Fátima desde el piso inferior le dio un susto de muerte.

A duras penas consiguió abrirlo. Lo que escondía era una foto oculta detrás de la original. Bibiana cerró los ojos y apretó mucho los labios. Sacó una foto con su móvil y volvió a cerrar el marco. La imagen mostraba al imam de Granada masturbándose delante de la cámara.

—¿Cree que podría llevarme el portátil?

—Señorita, mi marido volverá en cualquier momento. ¿Qué le digo yo cuando sepa que alguien ha entrado en su cuarto? Si no tiene una orden, prefiero que lo deje todo tal y como estaba.

Bibiana accedió. Bajó las escaleras, se sentó donde le indicó Fátima y le dio un sorbo al café; estaba buenísimo. Seguía sin poder sacarse la foto de la cabeza, le quemaba en el bolso.

—Usted no suele entrar en esa habitación, ¿verdad?

—Las mujeres musulmanas tenemos que encargarnos del hogar y de los niños, y no meternos en las cosas de los hombres.

—Pero si supiese que su marido hace algo que no está bien…

—¿Que no está bien como qué? ¿O para quiénes? ¿Para los cristianos, para los musulmanes, para los integristas?

—Para usted misma.

—Mi marido me quiere y cuida a su hijo; nos trae sustento como le pide el Corán, así que no tengo nada que reprocharle.

—¿Y sus hermanos también respetaban el Corán?

Se hizo un silencio incómodo. Bibiana estaba segura de que aquella mujer estaba al tanto de las inclinaciones de sus hermanos y que no las aprobaba.

—Yo no juzgo, solo Dios lo hace.

—Pero no le gustaba lo que hacían.

—No es plato de buen gusto para nadie que tus hermanos estén en boca de otros por cosas sucias.

—¿La gente lo sabía?

—Algunos; otros solo lo intuían. Lo de no conocérseles nunca novia o mujer no ayudaba. Si nuestro padre levantase la cabeza…

—¿Qué cree que ocurriría?

—Mi padre era un musulmán decente que llevaba el Corán por bandera y se ganó el respeto de la comunidad, aunque sus últimas expediciones lo tiñeron todo de sangre y lo complicaron…

Bibiana le dio un sorbo al café y le pidió a Fátima que le contase más cosas sobre él, necesitaba que ella se sintiera cómoda. Notaba la emoción en sus ojos cuando hablaba de su padre y debía aprovecharse de ello.

Sabía que estaba cerca de descubrir algo; sin embargo, no debía precipitarse. Tenía claro que Ibrahim estaba metido en el ajo, ¿pero hasta dónde? ¿Hasta qué punto la tradición y el fanatismo podía convertirse en odio?

LA COMIDA

Las palabras de Sabela Cruz le dieron a Morlán donde más le dolía. Estaba loquito por ella y salvar a su hermana se había convertido desde el momento en el que había conocido su desaparición en su único motivo de vida.

La comisaria le había dejado claro que él y Asier eran las únicas personas que lo sabían y que así debía seguir siendo; aunque prefería que su cuñado conociese lo estrictamente necesario, que se dedicase a investigar por su cuenta, no lo necesitaba a su lado, ni pendiente de lo que ella hacía. Entendía que para él la situación era terrible, pero cuando llegase el momento final tendría que engañarlo a él también. Estaba demasiado implicado, al igual que ella.

Morlán, sin embargo, podía y debía resultarle útil. Le había confesado aquel segundo mensaje que acababa de recibir en el móvil: «Ni una palabra sobre el transporte de órganos en tu rueda de prensa si quieres volver a ver a tu hermana con vida. A partir de ahora, harás lo que se te ordene».

Aquella información era muy valiosa para Morlán, porque lo llevaba directamente a El Deseo. Por otra parte, Dulce Romay había citado a Augusto aquella misma tarde en las oficinas de la empresa.

Los dos esperaban que por fin le diera una misión, que confiara en él; nadie como Augusto para conseguirlo.

Ahora le tocaba la parte difícil, decirle la verdad a Alejandra y ponerla de su lado; porque, si había una persona que podía desenmascarar a Dulce, era ella.

Reservó en un local llamado Gotham; había visto en la cuenta de Instagram de Alejandra que era una gran amante de Christian Bale y no había nada mejor que una buena ambientación para hacer frente a semejante película.

Su conversación durante la comida se había basado en la pasión cinéfila de ambos, pasando pronto a la musical, en la que coincidían en gustos. Esperó a los postres para ir al grano.

—Alejandra, no te traje a Gotham para hablarte de música ni de cine, aunque ojalá solo fuera eso lo que tuviera que contarte. —El semblante de ella cambió de repente—. Esta mañana me enteré de algo muy grave. Una amiga mía, compañera de trabajo, está en serio peligro.

—Pero ¿qué le ha pasado? ¿Puedo ayudarte?

—*Podés*, y por eso te lo cuento. Mi amiga se llama Lina, es la hermana de Sabela Cruz, comisaria de Santiago de Compostela. Estaban investigando la muerte de dos hombres, Abdul y Mohammed Sarrán, y entre el azar y la propia investigación acabaron enlazándolo con la empresa de tu hermana. —Morlán levantó la cabeza y la miró, esperando que en cualquier momento ella se marchara, pero no lo hizo—. Esta mañana le dejaron un mensaje a la comisaria bajo la puerta en el que le decían que habían secuestrado a su hermana y que no siguiera investigando.

—¡Es horrible! ¿Sabe quién lo ha hecho?

El gesto del Flaco era bastante clarificador.

—En un segundo mensaje le dijeron que, si quiere que su hermana continúe con vida, no comente nada sobre el tráfico de órganos, y solo hay una investigación en marcha sobre este tema y es la que involucra a El Deseo.

—No, Morlán, esa mujer está equivocada; mi hermana no tiene nada que ver con ningún tráfico de nada.

—Tú misma me dijiste anoche que dudabas de las finalidades de la empresa, no niegues la realidad.

—Y no lo hago, pero veo que todos intentáis acercaros a mí solo para conseguir algo, y estoy harta. —Alejandra hizo amago de levantarse y Morlán le suplicó con la mirada a la vez que le tocaba el brazo con la mano.

—Estoy seguro de que no es la primera vez que alguien te dice que la empresa de tu hermana es una tapadera y que El Deseo oculta muchas ramas, algunas peligrosas.

Ella no podía borrar su tristeza.

—¿Quién eres? Y esta vez dime la verdad o me levantaré y me iré sin que nadie me pueda parar.

—Soy investigador privado, junto a Lina y su marido tenemos una agencia en Santiago de Compostela. Mi cometido era únicamente acercarme a ti; sabíamos que para llegar a tu hermana te necesitábamos. No solo se trata de órganos, también de personas, armas de todo tipo, droga… Muchas vidas dependen de esta conversación. Soy un boludo, lo sé; pero, entiéndeme, una amiga está en peligro y haría lo que fuera por salvarla.

Alejandra se llevó las manos a la cabeza. Tardó en quitárselas; estaba roja.

—¿Me estás diciendo que crees que mi hermana está detrás de ese secuestro?

—Estoy seguro, Alejandra. Por lo que sé, la *cana* lleva tiempo tras sus pasos y está claro que, si salen a la luz esas otras actividades de vuestra empresa, sabe que está acabada.

—No me creo que ella pueda estar metida en algo así. Seguro que son sus asesores… o simplemente se trata de un error. Crecí con ella, Augusto, fue como una madre para mí.

—La avaricia nos cambia a todos.

—Y la mentira también, Morlán.

—Ya tendrás tiempo de odiarme el resto de tu vida, Alejandra. Ahora solo te pido que salves a otros muchos que dependen de ti. —Hizo una pausa y la miró a los ojos—. Solo hay un modo de conocer la verdad…

LA CALMA

Tras ascender en el escalafón corsario, ya tenía camarote propio. Me estaba dejando llevar por el vaivén del sueño cuando sentí unos golpes en la puerta.

—El jefe quiere verte en cubierta —dijo Yosi.

Me puse nervioso. ¿Sería mi oportunidad? ¿Para qué quería verme? Me mojé la cara y salí dispuesto a torear al destino. Vi que no estaba solo; su lugarteniente, Elkar, estaba junto a él.

—Acércate, Helio —me dijo.

—Sí, mi capitán. —Me situé frente a él manteniendo una distancia prudencial.

—Mi hombre de confianza dice que no eres de fiar. —Los miré, extrañado; no había dado motivos para la desconfianza. Entonces vi cómo sacaba un dibujo de mi hija, el mismo que guardaba bajo la almohada, o eso creía.

—Es de mi hija, capitán. Siempre lo llevo conmigo.

—Eres de Formoso. Tu hija estaba allí.

—Mi hija está en Bisáu, salió con el transbordador humanitario. —Mentí como un bellaco.

—Uno de los dos está mintiendo. Elkar dice que sabe de buena tinta que llegaste a Bisáu preguntando por tu mujer y tu hija.

—Eso no es cierto, capitán, se lo aseguro. Ella está viva.

—Sabes perfectamente cómo resolvemos estos problemas aquí. —Me tendió una daga y miró a Elkar—. Debéis batiros a muerte; el que sobreviva me acompañará hasta el fin de mis días.

Era mucho menos diestro con la daga que mi rival y lo sabía, pero no podía hacer otra cosa que luchar. Lo miré a los ojos y los dos nos situamos cada uno a un lado del capitán. Este hizo una señal y la batalla comenzó.

El primer embate de Elkar me rozó el brazo izquierdo. Conseguí volar hacia el lado contrario y asestarle una patada en la pantorrilla que para él fue solo una caricia. Seguía bailando con la daga empuñada en mi mano derecha. Elkar volvió al ataque y esta vez rozó mi brazo. Pequeñas gotas de sangre comenzaron a caer en la cubierta. Sentí cómo la extremidad se volvía más débil, pero también había observado cómo la confianza hacía que Elkar dejase descubierto su flanco derecho. Esperé tranquilo por el tercer ataque y esta vez esquivé certero su daga, clavando la mía directamente en su pecho. Abrió mucho los ojos e intentó con sus últimas fuerzas volver a atacarme, pero me aparté y cayó clavándose la daga aún más.

El capitán se levantó y me miró.

—Ahora limpia todo esto y tíralo por la borda. Al amanecer te quiero a mi lado, pero búscate una espada decente, no esa mierda de pescador que traes de esa isla apestosa.

El cielo estaba despejado y la luna brillaba enseñando su mejor cara. Acababa de matar a un hombre, pero no era culpa lo que me

llenaba, sino un odio lacerante y mortal.

EL GRAN TEMPLO

Augusto Vilela llegó a la sede de El Deseo pasadas las cuatro de la tarde. Las medidas de seguridad eran extremas: control de metales, cacheo, búsqueda de dispositivos de grabación; el lugar era inmenso. Una vez dentro, lo hicieron esperar en una sala de apenas diez metros cuadrados con una televisión que emitía en bucle las bondades de la empresa. Fue una hora que le pareció interminable, pero la daría por bien empleada si conseguía lo que quería. No había conectividad móvil, solo una red wifi local; pero no tenía las claves, así que no podía hacer nada.

Volvió a su infancia, a la infinidad de horas pasadas en las salas de espera de los hospitales y clínicas, y cogió una revista que, para su sorpresa, era de esa misma semana. Estaba acostumbrado a aquello porque desde pequeño sufría un problema crónico en el corazón, aunque se había sometido a una operación que había conseguido insuflarle años de vida. Había nacido con un problema cardíaco congénito: sus válvulas no se abrían correctamente, y los médicos le habían recomendado una vida sana y sin excesos que él se había encargado de contradecir una y otra vez. A pesar de eso, ya tenía cuarenta y cinco años y se conservaba muy bien para su edad, o al

menos eso se decía cada día cuando se miraba al espejo, aunque era consciente de todas sus limitaciones.

Cuando la puerta se abrió, vio que Dulce Romay lo recibía con los brazos abiertos.

—¡Augusto, benditos sean los ojos! —Se abrazaron fraternalmente.

—Espero que verme no te cause problemas con tu hermana.

—Para nada. Además, hoy tenemos que hablar de trabajo.

Entraron a un despacho y ella le hizo un gesto para que se sentara. Era una sala enorme, excesiva; mucho más grande que cualquiera de los hogares que él había tenido. Dulce se sirvió un *whisky* y le llenó otro a él.

—Bueno, querido, llegó el momento de quitarnos las caretas. Era imprescindible que ya no tuvieses relación con mi hermana para poder trabajar con nosotros. Tienes que entenderme, la quiero, pero desde que murió mi padre es una chica débil y mi deber es mantenerla al margen de nuestros negocios.

—No es mi intención contradecirte, pero Alejandra parece preparada para dar un paso adelante.

—No te digo que no, aunque creo que hay cosas más adecuadas para ella. Ayer mismo quería decírselo, pero acabamos mal, como casi siempre. La verdad es que tengo algo perfecto para ella y a lo que no podrá negarse.

Augusto no quiso preguntarle porque lo que realmente le interesaba eran los otros negocios, los que podían ayudarle a desenmascarar aquella red.

—Sé lo de tu enfermedad. —Dulce dejó caer la bomba y le dio un trago al *whisky*. Fue como una gran hostia, aquella jugada no se la

esperaba—. Y puedo ayudarte a tener una vida plena.

—No me quejo de la mía, Dulce, pero todo es mejorable.

—Sé que no puedes tener relaciones sexuales decentes, que tampoco puedes hacer ejercicio de manera intensa, que todo lo que significa un esfuerzo es una muralla infranqueable para ti, y lo peor es que cualquier día ese corazón puede explotar.

—Vivo con ello desde que era un crío.

—Los seres humanos somos muy mediocres, Augusto. ¿Y sabes cómo se demuestra esa mediocridad? Conformándonos. —Se levantó y comenzó a andar por la sala—. Cuando nos valen las migajas que otros van dejando y no queremos mejorar; en tu caso te conformas con una vida a medias pudiendo tenerla completa.

—No sé cómo podría, la verdad. Llevo toda la vida con tratamientos y médicos; hace tiempo que me rendí.

—Tiene remedio, y yo puedo ayudarte. —Se acercó mucho a él y le puso la mano en el hombro.

Él sintió una descarga eléctrica que jamás había sentido al contacto con ningún ser humano y comenzó a temblar; las dudas lo corroían por dentro, no había nada en la vida que desease más que estar sano, pero era consciente de que no le iba a salir gratis.

LAMENTO

Caminaba de vuelta hacia la comisaría cuando recordó la llamada de Helio; con bastante desgana marcó el botón de llamada.

—Hola, hija. Perdona que te moleste, supongo que estás trabajando.

—Ahora tengo un par de minutos. ¿Qué querías?

—Tengo algo importante que decirte y necesitaba verte.

—Pero… —dudó—, yo estoy en Granada, y tú en Compostela.

—Me he acercado a Madrid. Tranquila, Sabela me ha dado permiso para viajar, por ahora no parece que vayan a presentar cargos contra mí.

Era su padre, pero se merecía un castigo; a veces odiaba ser parte de aquel sistema.

—Eres un afortunado. ¿Y no puedes esperar a que vuelva a casa?

—Pues no, es importante. Mañana tenía pensado dejarme caer por ahí; además tengo unos amigos a los que me gustaría visitar.

Bibiana no tenía ganas de discutir ni de gastar energías con él, así que quedó en verlo al día siguiente por la tarde.

Antes de entrar a la comisaría, pasó por el bar al que solían acudir los miembros de las Fuerzas de Seguridad. Allí estaban Lasarte y

Luzón. En ese momento sintió un escalofrío al verlos tan juntos y en buena sintonía. ¿Celos? Desechó la idea y fue hacia ellos.

—Buenos días, chicos. —Notó cómo Lasarte se separaba un poco de la inspectora Luzón al verla acercarse.

—Buenos días, Ana. ¿Qué tal la visita a la casa de Fátima?

Se sentó y pidió un refresco antes de contestar.

—Creo que bien. Lo que vais a ver estaba escondido bajo un marco en el cuarto de Ibrahim. —Les mandó a ambos la instantánea de la foto que había hecho con su móvil y no tardaron en contestar.

—¡Joder, la hostia, pero este es…!

—Mohammed Sarrán en acción.

La foto mostraba al imam de Granada masturbándose delante de la cámara. En la esquina inferior derecha se intuía una marca de agua con letras árabes.

—¿Y dices que Ibrahim tenía esto escondido? —preguntó Luzón.

—Sí, le pedí a su mujer que me dejase llevarme también el portátil, pero no coló. Le he mandado una copia a Alba para que identifique la red desde donde emitían y le he pedido a Urízar que nos consiga una orden de registro.

—¿Crees que Ibrahim pudo matarlo al saber que hacía estas cosas?

—No quiero hacer un juicio anticipado. Puede ser un montaje, por eso le he pedido a Alba que la estudie a fondo. De momento que no salga de aquí. Nosotros tres y Villegas, nada más.

El comisario apareció segundos más tarde.

—Tenemos a gente de la prensa por todos lados. Haced el favor y andad con mucho tino, incluso con los wasaps, no los mandéis nunca desde redes públicas. Estos cabrones están en todo.

Cualquiera de los que veis por aquí —señaló a las mesas colindantes — puede ser uno de ellos.

—Tendremos cuidado, comisario.

—Urízar me ha llamado, se ha decretado la orden de busca y captura de Ibrahim. Su foto está ya en todas las comisarías y aeropuertos, y el reconocimiento facial también está en marcha. Espero que durante el día de hoy sepamos ya dónde está.

—¿Crees que ha sido él?

—Todo apunta a que odiaba a sus cuñados y además fue de las últimas personas en ver a Mohammed aquella misma mañana. Fátima admitió que no durmió en casa esa noche, lo que lo deja sin coartada y, además, está desaparecido. No tenemos pruebas por ahora, pero si conseguimos el registro de su casa estoy seguro de que aparecerán.

Bibiana dudaba que así fuera, pero no quería contradecir a un superior.

—Y ahora, chicos, os dejo, que tengo varias llamadas amenazantes de mi mujer hablándome de la comida. —Rieron.

Luzón también se levantó.

—Yo también os dejo, nos vemos por la tarde.

Bibiana los vio irse y miró a su compañero:

—¿Pedimos algo para comer?

—Pensaba que no lo ibas a decir nunca; me muero de hambre.

Media hora después, seguían dándole vueltas al caso. Lasarte sacó una libreta con sus anotaciones y le contó qué habían conseguido averiguar aquella misma mañana Luzón y él. Bibiana notó de nuevo aquella sensación, la misma que había tenido subiendo al Anboto o aquel día recorriendo las calles de Compostela; no sabía si le

gustaba o simplemente la atraía, pero había un magnetismo que la llevaba directamente a Lasarte.

—Te he visto muy pegadito a Ángela.

Su compañero se sorprendió y buscó las palabras correctas para contestarle.

—Está casada y no es mi tipo.

—Venga, Martín, ¿y cuál lo es?

La primera persona que le vino a la cabeza fue su última y única pareja, la doctora Nuria Fraga. Pero, en realidad, le hubiese gustado decirle que su tipo era ella, Bibiana; que adoraba aquel moreno de su piel, sus ojos almendrados y la dulzura de su voz, pero no se atrevió.

—Morenas, me gustan morenas. Ni muy altas ni muy bajas; no sé, Ana… Inteligentes, supongo; con ganas de hablar. —La miró a los ojos durante unos largos segundos y estuvo a punto de lanzarse, pero no lo hizo.

—¿Pero te gustan las mujeres? —preguntó Bibiana con una media sonrisa.

—Sí, sí. La verdad es que creo que lo natural sería que te gustase alguien independientemente de su sexo, que te gustase por cómo es; pero tengo que admitir que solo me fijo en las mujeres.

—Siempre hay una primera vez.

—A ver, yo adoro a mis amigos y con Portela tengo una relación única, pero sin ninguna atracción física. Mi problema no es si me gustan o no las mujeres, sino que yo a ellas no. —Vio la sonrisa de Bibiana y agachó la cabeza.

—¿Y eso cómo lo sabes?

El camarero les trajo los cafés, lo que dejó a Lasarte unos segundos extras antes de contestar.

—Supongo que esas cosas se notan, ¿no?

—Cada uno somos un mundo y no todos demostramos las cosas de la misma manera, así que esa afirmación no vale.

—Joder, Ana, es que las tías lo ponéis muy difícil…

—¿¡Difícil!? —Ana suspiró y meneó la cabeza—. ¿Tienes Tinder?

La mirada escandalizada de Lasarte contestó por él; se puso rojo como un tomate.

—Lo hice hace tiempo, una amiga me lo aconsejó, pero la verdad es que no le hago ni caso.

—Ya, eso decimos todos. Nadie lo usa, pero la red es inmensa.

—Creo que no valgo para eso, necesito el cara a cara. Por una foto mía nadie va a saber cómo soy y mi careto tampoco es lo mejor que tengo.

—Bueno, tampoco eres horrible…

—Viniendo de una mujer como tú, eso es casi un halago.

—En serio, lo importante es que nos valoremos cada uno; después todo llega.

Tras un breve silencio, Lasarte contraatacó.

—¿Y tú? ¿Por qué nunca cuentas nada sobre ti? ¿Qué hay de Villegas?

Bibiana bajó la cabeza y le dio un sorbo al café.

—Nos conocimos en Pontevedra hace algunos años, en uno de mis primeros destinos. Yo era agente y estaba bajo su mando, él era inspector. Al principio me pareció el típico policía altanero y sabelotodo, pero las cosas cambiaron cuando me hirieron.

—¿Qué pasó?

—Teníamos a unos narcos en el punto de mira y nos confiamos. No pensamos que fueran tan peligrosos. El caso es que nos dieron el soplo de que en el Club Fluvial tenían un yate cargado de cocaína y allá nos fuimos. Nos recibieron con plomo y una de las balas me penetró bajo el chaleco. Villegas me sacó de allí, me hizo las primeras curas, llamó a la ambulancia y no se despegó de mí en todo el tiempo que estuve hospitalizada.

—Se sentía culpable.

—Claro, pero la culpable había sido yo, por imprudente. Vi a los sospechosos salir del embarcadero hacia un coche y quise interceptarlos para que no se escaparan; ellos ni se lo pensaron. Villegas tuvo que abatir a uno; el otro consiguió escapar, aunque no llegó muy lejos. Si hubiese esperado los refuerzos tal y como él me ordenó, no hubiera pasado nada de aquello. Aun así, me encubrió.

—¿Lo hizo? ¿A sabiendas de que podían rebajarlo?

—Yo estaba en el hospital y aprovechó para arreglarlo por detrás y que no hubiera una investigación interna. Meses después lo mandaron a Cataluña, y estuvo en Olot, en Castelldefels, Lloret… Lo tuvieron danzando por España hasta que al final volvió a casa, a Andalucía.

—Te salvó el culo.

—Sí, pero cuando me reincorporé le dije al comisario que no había sido así. Él me dijo que lo dejásemos pasar. Le debo mucho a los dos.

—¿Quién era el comisario?

—Urízar.

—Y ahora os volvéis a reencontrar los tres en una investigación. De todas maneras, no has contestado a mi pregunta: ¿qué pasó

entre vosotros?

—Nos enrollamos una sola vez, antes de que se fuera. Sé que estuvo mal, horrible. No podría mirar a su mujer a la cara… Nunca más he vuelto a liarme con un tío casado.

—¿Estabas enamorada de él?

Bibiana lo miró; a pesar de estar hablando de algo que le provocaba tanto dolor, se sentía cómoda contándoselo a él.

—Supongo que no. Me gustaba. Reconozco que me costó reprimir las ganas de volver a hacerlo, pero ayudó que finalmente se fuera. Por supuesto, como ves, acabamos bien y mantuvimos el contacto. Pero él nunca se lo contó a su mujer, así que la mentira sigue pesando sobre mí.

—Todos nos equivocamos alguna vez. No serás la primera ni la última.

—¿A ti también te ha pasado?

—No, ya te he dicho que mi currículo amoroso es más bien escaso, por no decir penoso. Antes de lo de mi hermano tuve algún tonteo; cuando él murió, me sumí en una depresión gorda y creo que, hasta que entré en la Policía, nada de nada. En mi primer destino conocí a una chica, una compañera. Hicimos buenas migas y estuvimos un par de meses medio liados. Y hace poco estuve saliendo con una doctora, Nuria, pero apenas estuvimos seis meses juntos; eso sí, conservamos una buena amistad.

—No te creas que te gano por mucho. —Brindaron.

—En nuestra situación no es fácil. Si vamos a una discoteca, es en busca de drogas o algún pez gordo. Siempre pensando en todo menos en nosotros mismos.

—Pues cambiar eso sí que está en nuestras manos, Lasarte. —Bibiana puso su mano encima de la mesa y él comenzó a acariciarla.

Ambos sonrieron. Se dieron unos segundos para disfrutar de aquel momento, para sentir la atracción penetrar desde las terminaciones nerviosas de sus manos hasta sus pies. Bibiana miró el reloj. Lasarte tenía razón: el tiempo es oro, y nunca sabes cuándo se puede terminar.

AMENAZAS

La comisaria Sabela Cruz llevaba rato llorando. Asier había cerrado la agencia, despachado las citas pendientes y estaba allí a su lado, mientras leía por decimoséptima vez el tercer mensaje de aquellos desalmados: «Filtra a la prensa las citas sexuales de Abdul y las imágenes y vídeos de Mohammed. Que quede claro que eran unos depravados y no representaban al islam».

Unas horas antes había recibido la foto que le había enviado Bibiana, en la que se veía a Mohammed en actitud bastante liberal, por decirlo finamente. Alba estaba buscando aquel canal de YouTube y sabía que lo acabaría encontrando; tenía también a Donowa en Vigo, comprobando los pagos a aquel local de ambiente.

Después de pensarlo mucho, decidió hacer lo que le pedían; acudiría a Sebastián Abreu, un viejo amigo periodista que le debía un par de favores. Le dolía en el alma traicionar a los suyos y estropear la investigación, pero esos cabrones tenían a su *bambina*.

—Algo podremos hacer, no nos vamos a quedar cruzados de brazos. —Asier le leyó la mente.

—Poco más podemos hacer que seguir sus instrucciones. Tenemos a Morlán, es nuestra única esperanza.

—Pero ¿qué quieren esos locos?

—No tengo ni idea, pero tiene que ver con este caso.

—¿Para qué quieren que se sepa la vida sexual de esos dos hermanos?

—Uno era el imam de Granada y el otro el máximo responsable del islam en Galicia. Es la manera de ensuciar su figura ahora que ya no se pueden defender.

—Pues vaya mierda, ¿y eso qué les importa?

—Ojalá lo supiera, Asier. Todo está conectado; el problema es que no sabemos cómo. Tengo que ir a comisaría, si no la gente se extrañará. Tú quédate aquí. Si llega algún mensaje, te pones unos guantes, lo lees y me llamas. Y no le abras la puerta a nadie. Me basta con haber perdido a Lina.

Sabela bajó las escaleras intentando borrar las lágrimas que se habían instalado incansables en su rostro y salió a la calle; necesitaba respirar aire puro. Saludó a Rosa, la de la droguería, que subía la reja otra tarde más, esperando que fuera mejor que la anterior, y todas las anteriores desde que la gente tenía la maldita manía de comprar todo *online*, de perderse en los grandes centros comerciales o dejarse engañar por el Black Friday o el Blue Monday. También vio a unos peregrinos que sonreían a cada paso que daban, y sintió envidia. Entonces decidió dar un pequeño rodeo para pasar delante de la catedral y volvió a la escena del crimen, al lugar en el que habían dejado ya muerto a Abdul Sarrán… Y nada ni nadie parecía recordarlo. Allí la vida seguía como si nada, el mundo giraba a pesar de todo en la Plaza de la Quintana.

Pasó entonces por delante del Monasterio de San Martiño Pinario y ascendió unos metros hasta el Arco de Xelmírez. Le gustaba visitar al

gaiteiro que tocaba incansable, lo admiraba. Había personas que se dedicaban a alegrarle la vida a los demás; esas eran las que valían la pena. ¿Por qué a ella le había tocado toparse con seres tan viles en su vida? Estaba cansada. Quizá lo mejor fuese tirar la toalla, hablar con Urízar y contárselo todo…

Movió la cabeza en señal de negación; no podía poner en peligro a Lina. Estaba claro que había un topo entre sus compañeros y ya no se fiaba de nadie, así que iba a seguir a rajatabla todo lo que le pidieran los secuestradores de su hermana.

Volvió sobre sus pasos y caminó hacia la Alameda. Se sentía muy afortunada de haber pasado aquellos años allí, en pleno corazón de Galicia, en un lugar tan mágico; pero sabía que, de una manera u otra, aquello estaba llegando a su fin.

En aquel momento, oyó el timbre de su teléfono y contestó.

—Buenas tardes, jefa —saludó Alba—, tengo lo que me pidió. Hay dos vídeos de Mohammed Sarrán en esa página. Es una web árabe, he aislado las IP y he llegado al mismo resultado: emite desde España, más concretamente de Madrid.

—Eres una máquina. ¿Me has mandado los vídeos?

—Sí, para aclararte, se trata de una página de vídeos robados. ¿Lo entiendes?

—No, ¿a qué te refieres?

—Si tienes la cámara del portátil sin protección, te pueden grabar; es lo que le pasó a Mohammed. Grabarían cientos de horas y aprovecharían los momentos en los que el hombre se puso a meneársela ante la cámara.

—Pero eso es pecado para un musulmán, ¿no?

—A ver, jefa, para eso hay distintas voces, ya sabes. Pero, si te vale, te leo lo que dicen los expertos en el Corán: «la masturbación está mal (*makruh*) en el islam porque puede causar serios problemas de salud a largo plazo. Ahora bien, no está prohibida (*haram*), ya que no hay una decisión específica en el Corán que la prohíba. La mejor solución para evitar la masturbación es el matrimonio. Sin embargo, no todo el mundo puede tener los medios para casarse o conocer a la persona con la que desea hacerlo. El Dios Todopoderoso decreta que todos los musulmanes vivan en la continencia hasta que se casen».

—Vamos, que no se mojan mucho, por lo que veo.

—Lo dejan un poco a gusto del consumidor. Pero supongo que, si estos vídeos salieran a la luz y teniendo en cuenta quién era el protagonista, se montaría un buen revuelo.

Sabela cerró los ojos y sintió un dolor intenso; era el de la traición que estaba cometiendo hacia sus compañeros.

—Muchas gracias, Alba. Llámame para lo que haga falta, estaré en comisaría.

DONOWA

El agente Donowa llevaba tres años destinado en Compostela. Antes, sin embargo, había estado bajo las órdenes del comisario Patiño; en Vigo había aprendido todo lo que sabía.

Al llegar a la ciudad, dejó el coche en el *parking*, subió y giró 180 grados; a un lado vio cómo Urzáiz subía infinitamente, y al otro vio Príncipe, donde haría su primera parada. Se sentía feliz de volver, de pisar otra vez aquellas calles. Eran casi las cinco y se sentó en la parte de arriba de la cafetería de la sede del Celta. Al poco tiempo, vio llegar a su antiguo compañero de la comisaría de Vigo, Franky, y le hizo una seña para que subiera.

—¡Benditos los ojos! —exclamó Donowa mientras se fundían en un abrazo—. ¿Qué tal todo por aquí, amigo?

—Bien, los problemas de la ciudad, pero lo vamos llevando. Salgado te manda recuerdos.

—¿Y Rocío?

—Está en una operación de esas secretas, en Madrid. De momento la cubre Maté. —Franky puso cara de resignación.

—¡Joder, pero si era un pringado!

—Sí, no veas lo que ha cambiado. De todas maneras, es temporal; desde que Patiño se jubiló hemos estado con Rocío y, la verdad, mejor que nunca.

—Es una buena jefa.

—Es una buena persona, de las mejores que conozco. Y bien, aquí tienes lo que me pediste. Los informes de ese antro.

—¿Antro?

—Sí, claro, ¿o creías que era el Teléfono de la Esperanza? Está a nombre de Marco Bonucci, alias Bono, en la calle Churruca, no tiene pérdida.

—Entonces, los pagos de…

—A ver, el local no tiene licencia para hacer servicios a domicilio. Son pagos hechos por tarjeta y a distancia, con dos IP distintas, eso lo comprobamos; pero no sabemos realmente qué es lo que pagó Abdul.

—O sea, que solo hay una manera de saberlo.

—¿Necesitas que te acompañe?

—No, para estas cosas dos son multitud. Me pasaré cuando abran y les pediré ayuda; tampoco creo que les interese que esto se sepa ni que los relacionen con la muerte de ese hombre.

Franky volvió a abrazarlo y recordaron juntos viejos tiempos antes de despedirse.

Cuando Donowa llegó a aquella dirección de la calle Churruca, vio que la verja estaba medio abierta. Llamó igualmente para hacerse notar y oyó una voz a lo lejos.

—¡Cerrado! Abrimos a las siete.

Sacó la placa y entró, esperando a que el camarero hiciese acto de presencia. Una chica se acercó con el trapo entre las manos.

—Disculpe. Soy el agente Donowa, de la Policía, busco a Bono.

Ella sonrió y le señaló un taburete en la barra.

—Está a punto de llegar. Siéntese, le serviré algo. ¿Qué le apetece?

—Una sin alcohol, por favor. Y gracias; normalmente no nos reciben con tanta amabilidad.

—Eso es porque no tenemos nada que esconder, caballero.

Esperó a que le sirviera la cerveza y atacó.

—Quizá usted pueda adelantarme algo. ¿Lleva mucho tiempo trabajando aquí?

—Sí, casi tres años.

—¿Es normal que la gente les haga pagos desde el domicilio?

—Sí, no es lo habitual, pero si contratan una fiesta, un cumpleaños, despedida de soltero o cualquier tipo de celebración, todos esos servicios se pagan de forma anticipada.

—¿Temas de prostitución?

A la joven le cambió la cara, apoyó las manos en la barra y lo miró seria.

—Aquí de eso no hay nada; cada uno es libre de hacer lo que quiera, pero jamás cobramos por servicios de sexo.

—Disculpe, no le he preguntado su nombre.

—Me llamo Clara.

—A ver, Clara, ¿sería capaz de describirme los servicios que presta este local?

—Es un garito de convivencia, o así lo llamamos. Suele venir gente de todos los colectivos LGTBIQ+, pero es verdad que predominan los gais. *Musiqueo*, más bien ochentero; sesiones de DJ y conciertos en directo. También tenemos zona VIP y reservados, pero ya le digo:

aquí nadie paga por sexo; cada uno hace lo que le apetece, y sin pasarse. Tenemos dos de seguridad que se encargan de que no ocurra nada ilegal.

Donowa buscó en su móvil la foto de Abdul.

—¿Reconoce a este hombre?

—No, pero se parece mucho a una chica que venía por aquí.

—¿Una chica?

—Sí, agente, un travesti; un hombre vestido de mujer. Se hacía llamar Sade.

Donowa lo apuntó en su libreta. En ese momento, un tipo de unos treinta años abrió la verja y pasó; era Bonucci. Clara los dejó solos.

—Le estaba preguntando a la chica por esta persona. —Volvió a enseñarle la foto de Abdul.

—Sí, ese es… Bueno, nunca lo había visto así, pero es Sade. Ya se lo dije a su compañero el otro día.

—¿Ya le habían preguntado por ella? —dijo sorprendido.

—Sí, un imbécil que me dieron ganas de sacarlo a hostias.

Donowa le enseñó otra foto, esta vez se trataba de Ibrahim. Bono asintió.

—Sí, era este.

—A ver, Bono, es importante que haga memoria. ¿Recuerda exactamente el día y la hora?

—Pues debió ser el mismo día que llamó Sade para contratar la zona VIP, por la tarde. No era de aquí, parecía andaluz, y estaba de muy mala leche; fue muy desagradable y tenía un odio tremendo hacia el colectivo. Me preguntó si aquí se juntaban «maricas de mierda, desviados y otro tipo de fauna» y yo le conté lo mismo que

a usted, pero sin invitarlo a la cerveza, ojalá se hubiera atragantado el muy hijo puta.

Donowa sabía que la presencia de Ibrahim no era una casualidad.

—Volviendo a la chica, Sade, ¿qué más me puede contar de ella?

—Viene habitualmente, es una de las más conocidas de la sala, la verdad. No da problemas: bebe, baila y disfruta; nada más. No tengo nada malo que decir de ella.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—Hace unos cinco días, esa misma tarde me llamó y me pidió que le reservara el salón VIP, supongo que esperaba compañía. No era la primera vez, así que se lo preparamos; pero no apareció.

—¿Sabe quién era esa persona a la que esperaba?

—No, la verdad, y tampoco quiero saberlo. Son servicios privados, nosotros no nos metemos.

—¿Estos pagos que ve aquí reflejados son por el uso de la zona VIP? —Le enseñó la lista que le había facilitado su jefa.

—Sí.

—Entiendo que no incluyen ningún servicio sexual.

—No, en absoluto. Además en este caso era ella la que invitaba a quien quería, nosotros solo cedíamos la sala.

—Entiendo. —Donowa levantó mucho las cejas y se dispuso a darle el último trago a la cerveza.

—No, no lo entiende, agente. Ustedes los heteros se creen que el mundo gira a su alrededor, que no hay normas más allá de las suyas, y todo lo que se aparta de su camino lo ven como una depravación. Estoy seguro de que hoy vino aquí pensando que encontraría drogas, orgías y proxenetas, cosa que no pensaría si se dirigiera a un local hetero.

—Bueno, está claro que hay unos prejuicios, no se lo voy a negar.

—Pues, como ve, aquí está todo muy limpio, por dentro y por fuera; nos gusta la pluralidad y entra cualquiera, siempre que lo haga con educación. Me da igual si el que pasa esa cortina es gay, lesbiana, trans o hetero. Lo único que me importan son las personas, y le aseguro que he encontrado a las mejores fuera de lo que ustedes consideran «normal».

—Supongo que aún nos queda mucho por avanzar, señor Bonucci, y me incluyo.

Donowa suspiró, creía saber por qué Abdul Sarrán no había ido a aquella fiesta privada: el hombre que lo buscaba no era otro que su cuñado, y aquello no pintaba nada bien.

EN POPA

El 23 de octubre de 1998, navegábamos de nuevo hacia las islas Bijagós, y el destino quiso que el capitán me invitara a compartir el ocaso junto a él. El gran pirata y asesino de Ansumane Mané acababa de saber que este había firmado un armisticio con Bernardo Vieira.

—¿Sabes, Helio? Creemos hacer siempre lo correcto, dar los pasos adecuados, y al final nos equivocamos una y otra vez. —Cuando me ofreció vino de palma, una de las bebidas más populares de las Bijagós, pensé que había gato encerrado.

—Supongo que es parte del camino, caer y levantarse una y otra vez.

—A todos nos llega nuestro final. Lo supe en cuanto te vi. Pude haberte matado, pero no sería digno de mí. —No supe qué contestar, palpé mi daga y le dejé que siguiera hablando—. Alá me castiga, y lo comprendo. Seguramente no soy digno de él. Entré en esa isla lleno de odio, no quiero excusarme, pero tenía unas órdenes claras de nuestro presidente. Ahora veo que fue un error.

Me envalentoné, no había excusa para lo que él había hecho.

—Mataste a gente inocente, hombres y mujeres como tú o como yo, a compatriotas. ¿Es que las religiones no pueden convivir en paz? —No me contestó; se limitó a afirmar mirando al infinito mientras veía cómo el sol caía—. Ahora cuéntame qué le hiciste a mi familia. Eran una mujer y una niña, Oriana y Oliva, que vivían en una casa a unos trescientos metros del embarcadero.

Fue un momento de tensión. El capitán no dejaba de mirar al infinito.

—Las recuerdo. Tu mujer era hermosa y con carácter. Íbamos hasta arriba de coca, acabábamos de escuchar el discurso de Mané y nos volvimos locos. Sé que ella se puso violenta defendiendo a tu hija y Elkar le dio un golpe que la dejó inconsciente. Luego, bueno, no sé si quieres oírlo.

—La violasteis —afirmé sin poder aguantarme las lágrimas.

—Lo hicimos, al menos seis. Al terminar, tu mujer no se movía, así que quemamos la casa con ella dentro.

Saqué la daga, aquel hombre merecía morir. Él se levantó y se acercó a la aleta de babor.

—Espera, ¿no quieres saber si tu hija está viva?

—Mi hija murió con su madre en aquella casa de Formoso.

Lo vi negar a pesar de que la luz ya era escasa.

—Tu hija está viva, Helio, quédate con eso. Es pequeña, dentro de un par de años no recordará este infierno y vivirá bien, mejor que tú o que yo.

—Dime dónde está.

—Puedes matarme si quieres, porque no te lo diré. —Rio a carcajadas—. Bueno, creo que eso ya lo ibas a hacer. Para eso te embarcaste, ¿verdad, Helio?

—Es lo que te mereces.

—No te digo que no. Quise que el destino decidiera cuando os hice luchar a Elkar y a ti, y escogió muerte.

Lo agarré por los ropajes y lo levanté unos centímetros.

—¡Dime dónde está mi hija! Quiero recuperarla.

—Suerte, Helio.

Me empujó y no me dio tiempo a pararlo. Lo vi correr y tirarse por la borda del Maliki. El mar se lo comió y con él mis esperanzas de volver a ver a mi hijita con vida.

CADENA DE VIDA

Alejandra había entrado en la sede de El Deseo como un elefante en una cacharrería. Todos la conocían, así que tenían manga ancha con ella. Llegó al despacho de su hermana y le hizo un gesto claro a su secretario. Cuando entró, Dulce cortó la llamada que estaba manteniendo y se sentó frente a ella.

—¿Qué coño haces?

—Me vas a contar de qué va todo esto con pelos y señales, o te prometo que te denuncio a la Policía. Y ya me estás diciendo qué hacía aquí Augusto.

Dulce contó hasta tres, respiró y comenzó a hablar.

—Le propuse hacer un viaje y ha aceptado. Son negocios, Alejandra, algo de lo que tú no tienes ni idea.

—No la tengo porque no compartes nada conmigo; quizá si lo hicieras las cosas cambiarían.

—Ven conmigo, anda, quiero enseñarte algo.

Se montaron en el ascensor y Dulce insertó una llave especial. Al girarla bajaron hasta los sótanos. La puerta se abrió y ante ella aparecieron unos pasillos muy blancos. Recorrieron casi cien metros

en los que Alejandra solo podía abrir la boca asombrada. Ante ella se sucedían pequeños despachos y una infinidad de salas cerradas.

Al llegar al final, había dos puertas correderas con la señal de prohibido el paso. Dulce la invitó a entrar. Tras una gran cristalera a ambos lados se sucedían lo que parecían quirófanos. Se situó frente a uno y, por fin, fue capaz de articular palabra.

—¿Qué es todo esto?

Dulce le puso la mano en la cintura.

—El hospital Fernando Romay.

Una lágrima traicionera se instaló en los ojos de Alejandra. No era capaz de reaccionar al escuchar el nombre de su padre.

—Era la sorpresa que tenía preparada para ti. Tú serás la directora de la fundación. Son casi dos mil metros cuadrados divididos en dos plantas. Aquí podremos realizar operaciones de todo tipo, me ha costado conseguir las licencias, pero ya está en marcha.

—¿Un centro privado?

—Mucho más que eso, hermana. Un hospital para los que no pueden esperar meses por una operación, incluso para los que no pueden pagarla; de eso es de lo que tú te encargarás. Hasta ahora teníamos un convenio con todos los centros privados de Madrid; no te voy a engañar, hacíamos todo tipo de trasplantes, pero éramos solo los mediadores. Conseguíamos lo que nadie podía y salvábamos vidas.

—¿Cuál será mi cometido?

—Te encargarás de seleccionar a aquellos que no tienen recursos y necesitan una operación con urgencia. Miles de personas mueren al año en España por no operarlos a tiempo. Ahí entras tú. El objetivo será cubrir los gastos, pero somos conscientes de que habrá

pérdidas, así que necesitaremos que te vuelques en tu labor de embajadora, buscando financiación, empresas dispuestas a colaborar; nadie mejor que tú para honrar la memoria de nuestro padre.

Alejandra estaba realmente emocionada, no esperaba aquello.

—Y Augusto, ¿entra dentro de ese plan?

—Le he ofrecido operarse a cambio de un viaje a Galicia. Sé que no puede pagar la intervención, pero hay algo que puede hacer por nosotros. Es una cadena de vida, todos salimos ganando.

Morlán farfulló al otro lado de la línea. Qué lista era la cabrona, una cadena de vida; una puta cadena de vida. No tenían nada y acababa de perder a su única baza, Alejandra. Oyó un ruido y supo que también había perdido la conexión, quizá la última esperanza de encontrar a Lina con vida. Si Alejandra se iba de la lengua, todo su plan se vendría abajo. Solo le quedaba una bala, y sabía que iba camino de Galicia.

NEGRO SOBRE BLANCO

Sabela seguía en comisaría. Después de saber por Morlán de la operación de blanqueo de El Deseo, también era consciente de que había perdido una de sus últimas bazas para encontrar a su hermana, así que solo le quedaba Augusto Vilela.

Le había mandado el correo a Sebastián Abreu con los vídeos de Sarrán, cumpliendo con las amenazas de aquel grupo de locos. Al día siguiente, las ediciones digitales y en papel del *Faro de Vigo* abrirían con la noticia y aquello sería un polvorín.

Donowa venía de camino tras descubrir en Vigo el travestismo de Abdul Sarrán, sus fiestas VIP y, lo más importante, que Ibrahim había estado en la ciudad olívica preguntando por él. Ahora ya no tenía duda de que el cuñado de los Sarrán era el secuestrador de su hermana. Lo que no esperaba era que la comisaria Rocío Castelo, punta de lanza de la operación en Madrid, la llamase. Y es que mentir a una compañera le costaba, pero hacerlo a una amiga le causaba un pesar terrible.

—Buenas tardes, Sabela, ¿cómo estás?

—Bien, ¿te ha llegado mi correo?

—Sí, ya he visto que podemos situar a Ibrahim en Galicia. En cuanto a los vídeos, he estado hablando con Alba y somos capaces de situar el origen en Madrid, pero sin ninguna dirección particular, así que no podemos relacionarlos con El Deseo. Esto es un callejón sin salida.

—¿Con lo que tenéis no podríais pedir un registro? —Sabela quería agarrarse a un clavo ardiendo.

—Lo único que podemos demostrar es que ejercían como intermediarios entre dos partes. Son demasiado listos. Solo podríamos acusarlos de comercio ilegal, y con la cantidad de abogados que tienen nunca acabarían en la cárcel.

—Parecen intocables.

—Cuanta más pasta, más difíciles son de pillar, por eso necesitamos tener todas las cartas sobre la mesa. Llevamos meses detrás de ellos, años en el caso de la policía argentina, y siempre que estamos a punto de cogerlos ocurre algo.

—Como lo que me contaste de ese político. He leído las noticias, dicen que se ha suicidado.

—Justo cuando estaba dispuesto a confesar la verdad. ¿Tú te lo crees? Ese hombre me contó que tramaban algo en su sede, que estaban haciendo una obra faraónica, algo que pudimos constatar. Tienen todos los permisos en regla y se supone que están construyendo un hospital privado. Ya te imaginas quién les ayudó a conseguir esas licencias y a cambio de qué, pero me temo que no será solo eso.

—¿Favores?

—Uno de los hijos de este político tenía un problema congénito desde muy pequeño y el tratamiento costaba un dineral. Ya sabes

cómo se lo cobraron. Pero nada queda registrado, así que necesitamos testimonios; y aun así sería la palabra de unos contra la de otros. No sé si estoy perdiendo el tiempo aquí, Sabela.

—No lo haces, seguro que acabarás dando con la tecla, esto va a explotar de un momento a otro.

—¿Has hablado con Urízar del tema del sarín?

—Esta tarde no lo he llamado, he estado muy liada.

—Sabemos que un barco salió de Aguiño la noche en que mataron al guardia. Le han seguido la pista y su dirección era Guinea-Bisáu. De la mercancía no hay ni rastro.

—Gracias por llamar, Rocío, estamos en contacto para lo que pueda surgir.

—Descansa, que pareces agotada.

Colgó con una congoja tremenda en su interior; por un lado, le afectaba tener que mentir y, por otro, pensar que era posible que hubiese dejado a un sospechoso libre.

LA UNIÓN

Bibiana decidió acabar el día junto a Morayma, tal y como había hecho la noche anterior, solo que esta vez lo haría en un piso protegido. Le dijo al policía de la puerta que ella se encargaría esa noche de la vigilancia.

Golpeó la puerta tres veces, era la contraseña convenida. Cuando la pequeña de los Sarrán abrió, Ana la miró con detenimiento por primera vez y se dio cuenta de que era una mujer bellísima; ni siquiera se había fijado en que era todavía más morena de piel que ella, y mucho más que sus hermanos. Levantó la mano en la que traía la bolsa de comida para enseñársela.

—Espero que no hayas cenado.

—Y yo que no compraras cerdo; feminista sí, pero tampoco me paso por el forro todos los preceptos del islam. —Ambas rieron.

—Para ti, pollo. Para mí, ternera. Y patatas, por supuesto. ¿Algún problema con los refrescos capitalistas? —Ella negó con la cabeza y se sentaron—. Esta tarde hemos encontrado algunas cosas de tus hermanos y prefiero que lo sepas por mí: hay un par de vídeos robados de Mohammed masturbándose y también tenemos constancia de que Abdul se travestía en Vigo.

No pareció extrañarse demasiado.

—Ojalá yo fuese tan valiente como ellos. En el fondo estaban haciendo lo que querían y eran felices. ¿Acaso nadie se masturba? ¿Cuál es el delito, que te pillen? Espero que a mí no me hayan puesto cámaras, sino tendrían para rellenar horas de metraje.

—Pero el Corán no es muy claro en ese tema.

—Lo es, lo que pasa es que quienes lo interpretan no lo son tanto. Y mucho menos los que escuchan de oídas, entre ellos los cristianos.

—Dime una cosa, ¿hay tanta diferencia entre nosotros?

—Entre nosotras no, desde luego. Fíjate, hasta tenemos un tono de piel parecido. Tú debes ser carne de solárium. —Rieron de nuevo.

—No, mi padre es mulato. En la mezcla con mi madre ganó él de calle.

—Pues míranos: una gallega morenita y una granadina musulmana, estamos mucho más cerca de lo que nuestras religiones quieren.

—Yo es que más bien soy agnóstica.

—Seguro que de pequeña te llevaron a misa y todas esas cosas.

—Sí, y al catecismo, pero el cura me miraba mal por mi color de piel y acabé dejando de ir.

—Al menos tus padres te dejaban elegir.

—Mi madre, porque mi padre escapó cuando supo que ella estaba embarazada; es una larga historia. Hace dos años volvió a aparecer en mi vida.

—Aprovéchalo. Yo me crie sin padre porque murió cuando era muy pequeña y ni siquiera tengo un recuerdo de él; ni una foto juntos, nada. Ojalá lo hubiera conocido. Como en tu caso, solo me dejó en herencia el color de su piel. Y mi madre se fue consumiendo

en vida, así que mi educación fue cosa de Fátima y de mis hermanos.

Las palabras de Morayma llenaron el corazón de Bibiana, tanto que en ese momento ya no le parecía tan mala idea volver a ver a su padre al día siguiente.

—La vida son dos días, inspectora. Tenemos que aprovecharla al máximo.

LA PRENSA

DÍA IV

El día anterior se había acostado con el convencimiento de que no podría dormir demasiado, y sus presagios se cumplieron cuando el teléfono sonó…

—¿Has leído la prensa? —El tono de Urízar era de cabreo supino.

—Buenos días, jefe, aún no me he levantado.

—Joder, Sabela, esto es un puto desastre. ¿Cómo coño se han enterado de lo del travestismo de Abdul? ¡Puta mierda!, ¡que estamos hablando de algo que salió a la luz en la tarde-noche de ayer! ¿Y las imágenes de los vídeos de Mohammed? Dios, de verdad, de esta me echan, y con razón.

Mientras lo escuchaba despotricar, abrió su portátil y buscó la página del *Faro de Vigo*. Tenía razón: aquello era un desastre, uno que ella había provocado.

—¡Joder! Está claro que tenemos un topo y está muy adentro —afirmó Sabela. Le dolió en el alma engañarlo, pero no podía decirle que había sido ella, su hermana seguía en peligro.

—Me he puesto en contacto con el periódico y me han dicho que ha sido una llamada anónima. ¡Y una mierda! Me fío yo menos de los plumillas que de mi abuela en bañador. Estoy hasta los cojones.

Le he dicho a Alba que los investigue a todos, los que están en Granada, los que se quedaron en Compostela… Quiero sus llamadas, sus correos electrónicos, sus mensajes de WhatsApp… ¡Quiero saber cuándo fue la última vez que fueron a cagar! Ya no me fío de nadie… En una hora, reunión del equipo y no quiero excusas.

Colgó sin despedirse. Sabela se volvió a meter en cama y se cubrió con la sábana, quería desaparecer para siempre, pero no podía; ella era la comisaria, la que encabezaba aquella investigación y la única esperanza de recuperar a su hermana con vida.

Se levantó y se metió en la ducha. Dejó que el agua hirviendo le recorriera el cuerpo y la purificase por fuera, ya que por dentro nada lo podría hacer; sabía que, pasara lo que pasara, estaba perdida.

¿Qué pensaría ahora su padre de ella? Volvió a llorar al recordarlo, mezclando sus lágrimas saladas con el agua dulce. Él le había enseñado a jugar, a descubrir los mensajes ocultos, a saber salir airosa de cada situación… Gracias a él, ella era comisaria. Había ganado demasiadas batallas a hombres para acabar muriendo en el fango.

Se vistió, escogió para la ocasión el vestido azul que su hermana le había regalado y una chaqueta de cuero. Miró el teléfono, tenía varias llamadas perdidas de Asier; cuando estaba a punto de contestarle el corazón se le paró: otro sobre negro bajo la puerta la estaba esperando.

LA BÚSQUEDA

En el Maliki nadie supo qué le había pasado al capitán Suma, pero estaban más preocupados por quién tomaría su relevo. Yo me hice a un lado hasta que llegamos a las Bijagós y allí desaparecí; conocía bien las islas y sabía que aquellos corsarios no me echarían de menos.

Ahí comenzó mi búsqueda. Pregunté a todo aquel que seguía vivo. No podía ser tan difícil ver a una niña de cuatro años salir de la mano de aquellos piratas, pero parecía que se la había tragado la tierra. Empecé a desconfiar de la palabra del capitán Suma; en el fondo, no era más que un hombre sin honor.

Aquello hizo que mi odio creciera sin control y acabé tomando contacto con otros hombres como yo, que despreciábamos a los sunitas y la religión que defendían porque, si habían sido capaces de perpetrar aquel horror, no merecían que nadie los siguiera. Fue así como nos unimos a los Kahane Chai, un grupo extremista israelí.

Los primeros años, mientras yo seguía buscando a Oliva en vano, solo nos dedicábamos a charlas, arengas y deseos de revolución, como un grupo de amigos con ideas afines. Sin embargo, nuestro grupo fue creciendo y, casi sin darme cuenta, se convirtió en una

facción armada. Nuestros objetivos no eran otros que los árabes, sobre todo los sunitas, y entre ellos los palestinos. Así, acabamos instalados en Hebrón, al sur de Jerusalén.

Fue allí cuando volví a ver a Sulaiman Al Yashir, saliendo de la mezquita Ibrahimi. Nos saludamos y vi la desconfianza en sus ojos. Era normal, en el fondo, y a pesar de nuestra amistad, nuestras posiciones estaban enfrentadas.

—Me enteré de que dejaste muy pronto el Maliki —dijo él a modo de saludo.

—Me di cuenta de que lo mío no era navegar matando gente. Lo único que sé hacer es pescar —respondí.

—Qué casualidad que justo fuera en el viaje en el que el viejo Suma murió. Aunque, si te digo la verdad, era algo que todos estábamos deseando.

Vi un resquicio de luz, lo conocía, sabía que había una posibilidad de que supiera algo de Oliva.

—Sulaiman, quizá puedas ayudarme. Busco a mi hija, se llama Oliva. Suma y los suyos se la llevaron de Formoso.

Se quedó en silencio unos instantes, valorando sus opciones.

—Y ¿qué gano yo, Helio?

—Si me ayudas, puedo darte información de los Kahane Chai.

Sabía que, para alguien como él, que se movía y se lucraba con la información, lo que yo sabía era oro puro. Me la jugaba porque él también podía engañarme, pero era mi única baza.

—Conozco a alguien que estuvo con él en Formoso. Ven mañana a esta misma hora y te daré la información que pides.

Aquella noche no pude dormir. Podía ser una trampa, pero si había una mínima posibilidad de que mi hija estuviese viva debía

jugármela. Tendría que traicionar a aquellos que me habían dado cobijo, pero mi hija valía más que todo eso.

Al día siguiente, Sulaiman estaba allí, tal y como había prometido. Me dio la mano, metió un papel en ella y me la cerró.

—Estos son los nombres del barco en el que se llevaron a tu hija y también de su capitán. Búscalos y sabrás a dónde fue a parar. Ahora quiero lo que me has prometido.

Le conté todo lo que sabía. Poco me importaba ya, porque yo salí corriendo dispuesto a encontrar a mi hija, costase lo que costase.

LÁGRIMAS

Cuando Bibiana se levantó, Morayma estaba en el salón llorando. ¿Qué había pasado esa noche? Recordaba que habían bebido y hablado mucho, quizá demasiado. Se echó las manos a la cabeza e intentó incorporarse.

—¿Qué te pasa?

Ella no contestó, solo le pasó el móvil. Entonces vio una imagen del vídeo de Mohammed en portada. También habían conseguido fotos de Abdul, era un desastre en toda regla.

—¡No me jodas! ¡Vaya mierda!

—¿Por qué han publicado todo esto? —Morayma seguía llorando desconsolada.

—Siento que la prensa se haya enterado; ya sabes lo que les gusta la carroña.

—No es justo, Ana. Ellos eran buenas personas, almas caritativas y bondadosas, no se merecían ese final.

La cogió entre sus brazos y le besó la frente. Tenía un sentimiento fraternal difícil de explicar, le dolía su sufrimiento.

—Está claro que tenemos un topo y yo no soy, pero no me atrevo a desconfiar de nadie. Tranquila, la verdad acabará saliendo a la luz.

—¿Cuándo? ¡Ni siquiera hemos podido despedirlos todavía! Ahora nos escupirán por la calle.

Bibiana le cogió el mentón con las manos y la miró.

—¿No me dijiste que eras una luchadora?, ¿que además de musulmana eras feminista?, ¿que peleabas por las minorías? Pues no te vengas abajo ahora. Es el momento de demostrar que nada de lo que hacían tus hermanos está mal y que solo expresaban su sexualidad; que no hacían daño a nadie, y menos a Alá.

—Sé que tienes razón, pero no sé cómo hacerlo.

—Deja que pase la marea, en cuanto baje y todo se calme quizá esto sirva para algo. Tus hermanos dejaron algo a medias, ¿recuerdas? Alguien tiene que terminar su trabajo. —Morayma sonrió por primera vez. Bibiana continuó—. Yo ahora tengo que marcharme y coordinarme con mi gente, que esto va a traer cola. Tú no te muevas de aquí; volveré dentro de un rato, bajaremos a tomar un café y charlaremos, te lo prometo.

No estaba segura de poder cumplir su promesa, pero debía intentarlo. Bajó los escalones del piso y saludó a los dos agentes del turno de mañana. Cuando estaba llegando a la calle, le entró una llamada.

—Buenos días, protectora —dijo Villegas—; ya veo que no te fías ni de los nuestros. Tenemos la orden para registrar la casa de Ibrahim, te veo allí en diez minutos.

—Muy bien, allí nos vemos.

Era un pequeño paseo andando desde la carrera del Darro hasta la placeta de Porras, así que prefirió no coger el coche. Llevaba encima todo lo necesario; lo único que echaba de menos era darse una ducha y cambiarse, pero ya habría tiempo. Aún tuvo que

esperar unos minutos a que llegasen Villegas y el resto del equipo con la orden. Mientras, Bibiana se encargó de hablar con Fátima y tranquilizarla.

—¿Sabe algo de su marido?

Negó con la cabeza y la inspectora notó la preocupación en su rostro; ya no estaba tan segura de su regreso.

Una hora después, volvían a comisaría con el portátil, varios USB y carpetas con recortes e información.

—Por no tener no tenía casi ropa, ese hombre era un fantasma —confirmó Villegas.

—Da gracias de que se haya dejado el ordenador; hoy en día cualquier persona tiene más ahí dentro que en el resto de su casa.

—No tienen ni Internet, Ana. No sé lo que nos vamos a encontrar.

—Hay una cosa clara: si Ibrahim estaba en Galicia el día de la muerte de Abdul y demostramos que lo mató, sería imposible que hiciera lo mismo con Mohammed.

—Lo tenía todo pensado: esa mañana estuvo en la mezquita visitando a su cuñado, después cogió el camión y llegó a Galicia a última hora de la tarde, fue al local de Bono y preguntó por Abdul creyendo que lo encontraría allí. Al no hacerlo, seguramente fue a su casa y allí lo mató.

—¿Y le quitó los órganos? No me jodas, Villegas, no me cuadra. No veo a Ibrahim haciendo todo eso.

—¿Qué piensas tú?

—Que tanto él como el que mató a Mohammed son unos títeres y que los que mandan los están usando a su antojo para salir impunes de esto; pero como me llamo Ana que no será así.

—Hay torres que es peligroso derribar, compañera. —Villegas apartó la mirada, cosa que no era habitual en él.

—No pienso quedarme de brazos cruzados, Adolfo. Primero encontraremos a los culpables y después limpiaremos el nombre de los hermanos Sarrán, cueste lo que cueste.

—Esta sociedad no está preparada para la diversidad. ¿Es que no te acuerdas de la época del colegio? ¿A quién se puteaba siempre? No creo que nada de eso vaya a cambiar. Lo llevamos muy dentro.

—No cambiará mientras nosotros no lo hagamos o mientras los que tenéis hijos no los eduquéis en el respeto. Conformarse es de cobardes y yo no pienso hacerlo.

—Pues vete preparando; en unos minutos tenemos reunión con el jefe.

LA ALHAMBRA

La bronca había sido de las que hacen época, y no era para menos; uno de ellos o bien se había ido de la lengua, o era un miserable topo… o los que habían filtrado las fotos eran los mismos que los habían asesinado. Lasarte sabía que él no había sido, y estaba seguro de que Bibiana tampoco; sí desconfiaba de Luzón, pero no tenía pruebas.

Urízar los había enviado a revisar otra vez la escena del crimen de Mohammed. No encontraron nada nuevo a lo que agarrarse y Ángela le sugirió visitar la Alhambra en busca de una inspiración que no tenían. Solicitaron la autorización esgrimiendo su placa y entraron. Recorrieron las murallas, los patios, y se pararon en la Sala de los Abencerrajes, muy cerca del Patio de los Leones.

—Esto es espectacular —afirmó él—. Aquí es donde mataron a los antepasados de los Sarrán, ¿no?

—Sí, y por eso esta sala es la de los abencerrajes, en honor a aquellos treinta y seis que murieron aquí degollados. Dicen que aún se pueden ver manchas de sangre en el suelo.

—¿Crees que aquellos crímenes tienen algo que ver con los actuales?

—No lo creo, sobre todo porque han vuelto a morir los mismos. Si me dices que algún descendiente de Boabdil o Muley Hacén hubiese muerto, podríamos planteárnoslo, pero los Sarrán son una familia de mártires, otra vez.

La lámina de agua actuaba ante ellos como un espejo, reflejando las maravillas arquitectónicas del palacio nazarí.

—Es curioso que le hayan puesto a la hija el nombre de la sultana Morayma.

—Ya te dije, Martín, que es un nombre bastante normal entre los descendientes musulmanes.

El recinto comenzaba a llenarse de gente y de guías, así que se dirigieron hacia el Patio de Comares. El aire les dio en la cara y con él el aroma de los mirtos situados a ambos lados de la alberca. El reflejo del palacio en el agua lo convertía en un lugar de ensueño.

—Es admirable todo lo que hicieron; no me quiero imaginar todas las horas e incluso vidas humanas que tuvo que costar levantar esto —afirmó Lasarte.

—Al menos no lo destruyeron los cristianos en la Reconquista. Lo único que hicieron fue dejar su marca. —Le señaló las campanas de la Torre del Homenaje o el Palacio de Carlos V.

—Ya te entiendo, siempre más alto.

—Exacto, y eso que el palacio de Carlos V está inconcluso; pero aun así se eleva más que el resto de los palacios nazaríes.

—No hemos cambiado mucho: ahora se trata de ver quién la tiene más grande; antes, quién llegaba más arriba. Nuestra ignorancia es similar.

—Mira esta inscripción que se repite en toda la Alhambra —señaló Luzón—. ¿Te suena el dibujo? Aquí pone «*Wa-lā gālib illà Allāh*», es

decir: «No hay vencedor, sino Alá». Era el lema de la dinastía nazarí, el mismo mensaje que apareció junto a Mohammed y que Helio asegura haber escuchado a aquel asesino en Aguiño.

—No sé, inspectora, hay cosas que no me cuadran. Creo que en este caso no estoy siendo muy útil, la verdad. Normalmente desvelo enigmas, pero es que aquí nada parece tener sentido.

—Aunque el tiempo pase, siempre lo acaba teniendo. No te desesperes, esa es la clave.

Caminaron hacia la salida.

—¿Crees que todo lo que ha salido de los hermanos Sarrán en prensa afectará a la convivencia en la ciudad? —preguntó Lasarte.

—Lo hará, sin duda, y para mal. Ya viste lo que pasó ayer. Ahora todos los fundamentalismos creerán que Granada era Sodoma y Gomorra, y la extrema derecha estará en su salsa. Al final todos tendrán el mismo enemigo: las minorías, y ya sabes qué va a pasar.

—Irán a por ellas.

—Exacto. El que lo hizo sabía lo que iba a provocar. Para mí, la finalidad está bastante clara. En estos momentos se están formando dos bandos y la opinión pública se está posicionando con los más fuertes.

Lasarte sabía que esclarecer el caso solo cambiaría la percepción de unos pocos, el daño ya estaba hecho; las redes sociales eran capaces de encumbrar y llenar de fango a la misma persona en cuestión de segundos.

ESTACIÓN DE SERVICIO

Augusto Vilela había parado a repostar en una estación de servicio muy cerca de Lugo y de paso había sentido la necesidad de estirar las piernas y tomarse una cerveza. Desde que había recibido aquel sobre en El Deseo, tenía una desazón en el cuerpo imposible de disimular. Además de un contrato de confidencialidad y el compromiso de efectuar la tarea encomendada, solo tenía una dirección y un consejo de Dulce: «Ten paciencia, nada es lo que parece»; ella no había querido decirle nada más.

Sintió la vibración de su móvil y vio el nombre de Morlán en la pantalla; tenía que contestar.

—Buenos días, Ernesto, ¿cómo estás?

—Buenos días, ¿por qué no me llamaste antes de salir? ¿Al final esa bruja te dio el viaje?

—Sí, estoy de camino a Galicia, tengo que recoger una mercancía y traerla de vuelta a Madrid. Ya he hablado con Rocío y actuarán en cuanto lleguemos de vuelta a El Deseo. —No le gustaba una mierda mentir y seguía teniendo algo que le reconcomía por dentro; era una sensación de desasosiego permanente.

—¿De qué se trata el transporte?

—No me lo ha dicho, solo que sea discreto y que no me baje nunca de la furgoneta, tal y como sabíamos que operaban.

—Está bien. —Morlán tragó el anzuelo—. Ya no podemos contar con Alejandra. Creo que su hermana la ha convencido; la ha comprado, más bien.

—Eso significa que ya sabe que tiene a la Policía detrás. No habrá descubierto el micro que le colocaste, ¿no?

—Creo que no… En cualquier caso, intentaré quedar otra vez con ella, a ver qué me dice.

—Ten cuidado, en esa familia están muy locos.

—Lo tendré. Tú también, y mantenme informado, espero que por fin podamos pillarlos.

Intentó mentalizarse, engañar a su mente lógica y racional, dejarse llevar por sus sentimientos, por aquella necesidad vital de subsistir… Un último trabajo lo separaba de volver a vivir en plenitud y con una buena cantidad de dinero en su cuenta. Demasiada generosidad para tan poco esfuerzo, aunque demasiadas consecuencias indirectas.

Le quedaba menos de una hora de camino para llegar a su destino, una nave en el polígono industrial del Tambre, muy cerca de Santiago de Compostela.

Pensó en su infancia, en las risas de sus compañeros cuando se agotaba, cuando llegaba siempre el último, en los golpes de sus profesores que decían que no se esforzaba, que en realidad no tenía nada y que era todo cuento. Recordó a aquel niño con gafas, chaleco de punto y pantalón corto sentado en una de tantas consultas médicas, y se convenció de que ya era hora de cambiar, de tener suerte en la vida y poder disfrutar como los demás sin sentirse

un apestado. Era el momento de dejar de ser policía y convertirse en una persona más y vivir la vida en plenitud, era lo menos que merecía.

IBRAHIM

El comisario Villegas había recibido a primera hora de la mañana los informes sacados del portátil de Ibrahim y quiso compartirlo con Bibiana.

—Nuestros expertos siguen analizando lo que encontramos, pero la primera sorpresa estaba en ese ordenador. No sé cómo lo hizo, pero en su escritorio tenía una buena colección de vídeos de Mohammed; no solo los que nosotros encontramos, sino algunos más. Además, al revisar las *cookies* encontramos varias páginas fundamentalistas y, en una de ellas, en la que se hace llamar Boabdil, hablan del imam de Granada y de que hay que eliminarlo como sea.

—O sea que lo mataron por unos vídeos, por puro odio.

—Es lo que parece. Mis compañeros están investigando al resto de alias, quizá entre ellos esté el asesino de Mohammed. También hay numerosas fotos de su cuñado Abdul en situaciones poco favorecedoras.

—¿Crees que él mató a Abdul y algún otro pirado mató a Mohammed?

—Es lo más probable.

—Sigo sin entender qué tiene que ver eso con el tema de los órganos.

—No lo sé, la relación con el tráfico de órganos por ahora es inexistente. El caso es que Ibrahim sigue en busca y captura, pero no aparece. Y además… —hizo una pausa—, además nos ha dejado un último regalito.

—¿De qué se trata?

—De un vídeo de despedida para su mujer, Fátima.

El comisario lo reprodujo: en la imagen aparecía Ibrahim y tras él la pared de aquel estudio que ella misma había visitado aquella mañana, con la foto de él y sus cuñados al fondo. La fecha se correspondía con la misma mañana que había visitado a su cuñado en la mezquita y antes de emprender el viaje a Galicia:

Hola, Fátima, sé que no estarás de acuerdo con lo que he hecho, pero los designios de Alá son los que me han guiado. Tus hermanos eran impuros, no como tu padre, que era un hombre ejemplar. La única fiel a sus enseñanzas fuiste tú.

Todos los desviados merecen la misma suerte y alguien tenía que sacrificarse para salvaguardar la moral de nuestro pueblo y no permitir que ellos tocasen ni una sola vez más a Ahman. Él será el próximo capitán Suma. Dile que lo quiero, que nunca se olvide de su padre.

Wa-lā gālib illà Allāh.

—Se despide con el mismo mensaje que encontramos junto al cuerpo de Mohammed —afirmó Bibiana.

—Creo que tenemos pruebas suficientes para encerrarlo una buena temporada.

—No creo que lo encontremos, Adolfo. Eso parece una nota de suicidio.

—¿Crees que está muerto? —preguntó Villegas.

—Su mirada es la de un hombre que conoce su destino y que no le tiene miedo. Lo penoso es ver cómo hay gente que se deja influir de este modo por la religión o por las ideas extremistas y lleva a cabo asesinatos creyendo que harán un bien a la sociedad.

—Hitler también lo creía y ya sabes lo que pasó.

Villegas tenía razón; el hombre es capaz de justificar el asesinato hasta extremos que difícilmente son comprensibles. Quedaban muchas incógnitas por resolver, pero al menos ya tenían un culpable. Llamó a Sabela para contárselo, pero ella no le contestó.

Volvió a ver el vídeo y se dio cuenta de que había algo que les había pasado por alto en el primer visionado: ¿qué había ocurrido con Ahman, el hijo de Fátima e Ibrahim?

LA BÚSQUEDA II

Me obsesioné con encontrar aquel barco desde que Sulaiman Al Yashir puso aquel papel en mis manos, pero no era tarea fácil. Podía estar en cualquier puerto cercano a Guinea-Bisáu e incluso en el Atlántico Norte. También lo intenté con el nombre del capitán y aproveché la única manera que tenía para viajar y sobrevivir a la vez: enrolarme en buques pesqueros. Cabo Verde, Sierra Leona, Nigeria… En ningún lugar habían oído hablar de Sadam Hamelín.

Aunque no me di por vencido, me di cuenta de que tenía que seguir viviendo, y eso hice. Las campañas eran largas, de al menos seis meses, al cabo de los cuales volvía a Formoso y me llenaba de silencio y de recuerdos de mi mujer y mi hija. Había reconstruido nuestra casa, al igual que alguno de mis compatriotas; pero ninguno olvidaríamos lo que Mané y los suyos habían hecho.

Así fueron pasando los días, cayendo como losas sobre mí, hasta que un día, cuando ya no buscaba de forma activa, surgió el nombre de aquel capitán en una conversación casual en un bar de Bisáu:

—Está retirado en Marruecos. Era un tipo ya mayor cuando estalló la guerra civil y había ahorrado lo suficiente para cambiar de vida,

así que en uno de aquellos viajes nos dijo que se quedaba allí y designó al que sería nuestro siguiente capitán.

—¿En algún puerto en concreto? —le pregunté con las pulsaciones por las nubes.

—Esto fue en Tánger, pero su sueño era llegar a Ceuta. Tengo entendido que lo consiguió.

Le di las gracias a él y a las diosas Orakuma, Ominka, Ogubane y Oraga; el destino quería darme otra oportunidad y yo no estaba dispuesto a desaprovecharla.

Después de aquello, conseguí enrolarme en un barco que llegaba a Tánger con el compromiso de ayudar en todo el trayecto a cambio del pasaje. No me sobraba el dinero y lo necesitaba para buscar a Oliva.

Una vez en Tánger, busqué un transporte que me llevara a Ceuta. Durante casi un día recibí negativas, e iba a desistir de mi propósito cuando encontré a Mauricio, originario de Liberia y, como yo, un hombre de mundo. Debió ver algo en mi angustia que le resultó familiar y se dispuso a ayudarme desde el primer momento. Entrar en España, que *a priori* parecía misión imposible, con Mauricio fue coser y cantar. Algunos de los caminos por los que transitamos estaban destinados solo a artilugios como los que él conducía y, acompañados de las cintas de casete de El Fary, Rocío Dúrcal o Julio Iglesias, entramos en Ceuta.

Mauricio me contó su historia: él mismo había perdido a su hijo en la guerra; sabía lo que se sentía y ayudándome a mí creía revivir su recuerdo. Recorrimos barrios enteros, sobre todo en los que había emigración no musulmana, y la respuesta como casi siempre llegó en un bar. El camarero nos contó que había un hombre que solía ir

todas las mañanas y que decía haber sido capitán en la guerra de Guinea-Bisáu; tenía que ser nuestro hombre.

Me despedí de Mauricio agradecido por su ayuda altruista y quedamos en volver a vernos; cosa que hoy sé que será imposible. Esa noche dormí en una de las habitaciones de aquel antro de mala muerte, deseando que amaneciera y que el capitán acudiese a su cita. Y lo hizo.

Solo le faltaba el loro en el hombro. Me acerqué a él y me presenté. Le pregunté si él era Sadam Hamelín.

—¿Quién lo pregunta?

—Alguien que ha perdido a una hija y desea reencontrarse con ella.

Me pidió que le contase mi historia y eso hice. Cuando estaba a punto de terminar, puso su mano en mi hombro y me sonrió.

—Tu hija está viva, Helio, o al menos lo estaba cuando yo la dejé en el puerto de Algeciras.

—¿Está en España?

—El capitán Suma me encargó que aquella niña llegara sana y salva a Algeciras y se la entregara a unos emisarios de su familia que vendrían a recogerla. Nadie osaba contradecirlo, así que lo cumplí a pies juntillas.

—Necesito localizarla. ¿Puede ayudarme?

—No sé cómo podría hacerlo. Como sabrás, el capitán murió tiempo después en uno de sus barcos; las malas lenguas dicen que se tiró por la borda antes de que un misterioso hombre lo ajusticiara. Imagino que la familia cumplió con la voluntad de su padre, pero tendrás que viajar a la península para comprobarlo.

—¿Con qué nombre se conoce a la familia del capitán Suma?

—¿No lo sabes? Son los Sarrán, los grandes descendientes de los abencerrajes.

EL ÚLTIMO MENSAJE

Sabela había estado media mañana al teléfono; primero con Urízar, después con Bibiana, con Villegas, con Morlán, con Alba…Se daba cuenta de que todo el mundo que había construido en los últimos años se estaba desvaneciendo y no podía hacer nada para evitarlo. El último con el que había hablado era con Asier. Él seguía buscando a Lina desesperado y ella se odiaba a sí misma por no contarle nada, por no atraerlo hacia su lado; pero era un riesgo que no podía asumir. Aquella decisión le pertenecía a ella y solo a ella. Por eso prefería no verlo y sugerirle pistas que sabía que no le llevarían a algún lado. Se odiaba por todo ello.

A primera hora había recibido un mensaje claro: «A partir de las doce, recibirás las instrucciones para recuperar a tu hermana; no vuelvas a la comisaría».

Se permitió el lujo de callejear por Compostela durante casi una hora, se tomó un café en el Derby y volvió a casa, deseando tener noticias de aquellos malnacidos.

El mensaje no tardó en llegar: «A las 15 horas, en esta dirección. No te retrases. Cuando llegues allí, sigue las instrucciones. Y, por supuesto, no lo compartas con nadie».

Miró su reloj, era más de la una. El polígono del Tambre en el que la habían citado quedaba relativamente cerca, pero tendría que llevar su coche. No sabía qué hacer. Los únicos que sabían que Lina estaba secuestrada eran Asier y Morlán. Escribió una nota y la dejó sobre la mesa: «Tengo que salir. Dejo el GPS y la localización del móvil activados. No os preocupéis, todo irá bien».

Se vistió rápido y bajó con las lágrimas a punto de caerle por infinita vez desde que había perdido a su hermana. Cogió el coche, aunque antes se dio cuenta de que tenía una llamada pendiente que hacer.

—Buenos días, jefa. —Escuchar la voz de Alba le hizo emocionarse. Eran tantas aventuras juntas… y posiblemente esa sería la última.

—Buenos días también para ti.

—Tengo algo. Creo que ya sé quién es el topo. —Cuando escuchó la afirmación de su experta en comunicaciones el mundo se paró. ¿La habían descubierto? ¿La estarían siguiendo? ¡No podía ser! Se levantó, miró a un lado y a otro con el teléfono entre las manos, temblando—. ¡Sabela! ¿Estás ahí? ¿Me has oído?

Ojalá nunca los hubiese traicionado…

EL TOPO

Lasarte y Luzón estaban en los jardines del Generalife enfilando la salida de la Alhambra cuando el teléfono de Martín comenzó a sonar. Se adelantó unos metros y le hizo un gesto de disculpa a su compañera. Algo gordo tenía que haber pasado para que Alba lo llamase directamente a él.

—A ver, Alba, repíteme lo que me acabas de decir, haz el favor.

—Urízar me ha mandado investigaros a todos: vuestras últimas llamadas, mensajes, wasaps… hasta con quién follabais.

A Lasarte le dio un vuelco al corazón, si lo suyo y lo de Bibiana seguía adelante se veía destinado en Atapuerca.

—Y ¿qué ha pasado?

—Pues por eso te llamo, porque estoy segura de que no eres el topo; no así de los demás.

—Vamos a ver, Alba, ¿qué es lo que has averiguado?

—Bibiana ha quedado con Helio dentro de unas horas. ¿A ti te lo ha contado?

—No, pero tampoco me parece para tanto, es su padre.

—Sí, el mismo que llevaba no sé cuánto tiempo desaparecido y que estaba en A Coruña y de repente se presenta en Granada.

—Vale, pero eso no convierte a Ana en un topo.

—No, pero comprende que cualquier situación inusual la tenemos que investigar, o eso es lo que me han ordenado.

—No te preocupes, no la dejaré sola, los vigilaré.

—Hay algo más, es sobre el comisario Villegas —añadió Alba.

—¿Villegas? No me jodas.

—Hace unos años a su mujer le diagnosticaron un cáncer. Lo malo es que era de los chungos y la única solución era irse a Houston. Hablamos de una mujer que tenía un pequeño comercio y él un sueldo de un comisario de policía… ¿Tú sabes lo que cuestan los tratamientos en Estados Unidos? Te aseguro que no podían permitírselo.

—Quizá pidió un crédito o tenían algún familiar con pasta.

—Nada de eso. La clínica no le cobró los gastos, solo tuvieron que abonar el desplazamiento.

—Eso es raro, no te lo niego.

—Mucho y, sabiendo lo que sabemos, más.

—¿Quieres decir que crees que fue un favor que le hicieron a Villegas?

—Estoy segura, Lasarte. El caso es que no tengo manera de averiguar quién fue el benefactor. En realidad, con los papeles sobre la mesa fue el hospital el que le regaló el tratamiento.

—Y crees que, de alguna manera, Villegas está colaborando con alguien y entorpeciendo la investigación.

—He estado intentando entrar en sus conversaciones y hay varias llamadas hechas desde un número largo, como el de una centralita, pero no soy capaz de encontrar su origen. Seguiré investigando,

pero prefería avisarte para que no les quites la vista de encima a ninguno de los dos.

—¿Y Luzón?

—Parece que está completamente limpia.

—¿Alguna novedad más?

—El juez nos ha permitido el acceso a los registros de llamadas de los hermanos Sarrán y de Ibrahim y hemos descubierto que este último telefoneó a su cuñado al llegar a Vigo, es una conversación que apenas dura diez segundos, y casualmente coincide con la hora aproximada de la muerte de Abdul.

—¿Y qué me dices de Mohammed?

—Tiene varias llamadas esa misma tarde; las estamos investigando, pero no parecen sospechosas. Los hermanos también hicieron una videollamada entre las siete y las ocho de la tarde, le hemos pedido a la compañía que intente recuperarla. Y dejo para el final lo más curioso.

—¿Qué?

—Mohammed recibió una llamada desde un terminal fijo a la hora en la que debía estar con Saúl visitando las obras de la mezquita inclusiva. Es un teléfono a nombre de Ibrahim y no ha vuelto a hacer ninguna llamada desde entonces… Hemos intentado contactar con ese número, pero siempre comunica. Y en su casa, cuando hicieron el registro, no encontraron ningún teléfono fijo.

—¿Fátima? No me jodas.

—Eso suponemos…

—¡Qué cabrona! Nos mintió a la cara diciendo que ella no tenía teléfono ni Internet ni nada.

—El fallo fue nuestro, debimos comprobarlo.

—¿Y por qué nos lo ocultó?

—Creo que deberías hablar con Saúl y preguntarle si recuerda algo de esa llamada; puede ser la clave.

Ahora sentía una enorme responsabilidad bajo sus hombros. Si no podía compartir toda aquella información con Bibiana, tendría que evitarla, y al hacer eso ella pensaría que era por algo personal.

Joder, si hubiese hecho caso a su madre… Le encantaban los refranes, cada vez que iba a visitarla después de algún caso siempre le decía lo mismo: «Donde tengas la olla…».

Sonrió al recordarla, qué ganas tenía de abrazarla. Qué ganas de volver a casa.

ENCAJANDO PIEZAS

La inspectora Bibiana Galdós estaba sentada en el despacho de Villegas, que hacía un buen rato que se había ido de allí. Estaba intentando llamar a Lasarte, pero él no le contestaba al teléfono; era raro, pero no le quiso dar mayor importancia. Sabía que el inspector estaba con Luzón. ¿Se estaba volviendo paranoica? Ya no tenía claro si lo llamaba por un tema profesional o solo por saber dónde estaba. Era lo malo de dejar las cosas a medias y las conversaciones inconclusas; odiaba aquella sensación.

Había vuelto a visionar el vídeo de Ibrahim y se había puesto a buscar información sobre aquel capitán Suma del que tan orgulloso se sentía el marido de Fátima. No le había sido difícil darse cuenta de por qué le sonaba: tiempo atrás, en una conversación con su padre, él le había contado sus andanzas como marinero y en uno de los relatos le había hablado del capitán Suma, según él un pirata en toda regla. Decía no estar orgulloso de haber trabajado con él y no le extrañaba: ese hombre figuraba para la historia como la mano derecha de Ansumane Mané y había todo tipo de tropelías asociadas a su figura. Estaba a punto de leer su currículo cuando su móvil comenzó a sonar, era su padre.

—Hija, nos vemos a las cuatro.

—Perfecto. ¿Dónde quedamos?

—En el Sacromonte, ahí es donde veré a mis amigos, te mando la ubicación.

Antes de despedirse, le entró un mensaje de voz; era Lasarte: «Hola, Ana. Escucha, necesito verte para comentarte unos detalles de la investigación. No tenemos mucho tiempo, y no quiero dejar pasar el tren».

A Bibiana se le aceleró el corazón; quizá no era el momento ni el lugar, pero no podía decirle que no o sería como negar que había algo que resolver entre ellos. Le contestó mandándole un wasap: «Quedamos en diez minutos en tu cuarto; no te retrases ni un segundo».

Pasó los seiscientos segundos restantes dándole vueltas a todo: a su vida, a la investigación, a dudar de lo que estaba haciendo y, sobre todo, de lo que estaba a punto de hacer…

Cuando llamó a la puerta del cuarto de Lasarte, deseó no oír sus pasos al otro lado, no ver su rostro sonriente al abrir la puerta, no abalanzarse sobre él sin mirar atrás; deseó no cerrar la puerta de una patada mientras le arrancaba la camisa con furia, viendo su cara de sorprendido, de perrito pachón, pero a la vez de pasión desatada.

Si hubiese podido le habría dado al botón de *stop* para parar aquella locura que ya no tenía vuelta atrás, aunque en su fuero interno lo que anhelaba sería pausarlo para que lo que sentía se hiciera eterno.

Sin hablar, sus bocas estaban ocupadas en otros quehaceres. Se tumbaron en la cama; Bibiana encima de él, mordiéndole el cuello centímetro a centímetro, restregando la lengua sobre su pecho.

Cuando se irguió se vio en el espejo que algún decorador sin gusto había colocado detrás de la cama y vio a otra mujer, a otra persona, a una casi desconocida para ella… Pero que le encantaba.

En ese momento, y para su sorpresa, como si aún estuviera intentando rescatar el jersey caído en la cima del Anboto, Lasarte la giró y la puso de espaldas. Sintió sus manos delicadas tocarle los pies y se estremeció hasta que llegaron a sus glúteos. Estiró una mano intentando tocarlo, pero solo fue capaz de verlo en el reflejo del espejo por momentos y también sintió que aquel Lasarte ya no era el mismo. Y si tuviera que escoger un hombre para compartir la vida —cosa que, a pesar del calentón, seguía dudando—, igual él sí sería su prototipo ideal… Fue entonces cuando él rozó con uno de sus dedos ese lugar hasta aquel día prohibido y se dirigió a su clítoris, con cuidado cuando era necesario, con ímpetu cuando el fuego comenzó a arder. Y los dos dejaron que aquella lumbre creciera en intensidad, para que nunca más se extinguiera.

Se sentía feliz: por fin había dado un paso. Aquellos minutos con Lasarte significaban mucho para ella y, por un instante, tumbada ya boca arriba sobre la cama y con la cabeza de él, dormido, posada sobre su hombro, pensó que se lo merecía, que hacía años que no disfrutaba tanto, que no lo hacía con semejante intensidad… Le quedaba menos de una hora para llegar a su cita con Helio, así que se dio una ducha rápida. Cuando volvió al cuarto, Martín ya estaba despierto.

—Me lo he pasado genial —dijo él con una sonrisa.

—Creo que los dos lo necesitábamos —añadió Bibiana.

—Un día me dijiste que no te gustaba mezclar lo personal con lo profesional —afirmó él sin mirarla.

—Y no me gusta, Lasarte. Pero sí quiero vivir y disfrutar como una persona más y no como una policía.

Él se sentó en la cama.

—Lo nuestro no es fácil.

—¿Tienes miedo que Sabela nos separe si se entera?

—Prefiero no vivir sin saber que esto existía, así que lo que tenga que ser será.

Se besaron de nuevo y la pasión volvió a adueñarse de la situación. Bibiana pidió una tregua.

—Cuéntame lo que me querías decir, ya tendremos tiempo a repetir esto las veces que haga falta.

Lasarte asintió y comenzó a vestirse despacio.

—Vete a ver a Fátima y pregúntale dónde está el teléfono fijo. Creo que llamó a su hermano aquella misma noche, cuando él estaba con Saúl en la mezquita. Yo iré a verlo a él y a ver qué es lo que recuerda.

Bibiana miró el reloj: no le sobraba el tiempo, así que se despidió y salió corriendo, con energías renovadas, viendo la vida de otra manera.

EN CASA DE FÁTIMA

Bibiana llamó a la comisaría, pero nadie le supo dar una respuesta, así que cogió su bolso y salió camino de la casa de Fátima.

Llegó a la Placeta de Porras y tocó el timbre de la casa de la mujer, que no tardó en abrir.

—Buenos días, ¿podemos hablar?

—¿Otra vez? A este ritmo tendré que prepararles un cuarto. —Le hizo un gesto con la mano—. Estaba haciendo la comida, ¿quiere quedarse?

—No se preocupe, además vengo en acto de servicio.

—A estas horas, sea usted inspectora, comisaria o la presidenta del Gobierno, se come; aquí y en cualquier otro lugar del mundo, así que insisto.

—Está bien, no quiero molestar.

—Para nada, odio comer sola, y hoy mi hijo no me acompañará.

—¿Está en clase?

—Sí, parece ser que tenían que terminar un trabajo y se quedaban en la biblioteca. Está en esa época, usted ya sabe.

—¿La adolescencia?

—No, la siguiente: la de la tontería, la de no respetar nada y saltarse las reglas; sobre todo si su padre no está en casa. Intentas darles una educación, que sigan los preceptos del Corán, y acaban saliendo de cualquier manera.

—No tengo hijos, Fátima, pero entiendo que debe ser frustrante. —No quiso meter el dedo en la llaga, ya habría tiempo para ello.

Las conversaciones triviales acompañaron el resto de la comida. Fátima había preparado el típico remojón granadino a base de huevo, aceitunas, bacalao y un maravilloso aroma a naranja.

—Estaba riquísimo, Fátima. La felicito.

—Mi madre era una excelente cocinera. Pero cuando mi padre faltó se empezó a deshinchar. Dejó de vivir; solamente se sentaba en su silla y nos contaba historias de cuando eran jóvenes.

—¿Qué le ocurrió a su padre? —En ese momento recordó que había dejado a medias la lectura del currículo del capitán Suma Sarrán.

—Era un gran marinero, pero se alió con quien no debía, sobre todo en sus últimos años. Después de amasar una gran fortuna y tener hijos, lo que tocaba era disfrutar y cuidarlos, pero él se fue otra vez «a hacer los mares», como él decía. Supongo que era feliz así, no sabía vivir en tierra. En uno de esos viajes, en el Atlántico Norte, muy cerca de Guinea, cayó por la borda, o eso dicen.

—Usted no lo cree.

—¿Un hombre que lleva treinta años embarcado pierde el equilibrio sin que haya tormenta? No me lo creo, claro que no; pero mi padre se granjeó muchas enemistades aquellos años, porque se posicionó al lado de gente que no debía.

—Ansumane Mané.

—Entre otros. Mi padre iba al sol que más calentaba. Pero, como a todos los grandes hombres, el fulgor de su propio reflejo lo cegó. Hicieron barbaridades en aquellos pueblos, cosas de las que nadie podría estar orgulloso.

—Parece que ninguno de los hijos quiso seguir la estela de su padre.

—Y lo entiendo. Te rebelas contra eso. Mis hermanos eran unos chavales cuando él murió. El gran Suma Sarrán, el marinero más grande que dio Al Ándalus, se había convertido en un hombre sin escrúpulos que arrasaba allá por donde pasaba… A ellos les afectó. Yo fui la única que intenté mantener la esencia de la familia, pero ya ve que sin mucho éxito.

Se hizo el silencio. Bibiana sintió que era el momento de atacar.

—Dígame una cosa, Fátima. Usted nos mintió. Nos dijo que no tenía teléfono y, sin embargo, sabemos que hizo una llamada a su hermano aquella misma noche.

—Bueno… Yo… No quería que nadie lo supiese, por eso no se lo dije.

—Y arrancó también el teléfono, por lo que veo.

—Fue una conversación desagradable, así que colgué, lo desconecté y lo tiré a la basura, sí.

—¿De qué hablaron?

—Cosas de hermanos, inspectora; asuntos de familia que no le incumben a nadie más que a nosotros.

—No lo harían si él no hubiese muerto aquella misma noche.

—¿Piensa que yo fui capaz de matar a mi hermano?

—Estoy segura de que no, pero sé que me está mintiendo, y es cuestión de tiempo que acabe sabiendo por qué. Entiendo que

quiera defender a su marido, pero hablamos de la muerte de sus hermanos, y sé que hay cosas que no nos ha contado y que nos ayudarían a esclarecer sus muertes…

—Solo Alá puede juzgarme.

—Cada día voy conociendo un poco más del Corán y un poco más del carácter musulmán y estoy segura de que no es eso lo que dice en sus textos. No defiende al que obra mal ni exculpa al que hace mal a sus semejantes, así que no enarbole esa bandera conmigo porque no le funcionará. Si Ibrahim es culpable, será juzgado; y si usted es cómplice de alguna manera u otra, también. ¿Realmente cree que esa es la forma de defender a la familia?, ¿dejando a su hijo Ahman solo, seguramente a cargo de servicios sociales?

Se hizo un silencio tenso. Fátima no parecía reaccionar; seguía instalada tras su muro.

—Ninguno sabemos cuáles son los planes de Alá para nosotros; yo solo soy una sierva, inspectora.

—Han muerto dos personas y otras muchas están en peligro. —Fátima agachó la cabeza y no contestó, Bibiana pensó que era el momento de irse—. Gracias por la comida, ha sido usted muy amable.

Salió de la casa con dolor, no debía involucrarse tanto con las personas. Entonces recibió dos mensajes. El primero era de Lasarte, muy claro y conciso: «Se han llevado a Morayma». El segundo de Sabela, su jefa: «Ten cuidado, Villegas es el topo».

CARA A CARA

Era la hora convenida. Sabela Cruz llegó a aquella parcela del polígono del Tambre y se dio cuenta de que era la más alejada del bullicio habitual. Bajó del coche y se dirigió a una puerta de color gris plata, donde había un cartel pegado con letras negras en el que solo se leía una palabra: «Entre».

Dudó, no sabía si estaba destinada a ella, así que llamó a la puerta sin recibir contestación y al final optó por entrar. Era el típico recibidor, con unos archivadores se apilaban en la estantería que había tras el escritorio; el resto estaba todo demasiado ordenado, como si fuera un plató de televisión, y eso la mosqueó. En un lateral había otra puerta gris plata con un enorme cartel que la invitaba a entrar y esperar.

Así lo hizo y, de repente, se encontró sumida en una total oscuridad. Los nervios hicieron que su corazón comenzase a palpitar demasiado de prisa, y para colmo el piloto de una pantalla de televisión se encendió dándole un susto de muerte. No quiso moverse. ¿Dónde estaba? ¿Qué coño era todo aquello?

Apareció una imagen que al principio no supo interpretar. Veía a una persona de pie y otra sentada; estaban la una frente a la otra, y

tardó en darse cuenta de que no estaba sentada, sino amordazada, y que era su hermana, Lina. Junto a ella un escueto mensaje de advertencia para que siguiera las instrucciones.

—¡No! ¡Lina! —Se acercó a la pantalla como si pudiese sacarla de allí.

Entonces vio que quien estaba de pie frente a ella era un hombre con una pistola en la mano; uno al que conocía: Augusto Vilela.

—Pero ¿qué estás haciendo, malnacido? ¡Deja de apuntar a mi hermana! ¿Estás loco o qué?

La imagen se cortó y se repitió el mismo mensaje: debía seguir las instrucciones y todo iría bien. ¿Pero qué instrucciones? Sabela estaba fuera de sí.

—¿Qué tengo que hacer, hijos de puta? ¿Y qué coño va a ir bien? ¡Soltad a mi hermana!

En ese momento un foco iluminó el fondo de la sala y, al mirar en aquella dirección, su corazón, nuevamente, dio un vuelco. Había alguien más allí. Sacó instintivamente su arma y se acercó despacio. No tardó en reconocerlo, estaba amordazado, con las manos y los pies atados, pero era inconfundible: se trataba de Ibrahim y tenía una pizarra en las rodillas. Cuando leyó lo que ponía en ella se quedó helada: «O lo matas o tu hermana muere».

La comisaria Sabela Cruz comenzó a negar con la cabeza; buscaba a quién había urdido todo aquello. ¿En qué película de terror estaba metida? ¿Quién era el maldito guionista? Ibrahim estaba consciente y asentía una y otra vez, Sabela no entendía qué quería decirle, pero tenía tanto miedo que tampoco se atrevía a acercarse a él.

Volvió su vista a la pantalla; al otro lado, Augusto seguía apuntando a su hermana. La imagen se cortó y un nuevo mensaje

salpicó la pantalla. Ya sabía cuáles eran las instrucciones: o mataba a Ibrahim o su hermana moriría.

La imagen de Lina volvió a la pantalla y, con ella, en la esquina inferior derecha, un cronómetro con los segundos restantes. Hiciera lo que hiciera estaba perdida, podía salvar a Ibrahim y llevarlo ante la justicia, pero entonces perdería a su hermana.

Augusto seguía encañonando a Lina. ¿Sería capaz de hacerlo? 45 segundos. Levantó el arma. Temblaba. Más que en ninguna operación especial, más que ante la tumba de su padre… 30 segundos. Lina comenzó a llorar; la oyó con claridad y el llanto penetró en Sabela como un rayo. Por pura simbiosis, las lágrimas cubrieron también su rostro. No era capaz, no sería capaz de matar a un ser indefenso… ¿Pero acaso era inocente? ¿No había matado a Mohammed Sarrán y lo había ensartado con una espada? ¿Iba a renunciar a su hermana por un asesino homófobo y machista? 15 segundos. Se dio la vuelta y se arrodilló. Negó. No podía creer que el destino tuviese aquel infierno preparado para ella. Volvió la vista a la pantalla. 10 segundos. Tenía que tomar una decisión. Levantó el arma. 5 segundos. 4, 3, 2… Disparó. Un solo tiro a la cabeza, rápido, seguro y mortal.

Se dejó caer abatida, llorando sin parar. Entonces miró a la pantalla: Augusto ya no estaba, pero su hermana seguía viva. La oía sollozar. Las dos lo hacían.

Una puerta lateral que hasta aquel momento no había visto se abrió despacio. A duras penas consiguió ponerse en pie. Ibrahim estaba muerto. Tenía que llamar a su jefe, a todo el mundo; había matado a un hombre.

Cruzó la puerta y entró en una habitación gemela a la suya, pero orientada al revés. Lina estaba allí; corrió hacia ella y la abrazó con fuerza. Sabela comenzó a desatarla y le quitó el celo de la boca. La sala estaba vacía. En ese momento la puerta lateral se cerró, podía haber sido un golpe de viento.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién era ese hombre que me apuntaba? —preguntó ella.

—Yo… Era… —Las palabras no le salían.

Consiguió desatarla totalmente y se levantaron. Vio otro plasma idéntico en aquella sala y supuso que a Augusto también le habían estado transmitiendo instrucciones.

Tenían que salir de allí. Intentó abrir la puerta lateral para volver al cuarto en el que había matado a Ibrahim, pero esta no cedía. Había otra puerta al fondo de la sala, y se dirigieron allí con Sabela aguantando a Lina en su hombro. Les sonrió la suerte, la puerta estaba abierta.

Entraron en un recibidor gemelo al que ella había cruzado hacía unos minutos. Salieron a la calle y la luz del sol las cegó. Estaban en la parte de atrás de la nave y no había nadie a la vista. Consiguieron llegar a la parte delantera y metió a Lina en el coche.

—Quédate aquí —le dijo.

Volvió a entrar a la sala en la que ella había matado a Ibrahim. El foco seguía encendido y el suelo estaba empapado, pero no había rastro del cuñado de los Sarrán. Sabela se agarró la cabeza, no entendía nada y no sabía qué hacer. Entonces miró a la pantalla, en la que había un mensaje para ella: «Nadie tiene que saberlo, Sabela. Nunca».

Salió corriendo y arrancó el coche sin mirar atrás y sin dejar de llorar; ya habría tiempo de explicaciones. Había salvado a su hermana, y eso era lo único importante.

VILLEGAS

La inspectora Galdós salió de casa de Fátima y cogió un taxi para volver al piso protegido. Cuando llegó, dos compañeros estaban en la entrada.

—¿Qué ha ocurrido?

—El comisario Villegas ha venido y nos ha dicho que fuéramos a tomar un café, que ya se quedaba él con la chica porque quería hablar con ella en privado. Es el jefe de la investigación, no podíamos negarnos. Aun así, nos hemos quedado cerca, estábamos allí —señaló un bar cercano—, y los hemos visto salir cinco minutos después. Él la ha sacado agarrada del brazo de no muy buenas maneras. Hemos salido corriendo, pero se han montado en un coche y los hemos perdido.

—O sea, que se la ha llevado. ¿Sabemos a dónde?

—No, inspectora. Hemos pensado que la llevaría a la comisaría, pero al rato hemos llamado y nos han dicho que no sabían nada de él. Entonces hemos avisado a la inspectora Luzón.

La cabeza de Bibiana empezó a dar vueltas. Villegas era el jefe y podía habérsela llevado por alguna razón, un nuevo dato, una confesión, comprobar algo… Pero no era lógico que no lo hubiera

compartido con nadie. Además, tenía el teléfono apagado y, sobre todo, Sabela le había dicho que él era el topo…

¿Y si Morayma no era tan inocente como parecía y lo había engañado de alguna manera? ¿O quizás él podía estar compinchado con las personas que habían matado a los Sarrán? Bibiana estaba hecha un lío, no podían desechar ninguna posibilidad y no sabía en quién podía confiar. Llamó a Alba y esta le contó el origen de sus sospechas sobre el comisario.

—Todo apunta a que es el topo, pero es que el Villegas que yo conocí nunca haría algo así —afirmó Bibiana.

—La gente cambia, Ana. Tendrás que hablar con él; es la única manera de saber la verdad.

—Lo intentaré, pero por ahora está en paradero desconocido, al igual que Morayma.

—¿Crees que está en peligro?

—Mataron a sus hermanos por ser diferentes. ¿Por qué no harían lo mismo con ella?

Se hizo un silencio; solo pensar que ella también podía estar muerta hizo que se erizara todo el vello de su piel.

—Sé que no me lo has pedido y que no debería hacerlo, pero he intentado ubicar el móvil de Villegas, sin éxito: ha desactivado la localización —añadió Alba.

—¿Y Sabela ya lo sabe?

—Pues hace un rato que no me coge el teléfono. No sé lo que está pasando, pero ya he avisado a Donowa.

Bibiana conocía muy bien a la comisaria y sabía que aquello no era normal, así que le envió un wasap. El resultado fueron dos aspas grises, así que al menos sabía que el teléfono estaba operativo. Todo

era muy raro, demasiado. Lasarte apareció junto a Luzón en ese mismo momento.

—¿Sabéis algo nuevo? —preguntó Bibiana.

—Hemos ido a casa del comisario. Su mujer no tiene ni idea de dónde está y no hay indicios de que se haya llevado ropa ni nada parecido. Tampoco la ha llamado. Es muy extraño —contestó Martín.

—Llevo muchos años con él y no creo que se haya ido por propia voluntad —añadió Luzón.

Esa era otra posibilidad, que por alguna razón estuviese amenazado y se llevara a Morayma porque no tenía otro remedio. Siempre lo había, pensó ella, hasta que pasaba algo que te hacía replantear tu vida y todos tus principios…

—¿Y de la visita a Saúl has sacado algo? —preguntó mirando a Lasarte.

—Sí, que Mohammed se levantó cabreado cuando colgó el teléfono y se fueron. No quiso hablar del tema ni le dijo quién había llamado. Saúl lo dejó en su casa y no volvió a verlo.

—Fátima reconoce que hizo esa llamada y que resultó tensa. Estoy segura de que fue la causa de algo más —intervino Bibiana.

—Pues si ella no nos dice lo que ha pasado, lo tenemos jodido para saberlo. Pero te digo una cosa, que su hermana también estuviese metida en el ajo sería el colmo. Menuda prole.

—Y que lo digas. Mucha gente mataría a sus cuñados cada domingo y ahogaría a su suegra en su propia comida, pero es algo que solo suele pensarse.

Bibiana miró el reloj; eran casi las cuatro y había quedado con Helio en Sacromonte. Tenía varias llamadas perdidas de su madre,

pero ya le contestaría luego; entre una cosa y otra se le había hecho tarde.

Pidió a sus compañeros que mantuvieran el domicilio de Villegas vigilado y partió hacia su cita. ¿Qué coño sería tan urgente para su padre?

INSPECTOR LASARTE, AGENTE SECRETO

Le costó convencer a Luzón, pero no podía dejarla al margen. Había llamado a la comisaria Rocío Castelo y le había contado las múltiples dudas que tenía del caso: Sabela no daba señales de vida, Bibiana iba hacia un encuentro furtivo con su padre y Villegas parecía ser el topo. A Rocío le había parecido correcto que no dejaran sola a Bibiana; ella se ocuparía de que alguien vigilara la casa de Villegas y también la de Fátima.

De la Placeta de Porras hasta El Camborrio, en el Sacromonte, eran apenas trece minutos andando, y Lasarte y Luzón siguieron a Galdós sigilosamente hasta la cafetería.

Bibiana llegó primero y se sentó en una mesa de la terraza. Se puso las gafas de sol, se quitó la chaqueta y dejó aquellos hombros morenos al sol de Granada. Ellos estaban a menos de cien metros, en la esquina de la calle y parapetados tras una vieja e inútil cabina telefónica; no podían correr el riesgo de que los viera.

A los cinco minutos apareció Helio en un coche de alquiler. Lasarte apuntó la matrícula y se la mandó a Alba, que no tardó en localizarla.

—Lo recogió en el aeropuerto Adolfo Suárez ayer por la mañana, en principio su entrega está prevista para el día de hoy.

Aquello no le daba demasiado tiempo a Helio para volver a Madrid, por lo que parecía una visita de cortesía. Pero ¿con qué intención? Padre e hija estaban tomando algo y hablaban, no parecía haber tensión entre ellos.

—¿Qué sabemos de Sabela? —preguntó a Alba.

—Su teléfono sigue fuera de servicio, pero lo tenemos localizado en el polígono del Tambre. Una patrulla con Donowa a la cabeza se dirige hacia allí ahora mismo. He intentado llamar a Lina y también sale apagado, el único que da línea es Asier, pero no me lo coge. Morlán, que está en Madrid, no tiene ni idea de nada; dice que habló esta mañana con ella y que todo estaba bien.

—Está pasando algo muy raro. Primero Villegas, ahora Sabela… Además, todo esto nos está alejando del caso.

Martín vio cómo Bibiana y su padre se levantaban y se dirigían al coche de él.

—Se mueven. Parece que Helio la lleva a algún sitio. Mierda, no tenemos coche —le comentó a Alba, todavía al teléfono.

Luzón estuvo más rápida; consiguió parar un taxi y se subieron.

—Siga a ese coche. Y esto no es una película americana. —Lasarte le enseñó la placa—. Escucha, Alba, avisa a Rocío. Dile que vamos en un taxi siguiéndolos. Como sea una falsa alarma, no me va a volver a hablar en la vida.

—Ahora mismo la llamo. Una última cosa: el teléfono de Villegas acaba de activar el GPS, en nada te mando su localización.

—Perfecto, nosotros salimos del Sacromonte, estamos entrando en el Camino Viejo del Fargue. De momento todo normal. —Se

despidió y colgó; aquello no le olía nada bien.

No tardaron en coger una pista a la derecha, que los llevaba a una enorme fábrica, y pidieron al taxista que redujera la marcha para no ser vistos. Helio y Bibiana aparcaron delante de una nave industrial en la que parecía que no había actividad.

—Pero ¿dónde coño se está metiendo esta mujer? Que no nos vean —le dijo al taxista—, deje el coche por aquí y espere.

Lasarte y Luzón se bajaron, manteniéndose a unos cien metros de distancia, y desde allí vieron cómo sus objetivos se acercaban a una puerta gris y entraban.

—Tenemos que acercarnos, a ver si oímos algo —dijo Lasarte.

—Nos van a pillar, es una ratonera.

Luzón tenía razón. Era una explanada gigante, de al menos mil metros cuadrados; en el exterior, además de la zona de aparcamiento, había algunos contenedores de agua y maquinaria para apilar. No era capaz de identificar a qué se dedicaba la empresa, pero sí su nombre: Aeronor; le mandó los datos por WhatsApp a Alba.

Se acercaron corriendo y se pegaron a la nave. Avanzaron muy despacio en dirección a la puerta por la que habían entrado Helio y Bibiana. No se oía nada, pero de repente varios motores rugieron a la vez. El estruendo provenía de la parte de atrás. Al cabo de unos segundos, una enorme polvareda emergió de uno de los caminos laterales y con él cinco furgonetas blancas, una tras otra. Lasarte corrió intentando ver algo. Al llegar a la bifurcación, dos de las furgonetas se dirigieron hacia Guadix y las otras tres volvieron al Sacromonte.

—¡Vamos! —le gritó a la inspectora Luzón señalando el taxi que los esperaba en el camino.

Ella llegó a su lado y lo cogió del brazo.

—¿Vamos a dónde? ¿A cuál seguimos? A veces vale más ser inteligente, Lasarte. —Le enseñó un papel en el que había conseguido apuntar varias de las matrículas.

Volvieron al lugar en el que el taxista seguía esperando, Lasarte le pasó aquel listado de matrículas a Alba y llamó a Sabela, sin éxito. La siguiente fue Rocío Castelo; le contó lo que había ocurrido y ella lo tranquilizó.

—Bien, muy bien hecho; así podremos localizarlos. En una de esas furgonetas tienen que estar Bibiana y su padre. Haremos controles y los acabaremos pillando. Vosotros volved a la comisaría.

—¿Podemos entrar? Quizá Bibiana aún siga allí.

La duda de Rocío se hizo patente con su silencio; no tenían una orden y aquello no estaba bien, pero no todo en la vida se solucionaba de la forma correcta.

—No te he oído bien, Lasarte, se me corta la línea —fingió ella.

—A la orden, jefa. Te mantendremos informada.

Entraron. Lasarte, con la moral por los suelos, seguía a la inspectora Luzón. Al abrir la puerta, entraron en un recibidor en el que había una mesa y una silla, además de un armario vacío. También había una puerta que parecía dar acceso a otro cuarto. Estaba oscuro, así que encendieron la linterna del móvil. En una de las paredes colgaba un televisor enorme. A un lado había un par de sillas y, al otro, una puerta disimulada, forrada del mismo color que la pared; la abrieron y pasaron a otra sala exactamente igual, solo que orientada al revés. Allí había otra televisión y una puerta al

fondo. Detrás de esta, un enorme espacio diáfano lleno de luz y otro par de salas al fondo de la nave. No vieron más vehículos, pero sí las huellas de los que acababan de irse.

—¿Qué coño es todo esto? —Lasarte verbalizó lo que los dos estaban pensando.

—No tengo ni idea; parecen salas insonorizadas, pero ni idea de con qué finalidad.

Lasarte volvió a llevarse las manos a la cabeza y se tiró al suelo. Había perdido a Bibiana; a pesar de su buen instinto, la había perdido, y no sabía si para siempre.

LA DECISIÓN DE SABELA

Hacía poco más de una hora desde que había matado a Ibrahim y la cabeza seguía dándole vueltas. Cuando consiguió dejar de llorar, condujo su coche hasta la agencia de detectives y desde allí llamó a Asier con el teléfono fijo; había perdido el suyo y debía volver a por él.

En cuanto él llegó, se abrazaron durante unos largos minutos. Sabela no le contó lo que había hecho; ya habría tiempo para sincerarse, y ahora tenía problemas más graves que atender.

Hizo el camino de vuelta hacia aquella nave maldita y se encontró de frente a sus compañeros. No había escapatoria posible, por lo que simplemente intentó estar todo lo entera que pudo.

—Buenos días, chicos. ¿Qué hacéis aquí?

—Te buscábamos a ti, Sabela —contestó Donowa con su móvil en la mano.

Por un momento pensó que quizá sabrían toda la verdad.

—¡Oh, gracias! Lo habéis encontrado. Me han soplado que esta dirección podría estar relacionada con el caso y he venido a echar un vistazo. No os he querido avisar por si era una falsa alarma, y luego tampoco he podido hacerlo porque en algún momento se me ha

tenido que caer el teléfono sin que me diera cuenta; por eso he vuelto a buscarlo.

—Has tenido suerte, estaba aquí fuera, tirado en el suelo. Se ve que al subirte al coche se te ha caído. Que sepas que tienes a todo el mundo de los nervios; para que luego digan que no estamos atados a las nuevas tecnologías.

Comprobó el móvil, tenía doce llamadas perdidas, cien wasaps y varios mensajes de texto.

—Un sitio curioso —dijo Donowa.

—¿Habéis entrado?

—No, la puerta estaba cerrada y, además, sin una orden o alguna evidencia sabes que no lo haríamos.

Tenía que tranquilizarse. La única que sabía lo que había pasado allí era ella. Bueno, la única no.

—Lo dicho, una falsa alarma. Yo he echado un ojo por el perímetro sin ver ni oír nada fuera de lo común…

—¿Vas a pedir una orden o algo?

—No, dudo que aquí se haya cometido ningún delito. Será mejor centrarnos en lo que sabemos y que me ponga al día con los compañeros.

—Sí, será lo mejor.

—Volvamos a Compostela; tenemos poco tiempo y demasiadas incógnitas que resolver.

Antes, Sabela se sentó en el capó del coche y llamó a la única que sabía que la comprendería.

—Bendito sea escucharte, pensaba que me habías dejado sola. —Rompió a llorar al oír la voz de Rocío—. Pero ¿qué te pasa?, ¿estás bien?

Le costó recomponerse y contestarle, pero tenía que hacerlo.

—Ha pasado algo —dijo entre lágrimas—. Necesito que hagas una cosa por mí, Rocío. Prometo que te lo contaré todo.

—Lo que necesites, Sabela.

—Tengo que encontrar a Augusto; sé que no querrá quedar conmigo, pero también sé que a ti no te dirá que no.

—Está bien, pero tendrá que ser en Madrid. Sabe que estoy aquí.

—De acuerdo. En la zona de Lavapiés hay una cafetería junto al 24 horas; dile que os veis allí a las once de esta noche, que tienes que contarle algo y que no puede esperar. Y necesito otro favor, que me cubras estas horas, no voy a parar hasta llegar ahí.

—Ten cuidado, Sabela. No sé qué es lo que ha pasado, pero no hagas ninguna tontería.

—Hay cosas que ya no tienen solución, pero voy a intentar lo único que se me da bien: coger a los malos.

Se despidió. Era su última bala. Ella ya estaba condenada, pero había muchos otros inocentes a los que aún podía salvar.

A MADRID

Bibiana se despertó desorientada; estaba en movimiento, de eso estaba segura. ¿Qué había pasado? Recordaba haber quedado con su padre en el Sacromonte, donde habían estado tomando algo. Después él le había pedido que lo acompañara a un lugar y no había dudado de él, porque la última vez la había guiado hasta una bomba de gas sarín. Sin embargo, tras entrar en aquel cuarto oscuro en medio de un polígono industrial, ya no recordaba nada más. ¿Qué había ocurrido?

Fue recobrando la consciencia y vio que tenía las manos y las piernas atadas, además de una cinta en la boca. Entonces vio a Helio al lado y se dio cuenta de que él estaba libre. ¿Qué coño estaba pasando allí? Era su padre; su puto padre.

—¿Has despertado? Hija, debo explicarte algo. —Se acercó a ella, pero Bibiana hizo un gesto de rechazo—. Te voy a quitar el celo. No te alteres y no grites, por favor.

Se dio cuenta de que iban en una furgoneta con los cristales tintados y una mampara que separaba los asientos traseros de los delanteros. Decidió ser inteligente; no tenía muchas posibilidades, así que no debía gastar sus energías.

—Vamos camino de Madrid; son algo más de cuatro horas. Ahora te contaré mi historia desde el principio: nací en Formoso, hace demasiados años, uno de los pequeños archipiélagos de las islas Bijagós, en Guinea-Bisáu…

LA HISTORIA DE HELIO

El capitán Sadam Hamelín era una buena persona. Después de contarme todo lo que sabía sobre los descendientes de los abencerrajes, me ofreció descansar en su casa. Conocía a alguien que, por un módico precio, podía colarme de polizón en un barco para que pudiera llegar a la península. Y eso hice: llegué a Algeciras y me dispuse a recorrer el mismo camino que había pisado mi hija. Como un peregrino, pero en lugar de a Santiago, yo me dirigía a Granada; era mayo del año 2017.

La ciudad me pareció maravillosa, nunca había visto nada igual desde mi visita a Barcelona en 1985. Acabé en el Sacromonte y allí le alquilé a una familia de gitanos un cuarto, por llamarlo de alguna manera. Los ayudé con la chatarra una temporada, aunque mi verdadero objetivo era llegar a la mansión de los Sarrán. Tardé tiempo en conseguirlo y, cuando lo hice, me llevé una tremenda desilusión: el imperio de Suma Sarrán tenía un enorme cartel de «Se vende».

Con la ayuda de mis amigos gitanos, conocí a Garrincha, un gaditano espabilado y cordial que fue mi guía por Granada; él conocía la ciudad y su historia como la palma de su mano.

—A ver, Helio, hace muchos años que los Sarrán no tienen esclavos, que eso en España está prohibido —me dijo todo lleno de razón.

—Pero tendrían sirvientes; a algún lado iría a parar mi hija.

—Compadre, esa chiquilla pudo ir a cualquier sitio. Nadie te asegura que llegara a Granada. Además, el viejo murió y después su mujer. Los hijos vendieron todo lo que pudieron y se independizaron. Mira cómo está la casa; nadie la quiere, es una ruina.

—Cuéntame más sobre ellos.

—Mohammed es el imam de Granada. Siempre ha sido un hombre con profundas creencias, aunque las malas lenguas dicen que es de la otra acera, ya sabes.

Puse una mueca de asco. No lo voy a negar, en Formoso éramos una sociedad matriarcal, pero muy tradicional en este sentido.

—¿Dónde vive? —pregunté.

—Tiene un apartamento en el centro, poca cosa. Está él solo y además se pasa la mayoría del tiempo en la mezquita.

—Quiero visitarla y conocerlo.

—Joder, tío, no me estreses. Disfruta de la ciudad, no tengas prisa. Además, ¿no me dijiste que no eras musulmán?

—Solo quiero hablar, no rezar. ¿Y el resto de los hermanos?

Garrincha se resignó; yo era muy perseverante.

—Abdul acaba de emigrar a Galicia, al norte. —Yo conocía de sobra esa tierra, pero no le iba a contar mi vida—. Según he oído, es el máximo responsable del islam en su comunidad.

—Pues sí que se han colocado bien los cabrones. —Los odiaba. Por estar vivos, por ser hijos de Suma, por no saber dónde estaba mi hija.

—Después está Fátima, que es la mayor. Está casada con Ibrahim, un buen musulmán también. Viven en la Placeta de Porras y tienen un chaval. Es la más conservadora de todos, la única que parece seguir honrando la memoria de su padre.

—¿El resto no lo hace?

—Helio, espabila. En los periódicos todos pudimos leer las tropelías del capitán Suma. Su globo se fue desinflando y con él su fortuna. Menos mal que se murió pronto; bendita tormenta que se lo llevó. —Yo sabía la verdad, pero tampoco se lo iba a contar.

—¿Y la otra hija?

—Otra descarriada. Ni siquiera lleva el pañuelo ese que están obligadas a ponerse en la cabeza.

—¿El hiyab?

—Como se llame. Está siempre metida en follones. Les salió rana; es lo que tienen los embarazos tardíos.

Al día siguiente, conocí a Mohammed. No parecía mal hombre, pero era tan clavado a su padre que verlo me produjo un odio automático. Me di cuenta de que encontrar a mi hija no iba a ser tarea fácil y que me iba a llevar más tiempo del que yo creía, pero eso era lo único que me sobraba: tiempo.

Garrincha me ayudó a prosperar. Tenía contactos en el consistorio y me coló en la cuadrilla de mantenimiento. Así, poco a poco, fui conociendo cada rincón de Granada.

Unos meses después, Garrincha me hizo el último favor antes de desaparecer de mi vida. Yo no lo sabía, pero estaba muy enfermo y fue a morir junto a su madre, a Cádiz. En todo caso, él me puso en contacto con la persona que cambiaría mi vida, el que me haría ver la luz al final del túnel: Ibrahim.

ROCÍO CASTELO

Entre las buenas costumbres de la comisaria estaba la de tener una enorme pizarra que llenaba de anotaciones y fotografías de los implicados en cada caso. A ella la habían designado para desenmascarar El Deseo y, más concretamente, a su directora, Dulce Romay.

Y no podía hacerlo todavía, porque les faltaban pruebas y supondría un gran fracaso; llevaban muchos fondos destinados a aquella operación encubierta y lo único importante era actuar en el momento adecuado. Sin embargo, el problema era que ahora peligraban vidas de compañeros… Bibiana y su padre acababan de desaparecer y, aunque no estaba segura, podían haber sido secuestrados. Por otro lado, Sabela estaba metida en algo turbio; no sabía qué, pero tenía claro que tenía que ver con el caso. Además, Augusto conducía camino de Madrid y había sentido sus reticencias al querer quedar con él, como si tuviera prisa. Y ya para rematar, Alba había localizado el móvil de Villegas y, al ver el recorrido de su GPS en las últimas horas, la sorpresa había sido mayúscula: el comisario había ido desde el piso protegido de la Carrera del Darro hasta el mismo lugar en el que Lasarte y Luzón habían perdido a

Helio y Bibiana, así que mucho se temía que en aquellas cinco furgonetas también viajaban Villegas y Morayma.

Pero ¿por qué? ¿A dónde se dirigían? Tenía demasiadas preguntas y todas le llevaban al mismo lugar… Sabía que les faltaban pruebas y que sería difícil convencer a Urízar para realizar una intervención, pero necesitaba hacerlo porque a lo que no estaba dispuesta era a cargar con más cadáveres en su conciencia. Esperaba que esta vez nadie se suicidase antes de confesar.

A TODO TRAPO

Sabela conducía a 160 kilómetros por hora en la autovía A6, cambiando de emisora sin encontrar lo que quería, intentando sacar su rabia por algún sitio y encendiendo un cigarro con otro. Por fin dio con algo que la destensara:

Siempre oculto en tu disfraz, en mis sueños siempre estás.
No lo puedo remediar, te deseo cada vez más.
Al principio todo era paz, y contigo llegó la maldad.
Surgiste de las tinieblas, con fuego arrasador.
Has escrito la historia de la humanidad.
Haces siempre lo que quieres sin tener piedad.
Dios eterno, todo lo haces a tu voluntad.
Maldito, maldito sea tu nombre.

Y eso repetía una y otra vez, dejándose la garganta: «Maldito, maldito sea tu nombre».

Las lágrimas acompañaron el punteo de guitarra. No podía más. Había matado a un hombre, pero antes de entregarse quería saber

por qué y quién la había obligado a hacerlo; y solo Augusto Vilela tenía esa respuesta.

Su teléfono sonó, era Morlán. Apagó la música y contestó.

—Sabela, ¿qué carajo pasó? ¿Dónde estabas?

—Es una larga historia, es mejor que no sepas nada.

—Pero vos estás loca, ¿de qué estás hablando? Yo estoy enamorado perdido de tus huesos, ¿cómo me vas a dejar así? Soy tu único amigo en esto.

Tenía razón; solo lo tenía a él y podía serle de ayuda, así que le contó todo lo que había pasado. Al terminar, solo había silencio.

Morlán tardó casi diez segundos en reaccionar.

—Ese cabrón de Augusto: Ya lo decía yo que no era de fiar, que no es de Buenos Aires, sino de La Plata, de ahí no sale nada bueno. Hijo de puta.

—Voy camino de Madrid; Rocío Castelo me ha organizado una reunión con él. Quiero que la llames, te pongas a sus órdenes y hagas lo que ella te pida. También necesito que intentes quedar con Alejandra. Hay que parar esto, Morlán; hay muchas vidas en juego. Necesito que la convenzas para que acuda también a la cita con Augusto.

—He quedado con ella dentro de media hora, me temo que la perdimos. Su hermana la cameló de lo lindo; pero tiene buen corazón, intentaré apelar a sus sentimientos.

—Déjalo de mi mano, tú solo convéncela para que se reúna en Lavapiés con Augusto.

—Lo intentaré.

—Posiblemente no volvamos a vernos en una temporada. Si cuando salga aún te apetece esa cena en Telepizza, llámame.

—Será un honor y, si tengo que ir a hacer un bis a bis a la cárcel, también puedo llevar las pizzas.

Morlán siempre conseguía hacerla reír, pero cuando colgó el teléfono volvió a llorar pensando en todo lo que iba a perder: su vida, sus amigos, sus deseos… Y todo por una trampa mortal.

No debería haber disparado, aunque eso supusiese ver morir a su hermana. Sin embargo, prefería haberlo perdido todo antes que perderla a ella; era lo único que le quedaba de su padre.

Volvió a encender otro cigarro y puso de nuevo Rock FM. Eran las siete y media de la tarde y le quedaban todavía 300 kilómetros; serían los últimos en libertad en muchos años, así que quería aprovecharlos hasta el final.

En la radio sonaba una vieja canción de Extremoduro:

Quisiera que mi voz fuera tan fuerte
que a veces retumbaran las montañas
y escucharais las mentes-social-adormecidas,
las palabras de amor de mi garganta.
Abrid los brazos, la mente y repartíos,
que solo os enseñaron el odio y la avaricia
y yo quiero que todos, como hermanos,
repartamos amores, lágrimas y sonrisas.
De pequeño me impusieron las costumbres,
me educaron para hombre adinerado,
pero ahora prefiero ser un indio
que un importante abogado.
Hay que dejar el camino social alquitranado
porque en él se nos quedan pegadas las pezuñas,

hay que volar libre al sol y al viento
repartiendo el amor que tengas dentro.

Era lo único que le quedaba: cantar y cantar hasta quedarse sin voz; cantar hasta el fin de los días.

IBRAHIM, LA IRA

Nuestro primer encuentro fue en una terraza cerca de la Carrera del Darro. Me saludó y, mientras le daba el primer sorbo al café, fue a la yugular.

—No eres musulmán —afirmó.

—No lo soy. Nací en las Islas Bijagós, en Guinea-Bisáu, y allí tenemos otros dioses.

—Dioses paganos. ¿Y qué es lo que querría un infiel de un hombre de fe como yo?

—Estoy buscando a alguien. Mi hija fue secuestrada por Suma Sarrán y enviada a España, necesito encontrarla.

Ibrahim torció el gesto.

—Yo no conocí al viejo, me casé con Fátima poco después de que él muriese, pero el recuerdo de su padre reside en ella todavía. Y no recuerdo ninguna niña, lo que yo sé es que poco después de la muerte del padre, la madre enfermó y los hermanos dispusieron vender aquella mansión que tenían junto al camino de la ermita.

—¿Por qué la querían vender si la madre seguía viva?

—Le hicieron firmar la venta; la idea era repartirse el dinero entre los hermanos, dejando la parte de Morayma en una dote a cargo de

Fátima, al igual que su madre. Para eso le compraron la casa de la Placeta de Porras, donde ahora vivimos. Lo que pasa es que la vieja no duró mucho.

—Sus hijos se desentendieron de ella.

—Tampoco se trataba de eso. Su madre era una carga y Fátima era la mayor, era su obligación de buena musulmana cuidarla.

—Y la otra hermana, Morayma, ¿también quedó al cuidado de Fátima?

—Sí, pero esa era incontrolable. Cuando yo llegué a la familia intenté aplacarla, y más que debería haber hecho, pero no sirvió de nada. Con la mayoría de edad reclamó su dinero y Fátima le dio una parte suficiente para independizarse, que es lo que ella deseaba.

—¿Teníais problemas en casa?

—La educación de los hijos no es algo fácil, Helio. Nosotros también tuvimos uno y había que educarlos cada uno a su manera. El mío es un buen musulmán, respetuoso, que cumple las normas. Ella es un alma perdida, que Alá la proteja.

Después de aquel primer día, fuimos quedando cada vez más; Ibrahim no tenía muchos amigos, así que me acerqué todo lo que pude a él. Sabía que era el único que podía averiguar algo de mi hija.

Su lengua se fue soltando y con el paso de los meses salió a relucir todo su odio.

—Los hermanos se rebelaron contra su padre de la peor manera. Ese hombre debe estar revolviéndose en su tumba. —Bajó la voz para que nadie lo oyera—. Son desviados.

Puse cara de sorpresa, aunque ya tenía noticias de aquello.

—¿De la otra acera?

—No les gustan las mujeres.

—¿A ninguno de los dos? —El odio se podía leer en su cara; solo había que rascar en el lugar adecuado—. No me gustaría tener en casa elementos así, y menos cerca de un hijo.

—Pagarán antes de lo que piensas, Helio. —Apretó el vaso con tanta fuerza que pensé que lo rompería. Había furia en sus ojos.

—¿Ha pasado algo?

—Esos cerdos… —Agachó la cabeza, no era capaz de dominarse.

—Puedes contármelo; te ayudaré si es necesario, somos amigos.

—Hace más de una semana que mi hijo no sale de casa. El otro día fui furioso a verle, a exigirle una explicación. Tiene quince años, Helio, ¡quince años!

—Los chavales de ahora tienen otros problemas.

—Su problema son mis cuñados.

—¿Qué quieres decir, Ibrahim?

—Esos desgraciados se aprovechan de que yo estoy de viaje con el camión y que mi mujer es pusilánime. Dicen que quieren guiar a mi hijo… Te juro que los voy a matar con mis propias manos.

—Seguro que no lo hacen con mala fe. Son sus tíos, será sin malicia. —Toqué hueso.

—¡Sin malicia! Helio, joder, te digo que mi hijo no quiere salir de casa. Estoy seguro de que ha ocurrido algo. Voy a ir a por ellos para que me lo cuenten, y si hace falta les rajo el cuello. Putos maricones.

La cosa quedó aquí en aquel momento, pero pasados unos días volvió con la cara desencajada.

—Helio, los voy a matar con mis propias manos. —Creí ver una lágrima correr por su rostro y me asusté, aquello parecía grave.

—Ese hijo de puta de Mohammed le mandó un vídeo a mi hijo. —Me hizo el gesto de masturbarse.

—No puede ser. Tiene que haber algún error.

—¿Qué error, Helio? ¿Qué puto error? ¡Míralo! —Tenía impresa una foto en la que se veía a su cuñado en acción.

—Seguro que el chaval se lo ha descargado por curiosidad, ya sabes cómo son.

—Le he preguntado, Helio. También tiene fotos de Abdul. Y eso no es lo peor.

—No sé si puedo pensar en algo peor.

—Lo hay, y morirán por ello, cueste lo que cueste. Mi hijo me ha asegurado que en su última visita Abdul le estuvo tocando.

Aquello era ignominioso, depravado; yo mismo tenía ganas de matarlos en ese momento.

—¿Estás seguro? ¿Lo crees?

—Es mi hijo, un musulmán puro; y esos depravados han intentado forzarlo, llevarlo por el mal camino. Morirán por ello, y su hermana por encubrirlos. No te pido que estés conmigo, Helio; pero, si no lo estás, apártate de mi camino.

—Eres mi amigo, te ayudaré en lo que necesites.

Me miró con los ojos brillantes. En la venganza los amigos son necesarios.

—Mañana por la tarde he quedado aquí mismo con una persona; es el contacto de un buen musulmán al que ayudó a liberarse de un problema parecido. Si quieres venir, aquí estaremos.

No sabía que aquella decisión cambiaría mi vida.

EL PODER DEL HIJO

Una situación desesperada requería medidas desesperadas. Lasarte no podía ir en busca de Bibiana; ni siquiera sabía dónde estaba, pero sí debía averiguar la verdad. No tenía muchas opciones, aunque había una que estaba seguro de que estaba marcada, la de Fátima Sarrán.

Tardó en abrirles y, cuando lo hizo, salió de la casa y cerró la puerta tras ella.

—¿Qué quieren? Hace un rato que su compañera estuvo aquí. Los veo más a ustedes que a mi familia —dijo en tono de queja.

—Queríamos contrastar con usted algunas cosas, Fátima.

—Yo no tengo nada más que decir. —Se dio la vuelta para irse y Luzón intervino.

—¿No le importa que muera gente inocente? Ya no se trata de sus hermanos ni siquiera de su marido, se trata de personas como la inspectora Galdós que están en peligro; solo la verdad podrá salvarlas.

Fátima tenía ya un pie dentro. Se dio la vuelta y los miró.

—Yo no puedo hacer nada por esa gente, tienen que perdonarme.

Justo cuando estaba a punto de cerrar, alguien más acudió a la puerta: era Ahman, su hijo.

—No, mamá, no huyas. Diles la verdad a estos señores. No tiene que morir nadie más. —Le cogió la cara entre las manos—. Somos buenos musulmanes, ¿lo recuerdas? Buenos musulmanes.

Se abrazaron. Lasarte y Luzón contemplaban la escena desde el rellano. Ahman los miró y los invitó a pasar. El chico tendría unos dieciséis o diecisiete años.

—Si mi madre no se lo cuenta, lo haré yo.

—No, hijo, déjame hablar a mí —lo interrumpió ella. Levantó la cabeza y miró a la inspectora Luzón.

—Esa noche en la que mataron a mis hermanos, recibí una visita. Eran casi las diez de la noche cuando llamaron al timbre; Ahman ya estaba en su cuarto. Cuando abrí la puerta, me encontré a un hombre mayor; me enseñó su placa y me dijo su nombre, era el comisario Villegas. Estuvimos hablando un rato de mi marido y de mis hermanos. Decía conocer bien a mi Ibrahim, dijo que eran buenos amigos.

»Antes de irse me pidió que llamara a Mohammed y lo citara aquella misma noche en el puente del Aljibillo, me dijo que tenía que hablar con él de forma urgente. Me negué, le grité que lo llamara él. Entonces sacó su arma y me la puso en la cabeza. Me amenazó con dispararme y luego matar a mi hijo si no obedecía. Así que lo hice, lo llamé y lo cité allí a las once. Después, el comisario arrancó el teléfono y se lo llevó. Antes, me amenazó con que, si se lo contaba a alguien, volvería para matar a Ahman. Después supe lo que pasó… Fue culpa mía. —Fátima se puso a llorar desconsolada.

Aquello ponía a Villegas en el disparadero, no solo era un topo, sino sospechoso de asesinato.

—Fátima, usted estaba bajo coacción y mucho menos sabía que matarían a su hermano —intervino Lasarte.

Se hizo el silencio. Fátima continuaba abatida, abrazada a su hijo.

—Yo tengo que contarles algo; y a ti también, mamá. —Ahman temblaba, pero sacó fuerzas de flaqueza—. Nunca he sido un chico normal. Mi padre es muy estricto y para él los preceptos del Corán son lo único importante en la vida. Yo solo quería ser como los de mi edad, pero él no me ha dejado nunca… Hace un tiempo, algunos chicos empezaron a reírse de mí porque no salía mucho y a decir que era maricón… Si esos comentarios hubieran llegado a los oídos de mi padre, me hubiese matado, así que me encerré en casa del todo y de esa manera solo veía a mis tíos. Al final pasó lo que nunca debería haber pasado: me enamoré de Abdul. Lo sé, madre, está mal; él era sangre de mi sangre, pero no podía evitar sentir lo que sentía. Él se dio cuenta y decidió poner tierra por medio, así que se fue a Galicia. ¿Nunca te preguntaste por qué tu hermano se iba tan lejos?

—Quería alejarse de ti —afirmó Lasarte.

—Se fue de mi vida porque creyó que así lo olvidaría, aunque yo era incapaz. Mis padres no lo sabían, pero yo tenía un pincho de Internet para el portátil y un móvil que me había conseguido Morayma. Así que seguí sabiendo de él a través de las redes… Y, un día, navegando por Internet, descubrí en una página los vídeos de mi otro tío, Mohammed.

»Lo avisé: si se enteraba de aquello la comunidad, su continuidad como imam de Granada se complicaría. La gente no respeta los

sentimientos, agentes; creen que te debe gustar una mujer porque así lo deciden sus costumbres o su religión, y no entienden que puedas ser diferente. Mis tíos lo eran, cada uno a su manera; aunque lo único importante es que eran buenas personas, de esas que nunca sobran en la sociedad.

»Todo estalló cuando mi tío Abdul vino a vernos unas semanas después. Nos quedamos solos en la habitación y yo intenté acercarme a él; no debí hacerlo, pero era mi corazón el que me guiaba. Él me rechazó, me dio un discurso, me dijo que estaba mal, que era libre de enamorarme de hombres o mujeres, pero no de su tío.

»No recuerdo haber llorado tanto en mi vida. Estuve días encerrado sin salir, evitando a mi padre. Un día llegó a la habitación, me tiró de la cama, me amenazó y me cogió del cuello, pensé que me iba a matar. Me dijo que le contara lo que me pasaba o me mandaría a un internado sunita. No había nada peor en el mundo, así que confesé, pero no le dije la verdad…

—¿Qué le dijiste?

—Estaba tan cabreado y sentía tanto odio en ese momento por Abdul que le dije que me había tocado, que había intentado forzarme.

—¡No! —Fátima se llevó las manos a la cabeza.

—Nunca pensé que haría lo que hizo. Solo quería quitármelo de encima y, si le decía la verdad, me mataría con sus propias manos. Tenía miedo y fui un cobarde. Con el tiempo pensé que se había olvidado de todo, pero ya veo que no fue así.

»Ese mismo día registró la habitación, encontró el pincho y el móvil y me requisó el portátil. Así fue como descubrió los vídeos de

Mohammed y las fotos de Abdul.

La historia era tremenda. Todo empezaba a encajar en la mente de Lasarte; lo que no entendía era por qué Villegas querría matar a Mohammed.

—Aún hay algo más. —Fátima los miró y acarició a su hijo antes de empezar a hablar.

LA CAPTACIÓN

Ese día, cuando llegué a la cafetería, aquel hombre ya estaba sentado junto a Ibrahim. Se presentó como Adolfo Villegas y en un principio evitó identificarse como policía.

—Buenos días, Helio. Me ha dicho Ibrahim que busca a su hija.

—Así es, la secuestraron hace veintiún años en la isla de Formoso, en Guinea-Bisáu.

—Nosotros podemos echarle una mano para encontrarla.

Aquel «nosotros» me sonó raro; allí no había nadie más que Ibrahim, Villegas y yo. Mi cara debió expresar lo que sentía.

—Represento a una compañía que se dedica a conseguir cosas casi imposibles. Estoy aquí para ayudar a Ibrahim, pero será un placer hacerlo también con usted.

—¿Cómo podría hacerlo y qué debería hacer yo a cambio?

—Bueno, se está usted adelantando mucho. Primero tendríamos que investigar su caso y ver si es posible; aquí no engañamos a nadie. Si el resultado fuera positivo, le explicaríamos el plan y, si estuviera usted de acuerdo, firmaríamos un contrato de confidencialidad y entonces comenzaríamos a trabajar.

—¿Qué necesita para ese estudio previo?

—Que me cuente la historia desde el principio y que no se deje nada.

Eso hice. Cuando llegué a la parte en la que contaba mi venganza de Suma Sarrán, vi la cara de Ibrahim; no sabría decir si de asombro, enfado o admiración. Al día siguiente Villegas me llamó: ya tenían su veredicto y era positivo. ¿Habían conseguido dar con mi hija en apenas 24 horas cuando yo llevaba años buscándola?

Le di las gracias a Ibrahim por haberme presentado al comisario y lo celebramos. Los dos tendríamos lo que queríamos: él su venganza y yo a mi hija, lo que ninguno de los dos sabía era que nuestros casos se cruzarían de aquella manera tan cruel.

En un día soleado como hoy, me cité con Villegas en el mismo lugar en el que hoy he quedado contigo, en el Sacromonte. Traía una cartera de cuero y en ella estaba mi contrato, mi futuro. Antes de firmar nada, le dije que quería conocerlo, porque no sabía en manos de quién me estaba poniendo. Y, aunque no te lo creas, decidió contarme la verdad:

—Soy comisario de policía aquí en Granada. No me mire así, Helio; es un trabajo como otro cualquiera.

—Pero ustedes cogen a los malos.

—Claro, pero a veces la justicia no es capaz de hacer eso para lo que se supone que existe, y ahí entra esa otra organización con la que colaboro.

—Me va a perdonar, señor Villegas, pero no creo que todos los deseos que cumplan sean legales.

—Yo le diré que, en todo caso, son alegales; nosotros solo cumplimos la voluntad de nuestros clientes. Le contaré una historia, una que es la mía: hace unos años, a mi mujer le diagnosticaron un

cáncer y nos daban muy pocas esperanzas. Recuerdo estar sentado en aquellos bancos de plástico, esperando la enésima prueba que le hacían para dictaminar el mismo resultado, cuando un hombre se situó a mi lado y me dio una tarjeta. En ella se podía leer «El Deseo» en letras grandes y un número de teléfono. Fue parco en palabras: «Si quieres salvar a tu mujer, esta es tu última opción, no la desperdicies». Como era de esperar, ese día volvieron a decirnos que le daban un año de vida, que harían todo lo que estaba en su mano, pero que no había mucho más que hacer. Yo ya no escuchaba, solo esperaba el momento de estar solo para poder llamar a aquel teléfono…

»Me explicaron que nosotros teníamos que pagar el viaje y la estancia en Houston y que ellos se encargaban de que el hospital no nos cobrase ni un duro por el tratamiento durante el tiempo que fuese necesario hasta su cura. De ese modo no habría nada ilegal y nadie sospecharía de nosotros. Si alguien me preguntaba, debía decir que era un tratamiento experimental y que nos habían escogido.

»No me pidieron nada a cambio hasta que mi mujer se curó y eso me hizo confiar a ciegas en ellos. A partir de aquel día, yo me encargo de la captación en Granada, sin más. Esa es mi labor, Helio: conseguir personas que, como usted, necesitan cosas; ser el puente entre los receptores y la organización.

—Entiendo que a cambio se lleva un buen pico.

—Les debo la vida de lo que más quiero; si ella no estuviese aquí, no sé qué sería de mí. Ellos saben que, desde mi puesto de comisario, puedo ayudarlos en multitud de cosas y eso hago. Les debo todo…

—Sigo sin entender qué es lo que yo puedo darles, o qué puede ofrecer Ibrahim.

—Es una cadena de favores, querido Helio. Todos tenemos algo que dar. ¿Lo entiende?

—La verdad es que no.

—Si usted me pide una vida yo le exigiré otra a cambio. Si me pide dos muertes le exigiré otras dos; es una cadena y cada uno somos un eslabón, nada puede fallar.

Entonces no lo entendía, pero cuando leí el contrato lo tuve claro. Al día siguiente de firmarlo, me presenté en tu casa y te vi por primera vez en mi vida.

TEMPORE

Era curioso que el final de su historia se escribiera en Madrid; allí había pasado algunos de los mejores años de su vida y conocido a personas que la acompañarían siempre. Pero supuso que era de justicia que todo terminara allí. Cerró los ojos saboreando un café en la Castellana, deseando que su vida se pausara para siempre con aquella sensación en su boca… El sonido del teléfono interrumpió sus sueños.

—Buenas noches, jefa.

—Hola, Morlán. ¿Has conseguido quedar con Alejandra?

—Sí, casi tuve que rogarle, pero estará allí a las once, tal y como me dijiste. ¿Qué *pretendés* hacer?

—Hace años tuve un superior que me decía que solo contara los planes cuando salieran bien, así que no te lo voy a decir, querido.

—Es peligroso, deberías dejar que te acompañe.

—No, necesito a alguien que sepa la verdad. Si yo muero le contarás a Rocío, palabra por palabra, todo lo que ha pasado.

—Jefa, si vos morís, iré a tu tumba y te resucitaré para volver a matarte. Yo quiero la cena que me prometiste, cueste lo que cueste.

—Haz lo que te he pedido, solo eso. No tenemos muchas oportunidades y, si no me equivoco, Bibiana está en peligro.

—Me dijo Rocío que se fue con su padre en una furgoneta; están ilocalizables, lo mismo que Villegas y Morayma.

—Mucho me temo que las harán desaparecer. Sé que no eres policía, Flaco, pero tienes que ser mis ojos.

—Los seré. He quedado con Rocío en media hora, pero tengo malas noticias: no han conseguido la orden para registrar El Deseo.

—Está metido todo el mundo: jueces, policías, políticos… Todos necesitan algo y solo ellos pueden dárselo.

—Pero eso es inmoral, Sabela.

—Hablamos también de familias desesperadas, situaciones límite… Es muy complejo, creo que más de lo que pensamos.

—Solo te pido que no hagas ninguna locura. Para eso estamos los argentinos, ¿me *captás*?

—Alto y claro, amigo. Nos vemos pronto —dijo antes de colgar.

En realidad, no sentía miedo; sí responsabilidad. Había matado a un hombre y, aunque él no fuera inocente, nadie debería tomarse la justicia por su mano. Le había tocado jugar aquellas cartas. Pagaría por ello, era consciente, pero moriría matando; era lo único que podía hacer para calmar su conciencia.

Callejeó por Madrid hasta llegar a su destino. Quedaban quince minutos para su cita, así que se sentó en un parque no muy lejos de la cafetería de Lavapiés en la que había quedado y, mientras veía a los niños jugar, llamó a su hermana. Sabía que al menos ella podría

tener una familia. Su teléfono no estaba operativo, así que lo intentó con Asier.

—Hola, Sabela. ¿Cómo estás?

—Pásame a mi hermana, haz el favor. Y, escucha: si me ocurre algo, júrame por la diosa Mari que la cuidarás hasta el fin de los días.

Asier rio. Era consciente de la tensión que Sabela estaba viviendo, aunque en realidad no sabía ni la mitad.

—Me indignas, cuñada. Sabes que lo haré.

—Prométeme otra cosa: si tenéis un hijo y es varón le llamaréis Dante, como nuestro padre.

—Estarás aquí cuando haya que tomar esa decisión, y el pesado de Morlán también. Te paso a tu hermana.

—Hola, *bambina*, ¿dónde estás?

—En Madrid. Tiene que ver con el caso, es largo de contar.

—No hagas ninguna tontería, que te conozco.

—Escúchame, sé que no es fácil, pero cuéntame cómo pasó.

—Había quedado con él cerca de la Praza Roxa, estuvimos hablando un rato y me dijo que lo acompañara al *parking*, que se había olvidado allí las fotos y los documentos que necesitábamos para hacer el trabajo. Luego me dio un golpe y supongo que me metió en el coche. Cuando me desperté, ya estaba en el bajo en el que me has encontrado. Allí había dos tipos, pero al que me secuestró no lo he vuelto a ver. Las condiciones no eran las mejores, qué te voy a contar, pero me daban agua, comida y me acompañaban al servicio. Me han tratado bien y no me he sentido realmente en peligro hasta que aquel hombre me ha apuntado con

su arma. Pensaba que me iba a matar, Sabela, pero después has aparecido tú.

—¿Te ha dicho algo el hombre de la pistola?

—Me ha pedido perdón, me ha dicho que tenía que hacer aquello. He pensado que se refería a matarme, aunque luego, antes de que tú entraras, he visto cómo la puerta trasera se abría y se largaba corriendo.

«Cuando yo he disparado», pensó Sabela.

—Lo importante es que estés bien, Lina. Mañana temprano vete a mi comisaría y denúncialo.

—Hemos quedado en que iríamos juntas. No quiero contarles esto yo sola. —La voz de Lina sonaba a decepción.

—No sé si llegaré a tiempo; si no lo hago, prométeme que irás sola.

—Te lo prometo, hermana.

—*Ciao*, *bambina*, te quiero.

—Yo también te quiero.

El día había llegado a su fin y la oscuridad se había cernido sobre Madrid tanto como lo había hecho sobre su vida. Solo le restaba una oportunidad.

ATURDIDA

La furgoneta se paró en una estación de servicio, alejada del resto de vehículos. Llevaba horas escuchando hablar a su padre: su vida en Formoso, su encuentro con su madre, y la huida. Y también lo escuchó cuando le contó cómo había perseguido la estela de su hija Oliva durante tantos años. Ahora entendía lo que era un padre que te quería con locura y que lo hacía por encima de todo, no como el suyo.

También se le había quedado grabada la traición de Villegas y aquella frase: «Si usted me pide una vida, yo le exigiré otra a cambio». ¿Era a ella a quien se refería? ¿Por qué la llevaban amordazada si no era así?

Pidió ir al servicio, así que la desataron y dos hombres la acompañaron. Le dijeron que si hacía cualquier tontería matarían a Morayma. ¿Ella también estaba allí? Se sintió mal al darse cuenta de que habían sido Lasarte y ella quienes la habían condenado; intentando salvarla se la habían servido en bandeja de plata a Villegas.

No era ninguna heroína y ni siquiera tenía trucos de escapista, solo era una inspectora de policía en horas bajas, así que no intentó

nada.

Cuando salió del baño, la hicieron subir a otro vehículo y supuso que la Policía estaba detrás de las furgonetas; si estaba en lo cierto, había una mínima posibilidad de que supieran que habían sido secuestrados. Antes de montar en la parte de atrás de una ranchera gris con los cristales tintados, intentó memorizar la matrícula aunque no estaba segura de que le fuera a servir de algo. Volvía a estar sentada junto a Helio, en la misma posición que antes, y sus captores estaban en todo momento a cara descubierta. Eso era algo que la mosqueaba: ¿no tenían miedo a ser reconocidos y más siendo ella inspectora de policía? Quizá la respuesta a esa pregunta estaba en su interior, pero no quería escucharla.

No se encontraba bien, tenía un extraño sentimiento de pena por sí misma, y de rabia por no haber hecho caso a su madre desde el primer día. Podía escucharla repetirle una y otra vez en su cabeza: «*Xa che dixen, filla: dálle unha patada no cu*». En aquel momento recordó que no había podido devolverle las llamadas a su madre, pero no tuvo tiempo de lamentarse por ello, porque Helio recuperó su historia donde lo había dejado.

Ella no lo sabía, pero estaban llegando a su destino.

—Cuando te conocí, pensé en dar marcha atrás: ¿por qué tenía que renunciar a una hija para encontrar a otra? Pero Villegas no tardó en recordarme que tenía un contrato y debía cumplirlo, por lo que volví a Granada y lo preparamos todo. Teníamos incluso la fecha prevista cuando sobrevino la maldita pandemia; eso nos retrasó muchísimo.

»Durante ese tiempo pude conocer a la directora; por fin encontraba gente que me entendía y que estaba dispuesta a

ayudarme. Odiaba a los hermanos Sarrán, así que, además de recuperar a mi hija, pedí que ese odio se sembrara contra ellos, que los musulmanes fueran echados a patadas del país, que cayeran sus mezquitas…

»Recuerdo la sonrisa de Dulce cuando me dijo que tenía que recanalizar el odio y construir más que destruir. Yo le contesté que ella no sabía lo que era perder a lo que más querías en la vida; que si hubiese perdido una hija por culpa del fanatismo religioso, me entendería… Entonces me dijo que había cosas que caían por su propio peso, pero que llevaban tiempo, y también me pidió que, mientras durase la pandemia y no pudiera cumplir mi palabra, trabajase para ellos. Y eso hice: transportando la mercancía que tenían a bien cargar en mi furgoneta. Por suerte, no tuve problemas para circular porque el de los transportes era uno de los pocos sectores que siguieron trabajando sin descanso. Todo iba bien hasta el fatídico día en que la Guardia Civil nos dio el alto. Ellos no tenían que estar allí, teníamos un topo en Tráfico que nos enviaba todos los días las rutas y los controles que se harían. Nos confiamos y fue un error que pagamos caro.

»Como ya sabes, vi cómo ametrallaban a aquellos pobres hombres y yo mismo llamé a la ambulancia, después me escondí durante una temporada. Unos días más tarde, vimos el mejor modo de llegar a ti y que la rueda volviese a girar: iba a recuperar a una hija y sembrar el odio entre cristianos y musulmanes, además del miedo del horror con esa cápsula de gas sarín. Te utilicé, hija, desde el primer momento. Nunca tuve una novia que se llamase Carmen y aquella persecución en mi destartalado coche no fue más que un paripé;

todo estaba preparado. No te pido que me entiendas y tampoco que me perdones. Haría lo que fuera por volver a ver a mi Oliva.

Bibiana le habló, por primera y última vez en el viaje:

—No me llames hija, nunca más en tu puta vida vuelvas a llamarme hija. Yo no tengo padre.

En ese momento, tendió una coraza sobre su corazón; no quería llorar y no quería que nadie supiese el dolor que estaba pasando. Se sentía engañada; habían jugado con ella como una marioneta y ella se había dejado hacer.

Al poco rato llegaron a un enorme edificio. Había un tránsito constante de vehículos entrando y saliendo, y supo que era allí; ese era el lugar. Estaba preparada.

LA NIÑA

Fátima agarró fuerte la mano de su hijo antes de empezar a hablar. Había ido a la habitación y la agarraba entre sus manos, como si fuera oro puro; era una carta.

—Mi padre murió embarcado el 23 de octubre del año 1998. Unos meses antes, recibí sus últimas voluntades escritas de su puño y letra: me pedía que fuera a Algeciras y que me llevara a Fakir, un buen amigo suyo.

Fátima le pasó el sobre a Lasarte y el inspector la leyó en alto:

Hija, sé que no he sido el mejor padre, y mucho menos buena persona. Durante estos últimos meses, he hecho cosas de las que no solo me arrepiento, sino que me causan dolor y vergüenza. Lo hice siguiendo las órdenes del que, ahora sé, era un loco dictador sanguinario.

No me queda mucho tiempo, he visto a la muerte venir a por mí y, antes de que eso ocurra, quiero hacer algo bueno, algo por lo que quizá algún día se me recuerde.

En una de esas islas que arrasamos con nuestra violencia, rescatamos una niña; estaba sola y desamparada porque matamos a su madre. No debe tener ni cuatro años.

Hubo algo en ella desde el primer momento en que la vi que me cautivó. Aquel color de piel, sus ojos grises… No pude dejarla morir allí, así que la subí en

mi barco.

Llegará a Algeciras el viernes al alba y quiero que estéis allí para recibirla.

Hija, sé que no me entenderás, pero siento que el espíritu de Suma Sarrán, el que algún día fui, está oculto en su sonrisa.

Quiero, y así se lo he hecho saber a Malik en otra misiva, que se llame Morayma y que se convierta en hija nuestra por derecho. Que tú, como hermana mayor, la eduques y le des todo el amor que nosotros con nuestra violencia le robamos.

Ojalá tenga un futuro mejor y crezca con el calor de una familia y que nunca le falte de nada. A tus hermanos y a tu madre te tocará contarles la última voluntad del viejo Suma Sarrán. Confío en ti para tan alta misión.

Os he educado lo mejor que he sabido, pero ahora me doy cuenta de que las cadenas que cargué a vuestras espaldas solo podían producir heridas. No cometas el mismo error con Morayma ni con los hijos que algún día tendrás. Escapa de los hombres como yo.

Te quiere tu padre, Suma Sarrán.

—Cumplí su petición: Fakir y yo recogimos a la niña en Algeciras. No fue fácil. A mi madre no le hizo ninguna gracia, pero aceptó la última voluntad de mi padre. Mis hermanos estaban encantados y así, con el paso del tiempo, aquella niña creció y se convirtió con todo derecho en una más de la familia. Todos sabíamos que era distinta, todos menos ella.

»Al principio preguntaba por su madre, pero acabó olvidándola. Su verdadera familia éramos nosotros. Después hice lo contrario a lo que mi padre me había pedido y me casé con Ibrahim, un hombre demasiado parecido a él.

»Puedo decir que siempre respetó a Morayma y que la trató como a una hija aunque saliera rebelde. Me duele en el alma saber que al final la ira consiguió dominarlo y llevarlo de mi lado, al igual que hizo con mi padre.

Terminó de hablar y se abrazó a su hijo, que tampoco sabía que su tía era una niña robada.

—Muchas gracias por contarnos todo esto; seguro que será muy importante para resolver el caso. Ahora le pido que, si su marido se pone en contacto con alguno de ustedes, nos lo haga saber; es importante.

—Así se hará.

Cuando se marcharon, Lasarte estaba a la vez contento y jodido. Contento por haber sabido de antemano que Fátima escondía algo, y jodido después de escuchar otra historia de vida de esas que te tocaban la fibra sensible.

Mientras la inspectora Luzón conducía de camino a la comisaría, él seguía dándole vueltas a todo lo vivido esos últimos días en Granada y seguía culpándose por haber perdido a su compañera y amiga. Las preguntas se agolpaban en su mente: ¿Dónde estaría ahora Ibrahim? ¿Por qué habían secuestrado a Bibiana y a Morayma? Todas ellas, preguntas sin respuesta…

Llamó a Sabela de nuevo, y esta vez sí le contestó al teléfono.

LA REUNIÓN

Después de escuchar a Lasarte, la comisaria Sabela Cruz tenía las cosas cada vez más claras. Pensó que la vida estaba llena de casualidades y que un mal encuentro puede cambiarla para siempre; eso le había pasado a Morayma. Creía entender también la conexión con Helio, demasiada coincidencia que él fuera originario de Guinea-Bisáu y que los Sarrán ganaran una hermana justo en aquella época. No creía en las casualidades.

Desde el primer momento debió haber desconfiado de él. Era lo malo de mezclar lo personal y lo profesional; él era el padre de Bibiana y por eso le había permitido lo que quizá nunca hubiese autorizado a otro. No había tiempo para más dudas: eran las once y tenía una cita con Alejandra y Augusto.

Los vio charlando en aquella terraza de Lavapiés, en la que el buen tiempo hacía que no hubiese ni un solo hueco libre. Él la reconoció y Sabela se señaló la pistola que llevaba en el cinto.

—Buenas noches, Augusto —dijo ella a modo de saludo sin quitarle los ojos de encima.

—Hola, no contaba con vos.

No sabría interpretar si aquella cara era de sorpresa o vergüenza. La última vez que se habían visto, ambos estaban detrás de una pistola.

—Asuntos oficiales me traen a la capital. Espero que no os moleste que me una. —Esa fue la primera vez que miró a la menor de los Romay.

—Ella es Alejandra.

Sabela le tendió la mano y se sentó a su lado.

—No voy a perder el tiempo, chicos. Alejandra, sé que eres la hermana de Dulce, y también que no eres tonta, y que te hueles que está metida en asuntos turbios. Uno de ellos nos ha llevado esta mañana hasta Galicia, pero me gustaría que aquí Augusto te lo contara, así sabrás de lo que es capaz tu hermana en nombre de vuestra empresa.

Alejandra la miró asustada. Augusto no daba crédito, seguía sin ser capaz de entender qué podía saber Sabela de lo que había pasado aquella mañana.

—Vamos, compañero, empieza tú. Sé lo que has hecho. —Sabela acompañó sus palabras con una sonrisa y Augusto se sintió acorralado. La miró asombrado y se tomó su tiempo para comenzar.

—Ayer fui a ver a Dulce a El Deseo y tu hermana me ofreció un trato que no pude rechazar: ella me conseguía un corazón nuevo si yo hacía algo a cambio y acepté. Me pidieron que viajara a Galicia y allí me darían más instrucciones. Era una dirección cerca de Santiago, en el polígono del Tambre.

—¿Fuiste sin saber lo que te esperaba? —preguntó una sorprendida Alejandra.

—No hay nada más importante para mí que curarme y ser el que nunca he sido. Llevo toda la vida a medio gas, sin poder disfrutar. Joder, vos lo *sabés* bien y era mi oportunidad. Tu hermana tiene a todo el mundo comprado y es imposible meterla entre rejas, así que, al final, pensé que haría lo que tuviera que hacer por tener un corazón nuevo.

—¿Lo que fuera?

Augusto le dio un sorbo a la cerveza antes de seguir.

—Cuando llegué allí, dos tipos me ordenaron que aparcara en la parte de atrás y eso hice. Entré y me tuvieron sentado en una oficina. Luego, me mandaron entrar a una sala insonorizada, de esas que se usan para grabar; estaba todo oscuro. De repente se encendió un televisor y vi el mensaje: «Coge la pistola que está en la mesita de la entrada y apunta a la mujer que tienes al fondo». Entonces vi a aquella mujer: no la conocía, estaba amordazada y con una cinta de celo en la boca; se me heló el corazón. Volví a mirar a la pantalla: «Céntrate; no tienes que matarla, solo apúntale con decisión hasta que nosotros te digamos».

»En ese momento, al saber que no tendría que disparar, me quité un peso de encima. Haría lo que fuera por un corazón nuevo, pero tener que matar a una persona, eso son palabras mayores.

»Me puse frente a ella y vi sus ojos rogarme compasión. Pocos segundos después, apareció otro mensaje en la pantalla: era un cronómetro, una cuenta atrás de un minuto. Supuse que era el tiempo que tenía que mantenerme firme frente a ella y eso hice. Cuando la cuenta atrás concluyó, la puerta trasera se abrió y salí corriendo. Me metí en el coche y conduje sin parar camino a Madrid.

—Joder, ¿pero qué circo del horror es ese? —preguntó Alejandra.

—Yo cumplí mi parte y esta tarde recibí un último mensaje: debo ir a El Deseo, supongo que mi corazón me está esperando.

—¿De quién es ese corazón, Augusto? —gritó Alejandra.

—¡Y a mí qué me importa, joder! No quiero saberlo, solo quiero vivir, correr, follar, sentir plenamente… ¿Soy egoísta? Seguramente sí, todos lo somos.

—Pero ¿quién era esa mujer? ¿Por qué hacer ese paripé?

—Creo que eso os lo puedo aclarar yo —dijo Sabela.

Los dos la miraron a la vez y Sabela comenzó a contar aquella historia que marcaría su vida para siempre; solo con la sinceridad podría llegar a donde quería.

LA PAREJA IMPERFECTA

Apostados a unos cuatrocientos metros de la entrada de El Deseo, Rocío, Morlán y un par de agentes controlaban la entrada del recinto.

—Es absurdo. Hay más movimiento en esa empresa que en la Bombonera en un partido de Diego Armando Maradona. Es imposible saber si trajeron aquí a Bibiana o a Morayma.

—¿Tienes otra idea, Ernesto? No me pienso mover hasta saber algo de ellos.

—*Decime* una cosa, en todo este tiempo que los investigaron, ¿no reunieron pruebas para incriminarlos?

—Sí, pero no las suficientes. Mi jefe no quiere que actúe hasta que tengamos todos los cabos atados.

—¿No te parece extraño? —preguntó Morlán.

—¿El qué?

—Joder, *llamame* desconfiado, pero todo el mundo pone problemas en lugar de ayudar.

Rocío se quedó pensando en las palabras de Morlán; a veces los puntos de vista distintos te ayudan a ver mejor la realidad.

—Y ¿qué podemos hacer?, ¿entrar y cargarnos todo el trabajo de meses?

—Igual salvamos vidas… Yo solo soy un detective privado, pero me da que eso es lo único que realmente importa.

Rocío se sentó sobre el capó del coche mientras observaba un movimiento de vehículos y personas exagerado para ser las once y media de la noche.

—No sé, Morlán, llevo semanas replanteándomelo todo. Ojalá Sabela estuviese aquí; no sabes lo que echo de menos una amiga.

—Me *tenés* a mí. Sé que nos acabamos de conocer, pero soy su amigo y puedo ejercer de puente de energía.

—¿Los argentinos sois todos así, tan *flipaos*? —Rieron.

—Sabela tiene problemas, pero le gusta resolverlos sola y tomar sus propias decisiones. —Morlán fue a la parte de atrás del coche y cogió algo de la mochila—. ¿Un poco de mate para pasar el rato? ¡No me digas que nunca lo probaste!

—¿Crees que es el momento?

—Los españolitos sois demasiado cuadriculados. Tomaos la vida con más calma, no es necesario vivir en un estrés permanente.

Rocío asintió, en el fondo Morlán tenía razón.

—Si te digo la verdad, me doy cuenta de que a mis años hay demasiadas cosas que aún no he probado.

—No te me alteres, que no es un canuto, solo es mate.

En aquel momento, el Flaco vio entrar a un vehículo conocido en la nave; podría jurar que era el de Augusto y que no iba solo. Pero aquello era imposible, ¿estaban entrando juntos Sabela, Alejandra y Vilela? Morlán se persignó y rezó para que el plan de la jefa funcionase.

—¿Estás seguro de que eran ellos? —preguntó Rocío.

—Tan seguro como que tengo una belleza gallega a mi lado.

—Aprovechas cualquier momento, ¿eh?

—¿Qué *pensás* hacer?

—¿Con respecto a ti o a la investigación? —Morlán sonrió. Le gustaba aquella mujer, pero estaba enamorado de Sabela y su corazón era monógamo. Ella continuó—: Esperaremos a que ella se manifieste. No sé qué pretende entrando ahí, pero si hacemos una locura es posible que le jodamos el plan. Como tú mismo has dicho antes, en la vida a veces hay que tener paciencia, amigo. Dame un poco más de eso, anda, que no está tan mal.

En ese momento su teléfono sonó.

—Buenos días, Rocío —dijo Alba—. Tengo las cuentas de Villegas. Se llevaba un ingreso extra por hacer lo que fuese que hiciera. Ahora ya no se lleva lo de meter la pasta en Suiza o Las Bahamas, lo convierten en bitcoins, que son mucho más difíciles de rastrear, y eso es lo que tiene el comisario.

—O sea, que no tenemos nada que lo relacione con El Deseo.

—Nada, Rocío. Pero ten en cuenta que todo apunta a que Morayma y Bibiana han sido secuestradas. Si demostramos que las están llevando a El Deseo tendríamos un delito, que por otro lado con los nuevos datos de nuestros compañeros de Granada, parece bastante claro.

Le contó todo lo que había averiguado Lasarte en su conversación con Fátima y Ahman.

—Por lo tanto, ya podemos poner a Villegas en busca y captura; está claro que es sospechoso de la muerte de Mohammed. ¿Sabemos algo del paradero de Ibrahim?

—Parece que se lo ha tragado la tierra; Franky y Salgado están poniendo patas arriba Vigo y sigue sin aparecer. ¿Qué piensas hacer?

—El problema es que tengo a una inspectora desaparecida, a un comisario corrupto y a una amiga y comisaria a quien no sé lo que le pasa y que acaba de entrar a El Deseo. No tengo ni puta idea de lo que voy a hacer; ni puta idea.

—Ella no creía mucho en las coincidencias, siempre tenía aquella frase en la boca: «nada es al azar».

Rocío suspiró y miró al cielo. A la mierda la cadena de mando. Era la hora de actuar.

LA ENTREGA

Aquel lugar parecía sacado de una película de ciencia ficción. Visto desde fuera, a esas horas de la noche, a Bibiana le recordó a una gran nave espacial, toda llena de luces. Las rancheras que los trasladaban se dirigieron a la parte trasera de la nave. Allí, un gran portón se abrió y aparcaron. Frente a ellos había varios ascensores. Estaba todo preparado para que desde fuera se viese lo menos posible.

Helio y ella bajaron del coche junto a los dos hombres que los habían trasladado hasta allí e intentó fijarse en todo. Por dentro parecía un almacén gigante; le recordó las fotos de las grandes cadenas de distribución.

Subieron al ascensor; había dos pisos y ellos se quedaron en el primero. No se le escapó que había también una ranura para insertar una llave con la que supuso que se iría a una zona protegida. Al llegar arriba, todo estaba impoluto; el blanco le hacía daño en los ojos y tenía la sensación de estar en otro mundo. Miró su reloj, eran las once y cuarto de la noche.

Se preguntó por qué ninguno de los hombres que los escoltaban escondía su identidad y por qué nadie se extrañaba al verlos pasar

agarrados por aquellos dos matones. Por un momento creyó estar soñando, en una distopía futura y un mundo irreal; pero cuando el hombre le apretó el brazo para dirigirla hacia una sala contigua notó el dolor y confirmó lo que temía: no era un sueño sino una pesadilla.

Los dejaron en aquella sala, que también era blanca; no debía medir más de diez metros cuadrados y como única decoración exhibía unos extraños cuadros en la pared. La estampa se completaba con dos sillas, un par de butacas y una mesa de cristal.

Helio no había vuelto a hablar. Ella no era capaz ni de mirarlo a la cara; saber que estaban allí juntos y solos hacía que se le revolvieran las tripas.

—Ana, hay algo que no te he contado. Sé que de poco servirá, pero no quiero que creas que no te quise.

No pudo más; su ira era más fuerte que ella.

—¿Querer? ¿Qué sabes tú de eso, Helio? Tú, que cuando te enteraste de que mi madre estaba embarazada escapaste como una hiena, sin mirar atrás. ¿Pensaste alguna vez en mí, en que tenías una hija? —Iba a contestar, pero ella le interrumpió—. ¡No te esfuerces! Ahora sé que volviste a tu tierra y allí formaste otra familia después de abandonarnos a nosotras. Y Dios te castigó, quiso quitártela, porque así es el destino de cabrón; el que la hace la paga. Perdiste a Oliva, no sabes cómo lo siento. ¿Y yo? ¿Pero es que no habías perdido una hija antes?

»Pero volviste aquel día, y yo, idiota de mí, pensé que era un regalo divino; que si estabas allí por qué no darte una oportunidad. Pero tú no lo hiciste por mí, ni por mi madre, ni siquiera te trajo la cabrona de Mari, no, tú estabas allí por egoísmo, por tu otra hija,

porque para recuperarla a ella tenías que entregarme a mí, a Ana Galdós, que para tu desgracia también llevaba tu sangre.

—Te juro que quise dar marcha atrás. —Bibiana se tapó los oídos para no escucharle—. Por Dios, quizá sea la última vez que nos veamos, te lo ruego. Cuando quise cambiar el acuerdo, me dijeron que matarían a Morayma. Había firmado un contrato y tenía que cumplirlo. Me ofrecí como moneda de cambio; soy mayor, pero no he tenido una sola enfermedad importante en mi vida y estoy sano, pero te querían a ti.

—Helio, no te creo. Querías acabar con los musulmanes, estigmatizarlos en nuestra sociedad; aún lo pretendes. ¿Qué persona en su sano juicio quiere algo así? ¿Tú sabes cuántos inocentes sufrirían si eso ocurriera? No eres una buena persona, aunque tú creas que sí.

—¡Ellos me quitaron todo lo que quería!

—¡No, Helio! Te lo quitó una persona, varias si quieres; pero no en nombre de una religión ni del Corán, solo en nombre de unos hombres miserables y codiciosos. Dime, ¿qué habéis conseguido con todo esto?

Entonces la puerta contigua se abrió y apareció una mujer. Bibiana no lo sabía, pero era Dulce Romay.

—Quizá yo pueda contestarle a esa pregunta, inspectora. Pase por aquí. Usted, Helio, espere; pronto será su turno.

Galdós se levantó y la siguió a un despacho también blanco. En comparación con la sala en la que acababan de estar, era inmenso: había un sofá, televisión y hasta una pequeña despensa. La mujer la ayudó a liberarse de sus ataduras y la invitó a sentarse junto a una pequeña mesa.

—¿Un café? —ofreció ella.

—Se agradece; sus hombres son un poco toscos. —Bibiana necesitaba alargar la situación el máximo tiempo posible.

—Espero que la hayan tratado bien.

—¿Qué es este lugar?

—Está usted en la sede central de Industrias Romay, más concretamente en El Deseo. Estoy segura de que ya habrá oído hablar de nosotros. Yo soy la directora, Dulce.

—Sí, y no bien, la verdad —confirmó Bibiana.

—Solo somos unos intermediarios; ustedes piden y nosotros cumplimos sus deseos.

—¿Incluido el secuestro de personas? ¿El comercio de órganos?

—No hay límites cuando se trata de sueños; nosotros solo intentamos complacer a nuestros clientes.

—Dígame una cosa, señora Romay: ¿cómo han conseguido burlar a la Policía durante todo este tiempo?

—Es fácil, querida. El ser humano es hipócrita, vanidoso, codicioso y fácil de corromper. Sobre todo los hombres.

Bibiana le dio un sorbo al café y la miró a los ojos.

—Solo le pido una cosa, si me va a matar haga el favor de contármelo todo desde el principio. —Bibiana intentaba ganar tiempo; no sabía si alguien sabía de su paradero, pero era su única opción.

—Está bien, lo tomaré entonces como su última voluntad.

LA CONFESIÓN

Alejandra Romay era su salvoconducto. Sabela sabía que la única posibilidad de entrar en aquella fortaleza era con su ayuda. Por suerte, después de escuchar lo que tanto Augusto como ella habían tenido que hacer aquella misma mañana bajo los designios de El Deseo, no había tardado en prestarse a colaborar.

El guarda de la puerta, al verla al volante, se puso en pie y abrió la verja como un resorte. Ir con Alejandra era como hacerlo con el más popular del instituto; todos la saludaban y sonreían al pasar, y nadie se extrañó de la presencia de aquel curioso trío.

—Solo hay un lugar desde el que podéis controlar todas las instalaciones: la sala de mandos; allí está siempre Roldán. Entraremos como una visita más y, cuando lo tengáis a tiro, lo reducís. Pero, por favor, no le hagáis daño; es una buena persona.

Sabela pensó para sí misma que, si Roldán o cualquier otro conocían lo que realmente se hacía entre aquellas paredes y seguían trabajando allí sin denunciarlo, no podían tener bajo ningún concepto el título de buenas personas.

Cinco minutos después, estaban sentados en la sala de mandos con Roldán inconsciente y maniatado con el cinturón de Augusto

Vilela. Se sentaron, admiraron aquel enorme dispositivo y los ojos de Sabela enseguida encontraron su objetivo.

—¿Puede escucharse lo que ocurre ahí? —señaló una de las cámaras que enfocaba a una sala en la que se veía a dos personas.

—Un segundo, creo que sí. —Alejandra no tardó en dar con el botón correcto y comenzaron a escuchar lo que Bibiana Galdós y Dulce Romay hablaban. Sabela cogió el móvil y comenzó a grabar.

—Hace un par de años, antes de la pandemia, Villegas, que se encarga de la captación en Granada, me dijo que había un par de candidatos por allí. Al parecer, un hombre musulmán quería muertos a sus cuñados y su nombre desacreditado para la historia. Aceptamos. A cambio debía devolvernos dos vidas: una sería la suya propia y otra la de su cuñada, Morayma. En ese momento ya sabíamos que esa chica era en realidad la hija de Helio, así que mataríamos dos pájaros de un tiro: Ibrahim nos entregaría a Morayma, que en realidad era Oliva, y nosotros se la devolveríamos a su padre.

»Para conseguir lo que pedía Helio, que además de a su hija era generar un cisma religioso, nos valimos de los hermanos Sarrán. Sabíamos que su muerte sería muy comentada, así que la revestimos convenientemente con mensajes y dejamos que todo siguiera su curso. Después fuimos sobornando gente y soltando las bombas a la prensa. Creo que cumplimos nuestra misión.

—¿Cómo los mataron?

—Es usted curiosa, señorita Galdós. Ibrahim se encargó de hacer de cebo con Abdul, y luego fue sencillo: lo metimos en una furgoneta, lo llevamos a una nave del polígono del Tambre y allí nos encargamos de él. Después lo trasladamos a un hospital cercano que

trabaja para nosotros y allí le extirpamos todo lo que tenía algún valor, además de prepararlo todo para la escena. De madrugada, el propio Ibrahim se encargó de trasladar el cuerpo a la Plaza del Obradoiro.

—Solo querían sembrar odio. Lo ensartaron con una espada para dar a entender que no era puro.

—Y con el Corán cerquita; así los extremistas también estarían en pie de guerra. Un imam que acompaña a los fieles en el rezo a Alá y que se traviste por las noches iba a ser un escándalo.

—Pero eso al principio no lo sabíamos.

—Era cuestión de tiempo, inspectora. Las bombas es mejor soltarlas de una en una, tienen más repercusión.

—O sea que ustedes mataron a Abdul y reconoce que no lo hizo Ibrahim.

—Señorita Galdós, me decepciona. Si Ibrahim hubiese tenido el valor de matar a sus cuñados, no nos hubiese necesitado a nosotros. Solo lo utilizamos de gancho; lo que pasa es que después se negó a cumplir su palabra y tuvimos que dar un giro de timón.

—¿Me va a decir dónde está?

—Por supuesto, está muerto. —Hizo una pausa—. Su comisaria, Sabela Cruz, lo ha matado hace unas horas; ella misma se lo confirmaría si pudiera. Verá, como Ibrahim no cumplía su palabra de entregarnos a Morayma por las buenas, le exigimos que secuestrara a la hermana de Sabela porque nos urgía tener otro topo dentro de la investigación. Me va a perdonar, pero Villegas para las cosas de aquí sí, pero necesitábamos a alguien que pudiese actuar a lo grande.

»Hemos tenido a la comisaria amenazada y ha ido haciendo pequeños trabajillos para nosotros, hasta que hemos decidido dejarla fuera de juego. A su jefa no le ha quedado más remedio que disparar a Ibrahim si no quería que fuera su hermana la ejecutada. Era cuestión de prioridades, y ella ha escogido a su hermana. Y así nosotros la tenemos totalmente en nuestras manos porque somos los únicos que saben lo que ha hecho. Así que ya tiene su respuesta: su comisaria ha matado a Ibrahim.

Bibiana no daba crédito, pero aquella mujer no tenía motivos para mentirle en aquel momento.

—¿Y a Mohammed?

—Ahí necesitamos a Villegas. Como le he dicho, él hace la labor de captación en Granada. Al principio íbamos a utilizar a Ibrahim, pero para que todo cuadrara lo necesitábamos en Galicia, así que le tocó al comisario. Esa noche fue a casa de Fátima y la amenazó: la obligó a llamar a su hermano para que quedase con ella, pero en aquel puente lo estaban esperando mis hombres. Se lo llevaron a esa nave en la que usted ha entrado hoy y le hicieron lo mismo que a Abdul. Después el propio Villegas llevó el cadáver a la cuesta del Rey Chico y allí lo dejó, con el conveniente mensaje.

—«No hay vencedor, sino Alá».

—Exacto. Es un mensaje claro. Y si lo lleva alguien con una espada clavada de lado a lado del cuerpo, más.

—Dígame una cosa, Dulce. Con los cuerpos de esos dos pobres han ganado casi dos millones de euros. ¿Ya los han colocado?

—No se imagina lo larga que es la lista de espera ni la de gente famosa que hay en ella.

—En ese caso necesitan víctimas cada día.

—No son víctimas, es una cadena de favores que se retroalimenta sola. Si usted me pidiese un corazón sano, yo le pediría algo a cambio. De ese algo me beneficiaría yo, pero también mucha otra gente que a su vez haría otra cadena, y así sucesivamente. Tiene infinitas ramificaciones y la sangre corre por ellas sin descanso.

—¿Qué pasará con Helio y con Morayma?

—Nosotros siempre cumplimos nuestra palabra, señorita Galdós. Se reunirán en unos minutos. Le contaremos la verdad, su origen, le enseñaremos pruebas y fin de la historia.

—¿Y si ella no quiere saber nada de él?

—Nosotros ya hemos hecho nuestro trabajo; a partir de aquí no podemos obligar a nadie. Esa chica es libre de irse y no querer saber nada de Helio, en el contrato especifica que debíamos traerla y demostrarle que él es su padre, nada más.

Bibiana se hundió en la silla. Los puntos ya estaban unidos, había llegado la hora.

—Supongo que es la hora de ir al matadero.

En ese momento, la comisaria Sabela Cruz detuvo la grabación del móvil y marcó el número de Rocío. No esperaba para nada lo que iba a pasar: Augusto se tiró sobre ella e hizo que el móvil saliera volando. Entonces ella le soltó un puñetazo que casi le parte la nariz y él reaccionó con otro directo al pómulo. Sabela se lanzó hacia él y lo empujó contra el panel de mandos y todo comenzó a echar chispas. Los dos, exhaustos, se levantaron y cogieron sus armas apuntándose.

—Hoy ya he matado, Augusto, y no me importará apretar este gatillo para salvar a esa gente.

—¿Salvar a quién, Sabela? ¡La concha de tu madre! ¡Si *hacés* esa llamada me condenarás a mí! Me quedaré sin mi corazón y no podré ser una persona normal. Me lo merezco, yo he cumplido mi parte.

La tensión era brutal. Ambos policías empuñaban sus armas girando sobre sí mismos.

—Hay otras maneras, Augusto. Eres policía, joder, la justicia debería estar por encima de tus intereses. Nosotros cogemos a los malos, no nos convertimos en ellos.

—¿Y me lo decís vos, que te cargaste a un tío hoy? No me hagas reír y *soltá* esa pistola; no dudaré en pegarte un tiro para conseguir mi corazón.

En ese momento, Augusto notó la mano de Alejandra posarse en su brazo. La miró y notó algo especial, lo mismo que había sentido meses atrás.

—No, Augusto; esto no puede seguir adelante. Yo te ayudaré, buscaremos los mejores médicos, los mejores hospitales y no volveré a desconfiar de tu palabra. Pero, si aprietas ese gatillo, me perderás a mí también.

—No me engañes, Alejandra, no es momento de trileros.

—Me sorprende que el amor para ti sea un timo. Hoy esta mujer ha matado a un hombre por amor a su hermana y yo ahora te pido que tú no la mates a ella por el amor que sientes por mí. Estoy segura de que lo tendrán en cuenta en el juicio y que, después de todo lo que hiciste por este caso, te perdonarán.

Alejandra movió su mano hacia el arma y la puso delante del cañón. Augusto se derrumbó. Sabela le hizo una señal de agradecimiento y buscó su teléfono.

Dulce y Bibiana seguían hablando, pero ya no las podía oír. Con la pelea, algo se había estropeado. No sabía el tiempo del que disponía, así que había que intervenir. Necesitaba al séptimo de caballería.

LA OFERTA

—¿Sabe una cosa, inspectora? Creo que vale usted mucho más viva —aseguró Dulce.

—No sé si en mi situación eso es algo parecido a un halago.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con su madre?

En ese momento, Bibiana volvió a recordar que tenía varias llamadas perdidas de ella justo antes de su cita con Helio y que no había podido contestarle. Dulce le pasó un teléfono y le hizo un gesto para que lo pegara al oído, no tardó en contestarle.

—Mamá. Me has estado llamando.

—*Filla, xa sei que estás en Granada, pero é que tiña que contarche algo. É bo momento?*

—El mejor, mamá —dijo, con las lágrimas cayéndole en silencio.

—*Non che quixen decir nada, pero levo uns meses cun dolor tremendo e estivéronme facendo probas. Fai un par de semanas dixéronme que tiña o fígado feito unha merda.*

—¿Qué quieres decir con *feito unha merda*, mamá?

—Nada, *filla*, que me tienen que buscar otro. —Bibiana no era capaz de controlarse y su madre lo notó—. *Pero por que choras, rapariga*?

—Mamá, no quiero que te pase nada, solo te tengo a ti.

—Ai, lacazana, que ata onte crías ter pai. ¿Xa fixo das súas, non? Con fígado ou sin él, se o collo esgánoo.

Rio, era imposible no hacerlo con su madre.

—No te preocupes, mamá, pronto volveré a casa, veremos a los mejores médicos y seguro que antes de lo que esperas llega ese órgano.

—El médico no fue muy optimista, pero me dijo que siguiera viviendo la vida. Eso sí, me tienen que poner a dieta. Aunque ya le dije a la Rápida que eso es una bendición; a ver si bajo este culo fondón de una vez.

—Eres única, mamá. Te quiero.

—Eu tamén. Volve pronto e tráeme unhas ensaimadas.

—Mamá, no estoy en Mallorca, sino en Granada.

—Daquela ti verás, pero trae aljho, condenada. Bicos.

Colgó. Las lágrimas seguían cayéndole una tras otra.

—Ahora ya sabes lo que te voy a decir. Mira, Bibiana, si hubiésemos querido matarte y extraer tus órganos ya lo hubiéramos hecho, pero tú eres mucho más útil viva. Necesito a alguien como tú en Galicia: joven, con recursos, mucho recorrido en la Policía, carácter… Lo tienes todo. Tú puedes ayudar a mucha gente, solo tienes que firmar este contrato. —Sacó unos folios que tenía guardados en un cajón de la mesilla y se los puso delante—. Si lo haces, tu madre recibirá su hígado, la internaremos en un hospital privado esta misma semana y en quince días estará otra vez arreglando redes y de risas con sus amigas. Y tú, por supuesto, vivirás.

—¿Y yo qué tendría que hacer a cambio?

—Decir que has venido voluntariamente, que aquí no se está cometiendo ningún delito y convertirte en nuestro contacto en Galicia. Por ti pasarán todos los casos de la comunidad. Nadie en la policía tiene que saberlo. A veces necesitaremos que consigas informes o que falsees alguna cosa, pero nada que ponga en peligro tu posición. Además, te pagaremos muy bien por cada persona que sea parte de la cadena de favores.

—¿Y si me niego?

—¿De verdad crees que estás en situación de hacerlo? Mírate, estás sola y nadie sabe que estás aquí. Tu madre se morirá por tu culpa si no lo hace antes por el disgusto de perder a su única hija.

Bibiana cogió el boli y le echó una ojeada rápida al contrato.

—¿Sabe una cosa, Dulce? Y perdóneme que no la tutee, pero tengo por costumbre no hacerlo con las personas que dan *noxo*. Usted y yo somos muy distintas y nunca podríamos trabajar en la misma empresa. ¿Sabe por qué? Porque yo soy una gran defensora de lo público y nunca admitiría que mi madre se operase en un hospital privado. A mí me educaron así: el cole de Ribeira de toda la vida, instituto, sanidad… La gente como usted cree que puede manejarlo todo a su antojo, y construyen imperios privados para los ricos y para crear una necesidad en los que no lo son. Pero conmigo se equivocan: yo siempre fui proletaria, señorita Romay, y «prefiero morir de pie que vivir de rodillas», como diría Zapata. Seguro que ni le suena, porque usted es de otra pasta. Pero sé que mi madre le diría lo mismo que yo y que está orgullosa de su hija, y no lo estaría si hoy firmase aquí mi sentencia de muerte. Porque eso es lo que usted me ofrece, estar muerta en vida.

»Por si no le ha quedado claro: nunca traicionaré mis ideales y nunca traicionaré a los míos, cueste lo que cueste. Y si por eso debo morir, lo haré orgullosa. Usted tiene el dinero, pero yo tengo la honradez y la nobleza; cosas que no se compran.

Cogió el contrato y lo hizo pedazos tirándoselo a la cara a Dulce; al menos moriría a gusto.

En aquel momento se oyeron unos ruidos al otro lado de la puerta y Bibiana pensó que venían a por ella, que su tiempo se había terminado, que ya no volvería a ver Galicia ni su Aguiño querido, que ya poco importaba si Lasarte quería algo serio o no o si aquel año podría ir al Resu; todas esas cosas que hasta ese momento le habían parecido tan importantes para su vida se difuminaban ante ella al pensar en la muerte.

Pero la que entró con la guadaña fue Rocío Castelo, y con ella Morlán y algunos policías. Notó cómo alguien la abrazaba y al darse la vuelta vio a Sabela Cruz y lloró con ella hasta agotar las lágrimas.

Entonces pensó en su madre, en Lasarte, en Hidalgo, en Morayma y en que la vida son dos días, que nunca sabes cuándo puede terminar y que, si no la aprovechas, estás muerto. Muerto en vida.

GALICIA

El graznido de las gaviotas interrumpió su silencio; Bibiana y Lasarte miraban al Atlántico embelesados, dejando que la naturaleza hablara por ellos. Habían pasado más de dos semanas desde aquella noche en El Deseo.

—¿Puedo preguntarte una cosa, Ana? —Ella asintió mirándolo a los ojos—. ¿Por qué rechazaste lo que te ofrecía aquella mujer? Ni siquiera sabías que los nuestros estaban en la puerta.

—No tuve padre, Lasarte. Mi casa es un matriarcado y mi familia me enseñó los valores importantes de la vida. Si hubiera aceptado, los habría traicionado y nunca hubiese vuelto a ser yo.

—Hay que tener mucha fuerza de voluntad en una situación tan desesperada, la verdad.

—La hay si luchas por lo que quieres, Lasarte. Y sabía que, si yo desaparecía, tarde o temprano la Policía caería sobre ella.

—Había mucha gente implicada, y a algunos los conoces.

—El poder y el dinero van siempre de la mano: si no tienes dinero y tienes poder, este te lo sirven en bandeja, y si tienes dinero siempre puedes llegar a tener poder. Los demás tenemos las migajas. Si me hubiese convertido en uno de los de esa lista, ¿qué hubieras pensado dentro de un año o dos cuando vieras mi nombre?

—Supongo que algo parecido a la decepción, aunque cada historia es un mundo y a veces merece la pena escucharlas. Lo peor fue lo de tu padre.

Los ojos emocionados de Bibiana se posaron en el horizonte viendo cómo aquel enorme sol naranja se escondía. Lasarte le puso una mano en la suya.

—No me lo esperaba. Pensé que Mari me lo había devuelto… ¡Qué tonta fui! Al final solo quería utilizarme como moneda de cambio.

—Pues la jugada le salió mal.

Miraron hacia atrás a la vez y vieron a Morayma sentada junto a Maruxa.

—¿Está aprendiendo a arreglar redes?

Los dos rieron.

—Creo que no se le da mal, mejor que a mí —afirmó Bibiana con una sonrisa.

—Al menos has ganado una hermana.

—Y perdí a una amiga, una gran jefa. Me duele no haber estado con ella. Si no nos hubiera mandado a Granada, nada de eso hubiera pasado.

—Tampoco hubiésemos destapado la trama.

—Demasiados daños colaterales, Lasarte.

—La echaremos de menos. Espero que la justicia sea condescendiente con ella.

—Ha matado a una persona y, aunque su cadáver nunca haya aparecido, ella misma lo ha confesado.

—Y también fue ella la que grabó la confesión de Dulce contándolo, y se la envió a Rocío.

—Sabela era consciente de que debía pagar por lo que había hecho; al final, supo poner sus principios por encima de todo.

Morayma se acercó a ellos con el móvil en la mano.

—¡Chicos! ¿Habéis visto las noticias? —Ambos negaron con la cabeza—. Ya han nombrado al nuevo imam de Granada: será Saul, el amigo de Mohammed.

—Me alegro mucho por él, espero que pueda reconducir la situación.

—Ayer hablé con Fátima y me dijo que los disturbios se habían calmado desde la detención de la gente de El Deseo.

—¿Y sabes qué demuestra eso, hermanita? Que era una trama de aficionados. Que a veces con dos petardos y haciendo mucho ruido se puede llegar a provocar un cisma; y ahí reside el problema, en la debilidad de las relaciones.

—Desde lo que pasó en Madrid con Al Qaeda todo cambió. Yo entiendo a los cristianos; de ser al revés, nosotros estaríamos en pie de guerra constante.

—Hay una frase del Corán que deberíamos tener todos de cabecera: «La venganza es un sentimiento del pasado, el perdón ocurre en el presente».

—A ver si ahora te vas a volver musulmana, Ana —dijo Lasarte, a la vez que se levantaba y las dejaba solas.

—Siéntate, quiero preguntarte algo —dijo Bibiana dirigiéndose a su hermana.

—Tú dirás.

—¿Qué vas a hacer con Helio?

—Le he dicho que necesitaba tiempo para pensar. Y, bueno, lo tendré porque creo que le caerán unos añitos a la sombra.

—Secuestro, delito de odio… No sé qué se podrá demostrar en el juicio, pero lo tiene crudo.

—Mientras, me gustaría quedarme con vosotras; ya lo he hablado con *Marujsa*.

Bibiana rio. La miró y abrió mucho la boca:

—Ma-ru-xa, como si dijeras Shakira. A ver, prueba.

—Shakira, *Marujsa*.

—No tienes remedio.

Morayma apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Eso es un sí? Además, tú tienes que ir a trabajar y alguien tendrá que llevar a Maru…xa al hospital —hizo un esfuerzo descomunal por pronunciarlo bien—; yo tengo carné y coche.

—No te vendas más, que te compro. Anda, vamos para dentro a ayudar al chef Lasarte, que la cena no se hace sola.

—¿Y vosotros dos?

—Creo que aún tenemos que hablar. Todo esto ha sido una locura y lo que pasó en Granada se queda en Granada.

—Disfruta de la vida, hermana; nunca sabes cuándo puede ser tu último día.

—Esa lección me la llevo grabada a fuego.

EPÍLOGO

Sulaiman Al Yashir había conseguido el puesto ideal para él: trabajaba en la aduana del puerto de Bisáu, donde se encargaba de revisar toda la mercancía que entraba y salía, y de paso se ganaba un dinero extra con su gran afición, contando a unos lo que otros le habían contado a él. Lo que no se esperaba era encontrarse aquel cargamento.

—El capitán dice que viene de España de un puerto del norte. Allí se encargaron de revisarlo, pero esa gente ya sabe cómo es: fiesta, fiesta y si pueden sacar un dinero extra, mejor.

Sulaiman miró a su subordinado pensando que él hubiese hecho lo mismo; de hecho, lo hacía. Abrió la puerta del contenedor y descubrió una colección de cajas metálicas. Leyó lo que ponía en el dorso de una de ellas: «*Danger. Do not open*. $C_4H_{10}FO_2P$».

Le hizo una fotografía y comprobó que en todas las cajas ponía lo mismo; y había al menos cien.

—¿A nombre de quién está el cargamento?

—El destino era una nave industrial a las afueras de la capital y está a nombre de un tal Helio.

Sulaiman rio. «Será hijo de puta», pensó.

—Que nadie toque esta mercancía; no quiero que salga de aquí, ¿estamos?

Su hombre asintió y salió. Sulaiman siguió hablando solo.

—Y parecía tonto, Helio. Si Bush, Blair o Aznar hubieran sabido de ti, otro gallo cantaría.

Cerró la puerta con llave y se la guardó. Cada historia tiene un principio y un final.

Agradecimientos

A todos los que subisteis conmigo al Anboto, gracias por acompañarme en esta travesía tan alucinante.

A las personas que durante estos meses fueron mi avituallamiento, la energía que me faltaba, en especial a Eva, luz permanente, y Xoel, mi gasolina.

A mi familia, por su apoyo y a los amigos por estar siempre ahí sujetando los hilos de esta marioneta. Amigos de la infancia, de la juventud, amigos de siempre, amigos del monte, de Cuac FM, de la universidad, del súper, amigos del metal, y amigos de la literatura. Escribir no solo me ha regalado millones de historias únicas, momentos incomparables y muchos sueños cumplidos, también me ha agasajado con un montón de personas queridas por todos los rincones del país.

A los clubes de lectura (Taberneiras polo mundo, Maruxas, EnCamiño y tantos otros), librerías (sin vuestro apoyo esto no sería posible, sois parte de cada historia), prescriptores, bibliotecas, prensa, lectores beta, correctores, maquetadores, portadistas, organizadores de saraos, compañeros (imposible nombrar a tantos que quiero y aprecio) y todos los que habéis hecho el boca a boca

con las falcatruadas de Bibiana y Lasarte (¡Arsenio, cuánto sufrimos!)

A VR (En especial a Matías, Soledad y Berta) y Calacán por confiar en mí para ese primer envite y repetir en esta segunda aventura.

A Alicia González Sterling y Bookbank por ser casa.

Y gracias a las locuras, al pódcast y CyC de la mano de mi Eva y Dana, y la librería Lume (cerrando el círculo) con mi hermana Cheché y mi madre Rosy. *Cagiao's on fire!*

No sé si volveré a escribir unos agradecimientos después de pasar un año único y especial como este, así que solo puedo estar (como diría Rosendo) agradecido. Y todo esto no sería posible sin vosotros. Gracias por estar ahí y no cansaros nunca de mis historias.

Índice

La suerte
Formoso
Bibiana
Aguiño
Conexión Granada
Helio
Pardiñas
Emboscada
Despedidas
La persecución
La cápsula
Hawái-Bombay
La llamada
Ángela Luzón y Adolfo Villegas
El flaco Morlán
La leyenda de los Abencerrajes
La matriarca
Fátima

Augusto
Granada
Alejandra
Urízar
¿Y eso qué es?
Bisáu
Hermanas
Maruxa
Despertar
Saúl
Suma
La carta
Reunión de urgencia
Sorpresa
La comida
La calma
El gran templo
Lamento
Amenazas
Donowa
En popa
Cadena de vida
Negro sobre blanco
La unión
La prensa
La búsqueda
Lágrimas
La Alhambra

Estación de servicio
Ibrahim
La búsqueda II
El último mensaje
El topo
Encajando piezas
En casa de Fátima
Cara a cara
Villegas
Inspector Lasarte, agente secreto
La decisión de Sabela
A Madrid
La historia de Helio
Rocío Castelo
A todo trapo
Ibrahim, la ira
El poder del hijo
La captación
Tempore
Aturdida
La niña
La reunión
La pareja imperfecta
La entrega
La confesión
La oferta
Galicia
Epílogo

Agradecimientos

Título original: *Cadena de favores*
Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere
Conversión a formato digital: Estudio eBook

Edición revisada y adaptada

Primera edición: marzo de 2026

© 2026, Rober Cagiao
© 2026, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.
Balmes 188, 08006 Barcelona - **www.vreuropa.es**

Los derechos de esta obra han sido cedidos a través de Bookbank Agencia Literaria.

Todos los derechos reservados.
Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de la editorial.

ISBN: 979-13-87601-95-9

EUROPA

Seguinos

VReuropa



Wink, Poppy, Midnight

Tucholke, April Genevieve
9788412214857
224

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En todas las historias hay un HÉROE.

En todas las historias hay un VILLANO

En todas las historias hay un MISTERIO.

Wink es la chica rara y enigmática del vecindario. La chica que lee demasiado.

Poppy es la rubia arrogante y manipuladora que consigue todo lo que se propone. La chica que se quiere demasiado.

Midnight es el chico dulce y sensible que duda demasiado. Está atrapado entre las dos.

Deja que las voces de los tres protagonistas te sumerjan en una trama que, como todas las historias, gira en torno al amor, la justicia y la venganza. Deja que la tentadora prosa de April Genevieve Tucholke despierte tus sentidos y te acune ahí donde se cruzan verdad, mentira, magia y realidad.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La inexplicable lógica de mi vida

Sáinz, Benjamin Alire

9788412214840

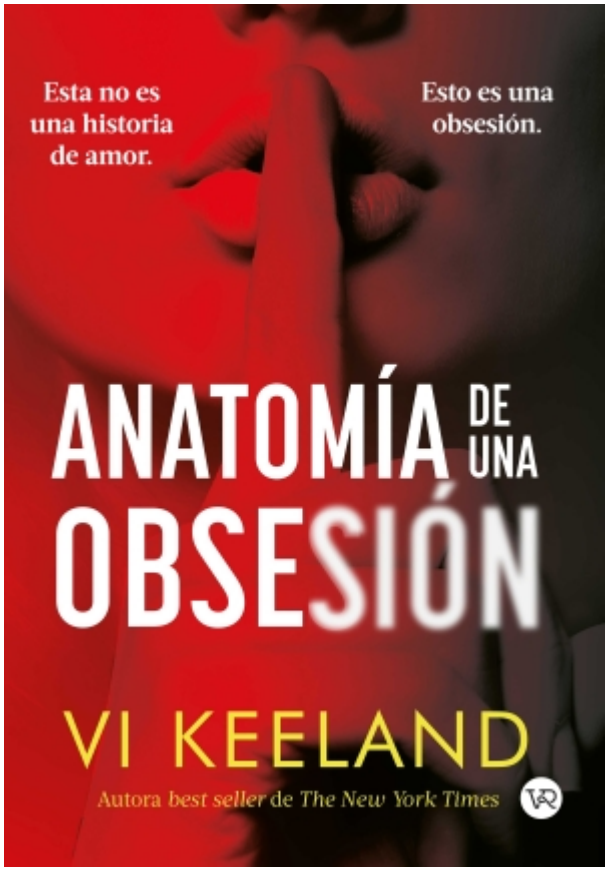
456

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Sáenz explora las relaciones de un estudiante de bachillerato a punto de graduarse, en una historia de aprendizaje y crecimiento llena de calidez y compasión.

Ha llegado el otoño y, con él, el último año de instituto. Según su inseparable Sam, para Salvador y ella empieza la vida. La universidad y la madurez son promesas a punto de cumplirse. Salvador sabe que todo va a cambiar, pero no sospecha hasta qué punto. Ya el primer día de clase se descubre pegando a un chico que ha insultado a su padre. Jamás había sentido esa violencia. ¿Habrán aflorado los genes del desconocido padre biológico?
A golpe de desilusiones, conflictos y pérdidas, el mundo de Salvador y sus amigos se transforma vertiginosamente. Él desea reconstruirlo, en busca de una nueva lógica que explique su vida. En el camino dejará mucho atrás, pero también ganará. Aprenderá a identificar y vencer los miedos, y dará con una reconfortante certeza: el amor incondicional existe.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Anatomía de una obsesión

Keeland

9788419873927

336

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

«Estamos jugando a un juego. Un juego sin reglas ni límites». Después de experimentar la más terrible de las tragedias, la siquiatra Meredith McCall se siente a la deriva. Cuando se encuentra con Gabriel, un hombre con el que comparte esta conexión trágica, no puede creer que sea feliz, ¿cómo puede actuar como si nada

hubiese pasado? Observarlo, seguirlo, será su obsesión. Necesita entender. Hasta que un día Gabriel entra en su consultorio como paciente sin saber quién es ella. Sabe que tratarlo trasciende todos los límites éticos y morales, pero ¿y si encuentra todas las respuestas que necesita? ¿O podría ser su perdición?

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]



No estás en la lista

Espach, Alison
9791387601232
472

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un día precioso en Newport, Rhode Island, Phoebe Stone llega sola al majestuoso hotel Cornwall Inn, lleva puesto su vestido verde esmeralda, sus tacones dorados y no trae consigo ningún equipaje. Todos en el vestíbulo piensan inmediatamente que es una invitada más a la boda, pero en realidad es la única huésped que no está allí para ese evento. Phoebe ha ido al hotel porque durante años soñó con compartir ese viaje con su marido, pero ahora está sola, tocando fondo y decidida a darse un último homenaje por todo lo alto. Mientras tanto, la novia ha previsto cada detalle y cada posible desastre que pudiera depararle este fin de semana, excepto una cosa: Phoebe y el plan de Phoebe. Sin embargo, contra todo pronóstico, las dos mujeres se ven dispuestas a compartir sus secretos más íntimos desde el mismo instante en que se conocen. Con momentos que van desde lo absurdamente cómico hasta lo desgarradoramente tierno, No estás en la lista de Alison Espach es una mirada matizada y conmovedora sobre los caminos sinuosos que podemos tomar hacia lugares que nunca imaginamos y sobre los encuentros fortuitos que a veces son necesarios para desviarnos.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



AMOR ANIMAL

Ferguson, Lana
9791387601171
396

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Dos lobos que cambian de forma, una relación falsa y una conexión apasionante que resultará más real de lo que imaginan. Mackenzie Carter ha tenido un desastre de citas últimamente. Desde un experto en maquetas de trenes hasta un tipo extrañamente

obsesionado con su cola… Y nada indica que vaya a mejorar. A solo un año de la residencia, la obsesión de su abuela porque encuentre pareja y siente la cabeza, la va a volver loca. En un momento determinado y al sentirse acorralada, solo se le ocurre decir que ha conocido a alguien y el primer nombre que le viene a la cabeza es: Noah Taylor, el lobo feroz del Hospital General de Denver. Y precisamente ¡el último hombre con el que saldría! Noah Taylor, un cardiólogo de renombre y mal genio, ha pasado toda su vida ocultando lo que es: un lobo alfa que cambia de forma, el más fuerte, poderoso y amenazador de la manada. Por si fuera poco, todavía no ha encontrado a su omega, la cambiaformas destinada a pasar toda su vida a su lado, la única capaz de calmar sus brutales instintos. Hasta ahora había mantenido su designación en secreto, pero una denuncia anónima hace que todo salga a la luz. A Noah le quedan dos opciones: sincerarse ante el consejo y arriesgar su carrera, o buscarse una pareja. Y ahora la médico de urgencias, le pide que sea su novio falso, el mismo día que lo llaman para reunirse con la junta, tiene que ser el destino, ¿verdad? Esta transacción será muy beneficiosa para ambos, pero lo que comienza como un acuerdo temporal por conveniencia pronto se convierte en un deseo incontrolable… Y más rápido que una luna cambiante, Mackenzie y Noah se darán cuenta de que la conexión que los une puede ser más fuerte que cualquier instinto animal.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Rober Cagiao
Portada
Dedicatoria
La suerte
Formoso
Bibiana
Aguiño
Conexión Granada
Helio
Pardiñas
Emboscada
Despedidas
La persecución
La cápsula
Hawái-Bombay
La llamada
Ángela Luzón y Adolfo Villegas
El flaco Morlán
La leyenda de los Abencerrajes
La matriarca
Fátima
Augusto
Granada
Alejandra

Urízar
¿Y eso qué es?
Bisáu
Hermanas
Maruxa
Despertar
Saúl
Suma
La carta
Reunión de urgencia
Sorpresa
La comida
La calma
El gran templo
Lamento
Amenazas
Donowa
En popa
Cadena de vida
Negro sobre blanco
La unión
La prensa
La búsqueda
Lágrimas
La Alhambra
Estación de servicio
Ibrahim
La búsqueda II
El último mensaje
El topo
Encajando piezas
En casa de Fátima
Cara a cara
Villegas

Inspector Lasarte, agente secreto
La decisión de Sabela
A Madrid
La historia de Helio
Rocío Castelo
A todo trapo
Ibrahim, la ira
El poder del hijo
La captación
Tempore
Aturdida
La niña
La reunión
La pareja imperfecta
La entrega
La confesión
La oferta
Galicia
Epílogo
Agradecimientos
Créditos


Cubierta